GREGORIO ESTRADA

EDITOR

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA

MADRID

DOCTOR FOURQUET, 7

Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada
Seccion 4.ª — Historia

VIAJES
POR ITALIA
CON LA EXPEDICION ESPAÑOLA

por el Excmo. Señor

D. JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA

(Archita Temisio, entre los Arcades de Roma)

Tomo II



MADRID
DIRECCION Y ADMINISTRACION
Doctor Fourquet, 7

Madrid 1887.—Est. Tip.-Editorial de G. Estrada, Dr. Fourquet, 7.

Á LA SOCIEDAD

ECONÓMICA MATRITENSE

DE AMIGOS DEL PAIS

legítima representante

de los intereses morales y materiales del país

DEDICA LA

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA

El Socio

GREGORIO ESTRADA

Madrid 1887.—Est. Tip.-Editorial de G. Estrada, Dr. Fourquet, 7.

Á LA SOCIEDAD

ECONÓMICA MATRITENSE

DE AMIGOS DEL PAIS

legítima representante

de los intereses morales y materiales del país

DEDICA LA

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA

El Socio

GREGORIO ESTRADA

DOS PALABRAS

Nada es más lisonjero para el autor de los *Viajes por Italia con la Expedicion Española*, que la gran boga que estos han alcanzado entre los eruditos italianos. Para juzgar del mérito ó demérito de los libros de historia, viajes y costumbres de los pueblos el tribunal más competente es el que constituyen los hombres ilustrados del país que se describe. La obra de esta natraleza que merece los honores de la traduccion, en la misma tierra en que se representan las escenas de que trata, recibe de hecho el título de autoridad más respetable con que pueden honrarse estos escritos. Felizmente, los *Viajes por Italia con la Expedicion Española* se hallan en este caso, puesto que aún sin

haberse publicado el tomo segundo, se está ya traduciendo el primero á la hermosa lengua de Tasso; á esa lengua tan rica en libros eminentes que hablan de las maravillas de su suelo.

Hay otras circunstancias aún más honrosas para el autor. La traduccion se hace bajo la proteccion y con los fondos del Municipio de la ciudad de Rieti, y el traductor elegido es una de las personas de más conciencia y autoridad en la literatura italiana.

Así, pues, nada es más justo que el que deje aquí consignado á uno y otro un testimonio público de su cordial y sincero agradecimiento, por la traduccion y por los altísimos elogios que dirigen al fondo de la obra, es decir, á la verdad de sus descripciones, los cuales acepta con mucho gusto. Los que pertenecen puramente á la forma, aunque no los agradece ménos, los estima más como una galantería hija del imponderable amor con que hace ya dos años honran los romanos á los españoles.

A mayor abundamiento, S. M. la reina

Doña Isabel II se ha dignado aceptar la dedicatoria de la traduccion, en la real órden siguiente, dirigida al ilustrado literato italiano:

«Mayordomía mayor de S. M.—S. M. »la reina nuestra señora se ha servido acep»tar con la natural benevolencia que le ca»racteriza, la dedicatoria de la traduccion »que V. S. ha hecho al italiano de la obra »titulada: *Viajes por Italia con la Expedicion* »*Española*, publicada por D. José Gutierrez »de la Vega.

»Lo que de real órden comunico á V. S. »para su inteligencia y satisfaccion.

»Dios guarde á V. S. muchos años.— »Palacio 11 de Setiembre de 1851.—*Y. El* »*conde de Pinohermoso.*—Al Signor Giovanni »Tommasi, canónigo de la catedral Basílica »de Rieti.»

VIAJES
POR ITALIA
CON LA EXPEDICION ESPAÑOLA

NÁPOLES

I

De Velletri á Gaeta

Aún no hacía cuatro dias que habíamos regresado á Velletri, cuando un ayudante de campo del general Córdoba llegó á despertarnos á las ocho de la mañana del dia 3 de Setiembre, anunciándonos la próxima partida del general en jefe hácia Gaeta, con el fin de acompañar al papa en su viaje naval á Pórtici. Habíase recibido la noticia de que al siguiente dia, abandonando Su Santidad las dichosas playas en donde temporalmente habia establecido su silla, iba á dirigirse á ese real sitio, vecino á la magnífica y bulliciosa corte de las Dos-Sicilias. El rey de Nápoles, tan religiosa y espléndidamente pródigo con el ilustre pros-

crito, queria obsequiarlo con más solemnidad y grandeza ántes de su regreso á Roma, cerca de su rica córte, en el soberbio y suntuoso palacio de Cárlos III.

A las once de la mañana del citado dia, dos sillas de postas, que partieron de la ciudad de Velletri, conducian á Gaeta á los generales D. Fernando Fernandez de Córdoba y D. Juan Zavala, acompañados del brigadier marqués de Casasola, del coronel conde de Cumbres Altas, de un ayudante y de un oficial de estado mayor. Cuatro horas despues, así que hubimos arreglado todos los preparativos para la marcha, partimos tambien en la misma direccion, con la velocidad del viajero que ha conseguido multiplicar su movilidad con la proverbial ligereza de un militar español. Acompañábanos en el mismo carruaje un ayudante de campo del general en jefe, y el entusiasmado artista, provisto de su paleta y sus colores, y lleno de esperanza de contemplar á Pio IX, como si dijéramos á tiro de pincel, con el fin de trasladar al lienzo su angelical figura, que tan natural y expresivamente se representa en el retrato que conserva en su estudio de Madrid, el cual le ha valido hon-

rosas condecoraciones romanas y grandes elogios de la prensa de ambos países.

Al salir de la antigua capital de los volscos, descendimos de su fértil y pintoresca colina, cruzando despues por delante de Cora, pequeña ciudad que aún luce los fuertes muros de los Cíclopes, los restos de dos antiguos templos de Castor y Pólux, y los cimientos de otro consagrado á Hércules, sobre los cuales descansa la pila bautismal de una iglesia cristiana. Durante la travesía por Cisterna, los espesísimos y frondosos bosques de la Setritto y la Bitiggia, Tre-Taberne, Torre-tre-Ponti y Foro Appio, no se ofrecieron á nuestra vista más que algun viajero italiano, demasiado cuidadoso de la blancura de su cútis, á juzgar por el interés con que se escondia del sol bajo un enorme paraguas; alguna pesada carreta tirada por dos perezosos búfalos, ó alguna garza que huia velozmente de aquella atmósfera preñada de los perniciosos miasmas que exhalan las insalubles lagunas Pontinas, abiertas de trecho en trecho sobre la estéril vega, como las asquerosas llagas en la piel árida y pardusca de un leproso.

Cuando llegamos á la frondosa y pintoresca

calle de olmos que constituye la Vía Pía limitada por su fresca arboleda desde Sezze á Terracina, una luna de color de fuego vino á embellecer la desierta llanura, notablemente alumbrada por las numerosas é inmensas fogatas en que se consumian las hojas marchitadas por el otoño, y á dibujar en el poético horizonte el soberbio palacio de Teodorico y el gigantesco monte Circello, preciosas y admirables eminencias alzadas á la orilla del mar, y de las cuales ya nos hemos ocupado en el primer tomo de la presente obra.

A las diez de la noche entramos en la fonda de Terracina, donde con otros tres españoles, jefes del ejército, que llevaban nuestra misma direccion, nos sentamos á la mesa á devorar una abundante y suculenta comida, y á apurar algunas botellas de licor, que segun el buen paladar que nos habia preparado la velocidad del viaje, nos pareció nada ménos que el espumoso vino de Creta en magníficos cuernos de plata. Dos horas despues partimos con ánimo de no descansar hasta llegar á Gaeta.

Al poco tiempo, corriendo ya á la orilla del mar, el narcótico movimiento del carruaje, la calma de la noche, el murmullo de las aguas

ó el vinillo que tomamos por el famoso Creta, ó todas estas cosas juntas, nos sumergieron en un sueño profundo, y entonamos con Saint-Félix aquella deliciosa cancion de sus lascivas y picarescas bacantes:

—El mortal embriagado con el vino es el rey del mundo.

—El vino es el amigo del pobre y el terror del rico hipócrita.

—El vino es el dueño del amor.

—El vino es lá bebida mágica.

—Baco cierra las puertas de lo pasado, ilumina lo presente y descubre lo porvenir.

—El vino es la inmortalidad.

—¡Brote del ánfora de Etruria el dorado Falerno!

—¡Viertan su néctar espúmoso las urnas ánceas, los vasos de pico de paloma, los barquillos de la Cirenáica!

—Y tú, divino Creta, vino que bebemos en cuernos de plata, ¡bien venido seas!

—Pero, por favor, ¡oh, amigas mias! apartad ese vino de las Galias, ágrio como la mujer regañona, y descolorido como la aurora de un dia lluvioso.....

—¡Oh, compañeras mias; ved cómo ya ha

tocado el sol á las postreras ondas del horizonte! Ya los caballos divinos van á llevárselo á los reinos de la noche. Pero él saltará de su carro y descenderá majestuoso á los verdes palacios de Anfitrite, y la diosa enamorada irá á su encuentro con una copa en la mano, una copa llena de vino reparador, y habrá fiestas submarinas y deleites desconocidos para los habitantes de la superficie de la tierra.

—¡Oh, mis compañeras! Imitemos á Febo y Anfitrite: velémonos con misterios, y despreciemos á los mortales.

—¡Vamos! faunos ligeros, sátiros enemigos del coturno, coribantes proféticos, sacerdotisas coronadas de pámpanos y yedra, todos los de mi séquito, ya ha llegado la media noche: bebamos en honor de las constelaciones amigas y de Tioneo, dueño del mundo.. ..

—¡Oh, divino Tioneo, tuyo es el universo!

En esto íbamos de nuestro canto, cuando la ronca voz de un centinela vino á sacarnos de nuestro letargo, anunciándonos que ya habíamos pasado la Torre dei Confini, último pueblo de los Estados Pontificios, y pisado las tierras del rey de Nápoles. Dejamos á la izquierda á Monticelli, poblacion de mil cuatro-

cientos habitantes, pasamos junto al lago de Fondi, y llegamos cerca de la famosa gruta en donde el ministro Sejano salvó la vida á Tiberio, segun el testimonio de Tácito.

Casi nada tardamos en llegar á Fondi, pequeña ciudad de cuatro mil setecientas almas, situada en una fértil campiña llamada Terra di Lavoro. Esta ciudad, cuya fundacion es más antigua que la de Roma, perteneció á los aruncos. En el siglo XVI fué dada en regalo á Próspero Colonna por Fernando de Aragon. Fondi fué objeto de una interesante y novelesca aventura que conjuró en su contra las iras del cruel corsario Barbaroja. Julia Gonzaga, una de las más hermosas mujeres de Italia, llorando en triste soledad la muerte de su esposo Vespasiano Colonna, habia excitado sin saberlo el bárbaro apetito de aquel famoso salvaje de los mares. Frenético éste por poseer tan rara y peregrina belleza, desembarcó una noche de improviso con el intento de robarla; pero habiendo escapado milagrosamente la hermosa Julia de la solicitud de Barbaroja, éste desfogó su furiosa cólera saqueando la ciudad, destruyendo sus templos y haciendo esclavos á sus habitantes.

El viento de la fortuna no sopló muy favorablemente á este desgraciado pueblo durante algun tiempo despues, puesto que en 1594 fué saqueado por los turcos. Más tarde quedó constituido en feudo de la casa de Sangro. Dos cosas muy notables llaman en Fondi la atencion del viajero; una es la habitacion en que Santo Tomás de Aquino confeccionó esas obras que siempre serán leidas con entusiasmo por los filósofos cristianos, y otra el magnífico cuadro que hay en la iglesia de la Anunciacion, el cual representa el saqueo de Barbaroja, cuando, como hemos dicho, quiso vengarse de la hermosa Julia Gonzaga. Las ruinas del templo de Mercurio y las de otro erigido á las Musas, unidas á las altas torres de su bellísimo castillo gótico, son los restos de la antigua grandeza de Fondi. Su vergel de naranjos puede compararse á los más frondosos de Andalucía.

A una carrera de posta encontramos á Itri, pueblo que encierra sus quinientos habitantes entre una porcion de colinas. A la derecha y á poca distancia se ve un obelisco que generalmente se cree ser la tumba que los libertos de Ciceron levantaron al célebre orador latino.

En seguida llegamos á la antigua Formia, llamada hoy Mola di Gaeta. Esta ciudad, poblada actualmente por 2.000 almas, fué habitada por los lestrigones, y muy considerada en sus primeras épocas. El vino que producia era tan estimado, que el mismo Horacio, muy inteligente en esta materia, no titubeó en compararlo con los famosos vinos de Salerno.

Cuando tocamos en este punto, empezaron á mostrarse por el Oriente los primeros resplandores de una brillantísima aurora. Hemos observado constantemente, que la tibia luz del crepúsculo matutino, caminando lentamente en escala progresiva, es el cendal más misterioso y poético para envolvernos en recuerdos de lo pasado; el más brillante faro para derramar torrentes de luz sobre las edades que murieron; el más preciado talisman para hacer retrogradar el pensamiento, aunque sea al principio de los tiempos y al orígen de las cosas. El crepúsculo de la tarde, por el contrario, es un negro y tupidísimo velo, que si no viene la luna á disipar sus tinieblas, nos limitará á los recuerdos del dia, como una losa que, pesando sobre nuestra cabeza, nos ahogase en una fosa con las angustias y dolores del presente.

Sentada esta teoría, y teniendo en cuenta las circunstancias de localidad y las esencialmente militares que nos rodeaban en medio del cuerpo de ejército español de que acabábamos de separarnos, se comprenderá fácilmente cómo fué poco á poco engolfándose nuestra imaginacion en los recuerdos de otra época, en que otro ejército, tambien español y en aquel mismo sitio, quizás con una aurora tan risueña, entonaba el más solemne canto de victoria. Fondi, Itri y Mola fueron el teatro donde se representó la última escena del sangriento drama de Cirignola y del Garigliano; la arena donde se celebraron los últimos juegos olímpicos en loor del más valiente soldado español, del héroe andaluz del siglo XV, del Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Ya la primavera vestía de flores la campaña, y los panes crescian, y el mayo se mostraba, como dice elegantemente un cronista contemporáneo que hemos de citar varias veces, cuando hasta el horroroso incendio de los depósitos de la pólvora española, bastante por sí solo para desanimar al ejército, quiso el cielo que fuese la antorcha de la victoria alcanzada sobre los franceses en Cirignola, como inspiradamen-

te dijo el bizarro general de nuestras armas (1). La derrota de los contrarios fué tal, que tuvieron hasta cuatro mil hombres muertos sobre el campo, contándose entre ellos el general en jefe del ejército, sin que llegase á un ciento el número de las víctimas de los españoles. Tan precipitada fué la fuga que emprendieron los franceses, que sin órden ni concierto se vió á unos tomar la vuelta de la Venosa, seguidos del intrépido Diego García de Paredes, y á otros la de Cápua, llevando al alcance á sus vencedores, hasta coger el mismo camino de Gaeta que nosotros hemos andado desde que entramos en la Terra di Lavoro. Al tratar de la célebre batalla de Cirignola, refieren las crónicas una anécdota curiosísima. Próspero Colonna, siendo uno de los que con más ardimiento cargaron á los franceses, logró apoderarse de la tienda del general

(1) «Leonardo Alexo dixo con un espanto temeroso: todos los barriles de la pólvora á caso ó á traicion se han encendido. El Gran Capitan, no mostrando espanto por tal nueva, le respondió: yo tengo este por buen agüero, que ninguno me pudiera venir mejor, pues he visto la lumbre de la victoria que viene: no fué vano este agüero.» (*Vida y Chrónica de Gonzalo Hernandez de Córdoba, llamado por sobrenombre el Gran Capitan.* Por Pablo Iouio, obispo de Nocera. En Anvers, 1555. *Libro II, folio* 70.)

en jefe, que, como hemos dicho, murió de la bala de un arcabuz, y allí departió con los suyos la suntuosa y opípara cena que en un riquísimo aparador de plata dorada habian preparado los contrarios para celebrar el triunfo. Despues del banquete se arrojó en una magnífica cama que encontró á propósito para descansar de las fatigas de la jornada. Esta tardanza puso en gran conflicto por la suerte de Próspero á su hermano Fabricio y al Gran Capitan, hasta que con el nuevo sol se presentó aquél ufano y contento en el campo español, disipando las angustias en que éstos habian pasado toda la noche (1).

A poco de la segunda derrota que los franceses sufrieron en las memorables márgenes del Garigliano, donde ya alcanzó finalmente Gon-

(1) «El Próspero, delanteros de todos los otros, corriendo el campo de los enemigos, tomó la tienda de Mr. de Nemos, adonde halló un aparador de plata dorada, y aparejada una suntuosa cena, donde cenó delicatissimamente, y dormió en la cama del capitan de los enemigos. Habiéndole en aquel medio el Gran Capitan y Fabricio toda la noche buscado y llorado por muerto, despues que fué salido el sol, el Próspero, con mucha alegría y risas de los suyos, se volvió al campo.» (*Obra citada, lib. II, fol. 70 vuelto.*)

zalo Fernandez de Córdoba la completa conquista del rico y floreciente reino de Nápoles, volvemos á ver á aquellos en ese pintoresco camino que ya iban animando los primeros respiros del alba; pero otra vez los hallamos desalentados, despues de haber embarcado su artillería, corriendo en busca de un punto algo favorable para hacer el último esfuerzo y dejar más honrado el nombre de Francia (1). Pero los heróicos golpes que constantemente les iba dando la caballería española, y aún la infantería del valentísimo conde Pedro Navarro, los pusieron en la más vergonzosa dispersion, siendo aún mayor el destrozo que sufrian de sus mismos caballos, entre los que en confuso remolino corrian mezclados los infantes, sin atender á las leyes de la disciplina ni á los preceptos de sus jefes, que en vano se esforzaban por apartar siquiera el estrago que hacía entre ellos tan desordanada huida, que no ha podido ménos de dejar un triste renombre en

(1) «En este desórden de cosas, el marqués de Saluzes embarcó el artillería gruessa, porque no auia cauallos para tiralla, y los franceses repútanlo á grande deshonra desamparar el artillería, y huyendo todos con grande furia, se fueron á Gaeta.» (*Ob. cit.*, *lib. III*, *fol.* 87 *vuelto.*)

los fastos de nuestras conquistas en Italia (1).

Por fin consiguieron reponerse algun tanto en Mola di Gaeta, en ese mismo terreno que pisábamos cuando empezamos esta digresion histórica, y aquí lidiaron con ventaja unos momentos. El Gran Capitan, viendo la osadía del enemigo, que no era más que la última llamarada de una luz que va á extinguirse, la postrera convulsion del moribundo, habló á los suyos con voz de trueno, y cargando con la velocidad del rayo, causó una completísima derrota en los franceses, les mató uno de sus más escogidos capitanes, y los obligó á acogerse con las últimas reliquias de su ejército dentro de los muros de Gaeta (2).

---

(1) «No se vido jamás, ni memoria de hombres se acuerda de tan *deshonrada, vituperable* y *misera huida* como ésta, porque los cauallos y los infantes, mezclados juntamente, se derribauan con el correr y con el ímpetu, no conosciendo ni bandera, ni mandamiento de capitan, ni aun osar voluer el rostro contra los enemigos que les yuan en el alcance.» (*Ob. cit., lib. III, fol.* 88.)

(2) «Pero auiendo llegado la nueua á los de tras que los capitanes franceses se auian reparado en Mola y parada la huida de los suyos se defendian en la tierra y en la puente, y que aquí auian deliberado de hacer testa. Gonzalo Hernandez daua bozes que todos se diessen priessa de

Continuemos nuestro camino con la luz del nuevo dia, y sigamos al mismo tiempo con la imaginacion el postrer lauro alcanzado por nuestras armas al coronar por completo su gloriosa y señalada conquista. La consternacion y el espanto reina en las tropas francesas que huyen despavoridas hácia esta última ciudad. Por allí, Gonzalo Fernandez de Córdoba lleva la desolacion y la muerte al corazon de las huestes enemigas; por el otro lado, Pedro de Paz y el conde Pedro Navarro les han cortado la retirada, y la sangre francesa corre á torrentes por entre las sinuosidades de los montes Formianos; más allá, García de Paredes y Diego de Mendoza, cansados de la horrorosa carnicería, intiman la rendicion á sus contrarios, y por centenares y áun por miles aumenta el número de los prisioneros, hasta que en medio de tantas ruinas se levantan los gritos de vic-

andar contra los enemigos, tanta furia de infantes y de cauallos embió á la puente, que el Adorno el cual vn poco de tiempo auia fortissimamente la puente defendido, de presto fue echado della, y muerto de los tudescos, y cayendo él, no paró hombre, que á la hora todos boluieron las espaldas enderezando su camino para Gaeta.» (*Ob. cit. lib. III, fol.* 88 *y vuelto.*)

toria. Aquellas hermosas naves españolas, que como bellísimos cisnes resbalan sobre las tranquilas aguas del golfo, nos traen á la memoria una curiosa anécdota que demuestra el ánimo sosegado y el agudo ingenio de que solia hacer alarde el Gran Capitan áun en los más críticos momentos. Concluida la jornada que acabamos de citar, los españoles repararon en una barquilla que velozmente se acercaba hácia la arena: dentro de ella distinguíase á Cervellon, caballero catalan, vestido de todas armas. Al verlo Diego Mendoza, preguntó quién era aquél que tan á deshora y cubierto de acero desde las uñas hasta los dientes venia hácia la orilla. Riendo el Gran Capitan por la tardanza de Cervellon, y queriéndolo, sin embargo, reprender con un epígrama inolvidable, contestó, aludiendo á las lucecillas que suelen ver los marineros entre la arboladura de los buques, despues de pasada la tormenta: «como sois corto de vista, no habeis podido distinguir, mi buen Mendoza, que aquella aparicion es, ni más ni ménos que San Telmo que se presenta en las gávias (1).»

(1) «En aquel dia que en la ribera de Gaeta fueron en vna larga y dificultosa batalla de Franceses vencidos, y

Ya los primeros rayos del sol rielaban sobre las azuladas ondas del golfo de Gaeta, cuando desmontamos en esta ciudad, despues de haber corrido las sesenta millas que dista del punto de nuestra partida. El ruido militar de la guarnicion que se preparaba para la despedida del Papa, el movimiento que se notaba en los buques de guerra anclados en el puerto, y la vista de aquellas antiguas fortalezas, nos hicieron

---

puestos por las puertas de Gaeta adentro, auiendose presentado vn cauallero Catalan llamado Cerbellon al combatir algo más tarde de lo que fuera necessario, siendo la batalla fenecida y ganada la victoria, armado y puesto en vna barca dando grande priessa á los remadores que se allegassen á los compañeros vencedores, mientras muchos estauan al orilla para ver lo que era, llegó preguntando don Diego de Mendoza quién era aquel que venia tan bien armado. Gonçalo Hernandez le respondio, como soys corto de vista, no conosceys que es Santelmo. Llaman los marineros Christianos la estrella de Santelmo aquella que se muestra encima de la entena despues de una escura y grande tormenta prometiendo bonanza ansi como los antiguos creyan de los fuegos de Castor y Pollux. Entendieron los que estauan presente la delicadeza del mote, porque reprehendia al Cerbellon por auer venido tan tarde, los del enderredor rieron tanto que en desembarcando el Cerbellon le saludaron por Santelmo el cual sobrenombre le quedo entre soldados para siempre.» (*Ob. cit. lib. III, fol.* 109 *vuelto y* 110.)

insistir en el recuerdo de nuestra digresion histórica, muy disculpable por cierto, al atravesar aquellos sitios, en un viajero español. Así es como efectivamente nos figuramos ver todo el Borgo y la altura del monte Corvo coronados por los arcabuces, picas y mosquetes del conde Pedro Navarro; llena toda la vecindad de los tercios españoles, y acurrucados los franceses en los más escondidos baluartes de la ciudad, es decir, constituido formalmente el memorable cerco de Gaeta.

Estrechadas así, y derrotadas y confundidas las armas francesas bajo las garras del valeroso leon de Castilla, no les quedaba ya más amparo que decidirse á rendir la ciudad, si las reliquias de aquel ejército no habian de sepultarse entre el polvo de una tierra tan venturosa siempre para los españoles. El laurel de la conquista se alzaba lozano sobre la tostada frente del Gran Capitan, y la última hora de Francia habia sonado desde la encrespada cumbre de los Abruzzos hasta las tranquilas y deliciosas riberas de la Sicilia. Todos los cuidados de los enemigos se dirigieron desde entonces á disponerse para el rendimiento de la ciudad, y solo este pensamiento, comunicado por el ge-

neral en jefe y acogido como única áncora de salvacion entre los soldados, fué lo que pudo reanimar algun tanto á aquéllos infelices (1).

---

(1) «El Marqués de Saluzes viéndose rodeado de tanta calamidad buelto á los Capitanes les dixo:

«El omnipotente Dios y todos sus santos á la hora cla »ramente ayudan á los hombres fuertes, quando ellos, »aunque tarde, tienen en fin algun conoscimiento, porque »en la aduersidad no desmayen, ni ménos aguarden las »postreras heridas de la cruel fortuna. Yo me he resolui»do dentro del animo mio de no tentar ni prouar cosa al»guna más adelante, ni llegar á ver la vltima suerte de la »guerra: sino de tan grande calamidad conseruar á muy »muchos, la qual como espero que la alcanzaremos si de »presto queremos rendirnos. Porque sería locura y muy »grande tomar tantas vezes las armas condenadas del des»tino, para que despues miserablemente sojuzgados de la »necesidad, la qual rompidas nuestras fuerças nos amena»za, seamos sacrificados de los ayrados enemigos, por las »almas de Cardona, del Manrique y de los otros Capita»nes, los quales muertos del artillería, fenescieron delan»te estas murallas. Nosotros ciertamente auemos muchas »vezes demostrado al rey (combatiendo esforçadamente »aunque infelice) nuestra voluntad. Pero assi como la for »tuna obstinada en presentarnos males y en arruynar »todos nuestros designos: asi ella no podra quitar nos »aquella que nos queda en nuestro poder, y es que libre»mente proueamos en lo que conuiene á nuestra salud y »remedio, y assi es mi parescer, si á vosotros os paresce »prouechoso de prouar el animo del enemigo vencedor, el »qual si querra tenerse por contento con vna temprada

A otro dia fueron al campo español con el fin de estipular las condiciones del rendimiento de la ciudad tres capitanes en representacion de las tres nacionalidades que figuraban en el ejército sitiado, franceses, suizos é italianos. En brevísimas palabras acordaron que entregarian á Gaeta con la artillería y las vituallas, y que ellos tomarian la vuelta de Francia por mar ó por tierra, con la única condicion de que los caballeros llevasen sus caballos, y los peones conservasen sus espadas y sus picas; éstas sin aceros (1). Así desalojaron pobre y miserablemente á Gaeta los que tuvieron la osadía de medir sus armas con las del Gran Capitan, de-

»victoria, fácilmente se le otorgara, que entregandole á »Gaeta a nosotros nos dexe yr de aqui por tierra o por mar »a Francia.» (*Ob. cit., lib. III, fol.* 88 *vuelto* y 89.)

(1) «Y ansi el siguiente dia vinieron al Campo Mossiur de Alegre por los Franceses, Antonio Baseio por los Suyços y Theodoro Triultio por los Italianos. Estos concluyendo el negocio en pocas palabras se concertaron, que los Franceses dando á Gaeta, dexassen en la fortaleza el artillería, y la vitualla que eran de la publica municion, y ellos como mas les pluguiesse, o por tierra o por mar, se pudiessen yr a Francia, con esta condicion, que los caualleros se pudiessen lleuar sus cauallos, y los peones no lleuasen otras armas sino sus espadas, y las picas sin hierros.» (*Ob. cit., lib. III, fol.* 89 *vuelto.*)

jando en manos de éste, como una preciosísima perla con que ornar la brillante corona de Castilla, enriquecida ya á la sazon con el Nuevo Mundo que le habia conquistado el célebre Almirante genovés, nada ménos que la hermosísima tierra que acarician á porfia las aguas del Mediterráneo y del Adríatico.

Dolorido Gonzalo Fernandez de Córdoba de la mala estrella de los vencidos, capitan que sea dicho de paso tuvo por sistema en toda su vida ahorrar el derramamiento de sangre, y ser liqeral y compasivo con todos, en cuya noble y humanitaria conducta, tan digno imitador halló en el célebre Hernan Cortés; condolido, como hemos dicho, de la suerte de los franceses, los mandó proveer de cuantos medios les fuesen indispensables para su humilde retirada, y especialmente de caballos. Con tan hidalgo proceder contrastó extraordinariamente la ingratitud del general Daubeni, quien con tono sarcástico y con el ánimo de un hombre que quiere venir de nuevo á las manos, le dijo: «Os ruego que nos proveias de buenos caballos, que no solamente puedan llevarnos á Francia, sino tambien traernos otra vez á Italia.» El Gran Capitan le contestó con habla arrogante y co-

razon levantado: «los mismos vestidos y caba llos y salvo-conducto que os doy para retiraros á Francia, os ofrezco para tornar á Italia, el dia que querais venir nuevamente á probar los botes de mi lanza.» El general francés hizo como dijo Cervantes:

Caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuése y no hubo nada (1).

La desnudez, el frio, el hambre, la miseria, y por último, hasta la degradacion acompañaron á los vencidos que tomaron por tierra la vuelta de Francia, y no fueron pocos los que habiendo tenido la fortuna de escapar de los

(1) «Saliendo los F anceses (despues de auer entregado á Gaeta) del reyno, Gonçalo Hernandez a muchos dellos que se yuan por tierra les mando proueer de cauallos, Mossiur Daubeni su Capitan general le dixo con un gesto medio riendo: «Gonçalo Hernandez, ruegos mucho que nos mandeys proueer de cauallos gallardos y fuertes, porque nos siruan para el yr y para el boluer,» ca i prometiendo de renouar la guerra. Gonçalo Hernandez, entendida el agudeza del mote le respondió, «torna mucho en buen hora cuando os plaziere, que las mismas cosas q e agora os doy de mi voluntad, vestidos, cauallos, y saluo conduto, facilmente a la b elta lo alcançareys de la clemencia y liberalidad mia.» Mostrandoles claramente, que si boluiessen correrian la mesma fortuna de guerra.» (*Ob. cit., libro III, fol.* 110.)

mosquetes españoles, no pudieron resistir las calamidades que los persiguieron, sucumbiendo á la muerte (1). Más desdichados aún los capitanes que los soldados, quedaron expuestos á las mismas desgracias que éstos, viendo aumentar sus dolores hasta llevarlos al sepulcro, á unos el remordimiento, á otros el ver empañado el brillo de pasadas glorias, á éstos los celos y rencillas, á aquéllos el castigo á que quedaron sujetos, y á todos la vergüenza, el oprobio, la humillacion que sufrieron allí donde ellos esperaban encontrar un ancho campo para sus ambiciones, un dilatado palenque para sus triunfos. Este fué el triste y bochornoso fin que tuvieron los que osaron hacer frente á la dichosa estrella de Gonzalo Fernandez de Córdoba; de ese hombre eminente que vino al mundo con

(1) «La mayor parte de Franceses se fue por mar en el armada, los otros caminando hacia Roma, prouaron la crueldad del áspero inuierno, con todos los otros trabajos de fortuna. Los espitales en los qualesreciben en Roma los pobres de todas las naciones, estauan llenos de la multitud de los enfermos, y muchos pobretos ateridos de frio, murieron en las cauallerizas de los Cardenales, aunque el Papa Iulio con singular piedad y cuydado haziendolos buscar, los mandaua proueer de vestir y de comer, y los hazia embarcar.» (*Ob. cit., lib. III, fol.* 90.)

la vocacion del conquistador, y con la mision irrevocable de ganar para España la más rica y preciada joya de la tierra (1).

Volvamos ya la vista hácia Gaeta, hácia esa rejuvenecida ninfa del Mediterráneo, empabesada y de tiros largos, como si dijéramos, para la triste aunque solemne despedida de su augusto huésped. Esta ciudad es más antigua que Roma, puesto que fué fundada por Eneas, que la consagró á su nodriza Cajeta. En otro tiempo estuvo exclusivamente bajo la dominacion

(1) «Los capitanes prouaron casi la ygual villanía de la fortuna, porque el marqués de Saluzes, andando naueganlo, le recresció vna febrezuela lenta y tisiga, causada del dolor del mal sucesso de la empresa, murió en Génoua, adonde fué magníficamente sepultado. Sandrìcurto teniendo la pena de un animo superbo, despreció talmente la vida que auiendo enfermado de alla en los Alpes, se dize que voluntariamente se apressuro la muerte, pero Corcon, y el Bailiu Cadomio perseguidos de mayor embidia, fueron de tal manera deshonrrados y priuados de los oficios, que falto poco que no les fuessen quitadas las cabeças. A Baseio auiendole el Rey quitado la capitanía de cauallos, aunque la diesse a Cruer su hermano, sintio tanto enojo desto, que cresciendo el humor malenconico, se torno loco, y demandando en vano que el rey le oyesse por defender su razon no lo pudiendo auer se murio frenetico.» (*Ob. cit., lib. III, fol. 90 y vuelto.*)

de sus duques, siendo luego reunida al reino de Nápoles, por lo que recibieron sus príncipes en cambio otras tierras del interior. En la actualidad tiene una poblacion de 10.000 almas. Aquella torre, vulgarmente llamada de Orlando, que se eleva sobre el monte Corvo, es la tumba de Lucio Manuzio Planco, erigida diez y seis años ántes de Jesucristo; aquella otra, que lleva el nombre de Latratina, pasa por ser el palpable recuerdo de un antiguo templo de Mercurio. Esas notables fortificaciones, que hicieron inespugnable á la ciudad por la parte de tierra, hasta que la tomó Massena, fueron sacadas de cimientos por Antonino Pio, levantadas por Alfonso de Aragon en 1440, y restauradas posteriormente por el emperador Cárlos V. Al lado de unas miserables ruinas está el Formianum, lugar de retiro de Ciceron. Aquí murió el célebre orador latino, bajo el puñal homicida de un miserable, á quien en otro tiempo habia favorecido. Antonio enseñó despues en el foro la cabeza y las manos de Ciceron, y recompensó al asesino con una corona de oro y doscientas mil libras. ¡Hé aquí el premio de una vida consagrada toda entera en beneficio de la patria! Aquel importante castillo sirve de tumba al

condestable de Borbon, muerto en 1528 en el cerco de Roma. En una palabra, cada uno de esos parapetos, recuerda un acontecimiento notable, ó un nombre digno de conmemoracion honrosa. No debemos pasar en silencio el grande hecho de armas que tanto se distingue entre los muchos que han dado celebridad á Gaeta: aludimos al asedio de ingleses y austriacos en 1815. La catedral, dedicada á San Erasmo, encierra entre otras cosas notables, un grandioso monumento antiguo, algunos bajo relieves de mucho mérito, una de las columnas del templo de Salomon, un bello cuadro de Paolo Veronés, y el magnífico estandarte regalado á D. Juan de Austria por el pontífice Pío V, en premio del glorioso lauro alcanzado en la batalla naval de Lepanto.

II

De Gaeta á Nápoles.—Viaje naval de Pío IX.

Como hemos dicho, era extraordinaria la animacion que reinaba en la ciudad de Gaeta. Desde las primeras horas de la mañana el pueblo discurria en numerosos grupos con direc

cion al puerto, á fin de dar el último adios al augusto personaje á quien habia ofrecido durante su desgracia una hospitalidad digna del sucesor de San Pedro. No contribuia ménos á embellecer las calles del tránsito la numerosa y excelente oficialidad napolitana, que á la sazon vestía sus más brillantes uniformes.

El puerto y el golfo: hé aquí los dos puntos á donde todos dirigian sus pasos; hácia donde tambien dirigimos los nuestros. A las ocho de la mañana, despues de enarbolada la insignia del jefe de las fuerzas navales españolas en el vapor de guerra *Colon*, fueron recibidos en este buque, con los honores de ordenanza, los generales Córdoba y Zavala y el embajador de Austria. A esta hora, colocados en el puente de este magnífico vapor, fué cuando admiramos el más vivo, el más animado, el más precioso cuadro que puede ofrecerse á la vista de un viajero. Entre los buques napolitanos *Tancredo*, *Delfino* y *Guiscardo*, los españoles *Colon*, *Castilla*, *Cortés* y *Marigalante*, y el francés *Vauban*, circulaban infinitos botes llenos de gentes que asistian á la solemne despedida. Por cualquier lado á que se dirigian los ojos se veia la misma expresion en los semblantes;

como si en todas partes reinara un mismo deseo, un mismo pensamiento. Así era en efecto: en los buques como en el puerto no se hablaba más que del Papa; en la tierra como en la mar reinaba el mismo entusiasmo, mezclado aquí con alegría y allí con sentimiento.

Poco tardó en divisarse una barquilla blanca que, desprendiéndose velozmente de la orilla, se dirigia hácia el *Tancredo;* entre las dos hileras de remeros se distinguia una figura blanca; aquella era la majestuosa figura de Pío IX. Entonces todos los buques enarbolaron la bandera pontificia, los marineros corrieron á extenderse lo más caprichosa y pintorescamente que puede imaginarse sobre la arboladura de los buques, y por todas partes empezó á tronar la artillería. Cada fuerte de Gaeta, cada vapor disparó 21 cañonazos, y cada pecho exhaló cien vítores y cien gritos de alabanza al augusto proscrito, objeto único de aquella ovacion extraordinaria. Las voces de la muchedumbre y el ruido de los cañones vinieron á dar á aquella escena un aspecto poético y sublime. Hasta la densa nube de humo que despedia la artillería, mezclada con el humo negro que exhalaban los vapores, contribuyó á embe-

llecer el cuadro; porque aquel era todo el incienso que en medio de las aguas podia quemarse en honor del pontífice romano. Separemos por un momento las calamidades que la revolucion de Roma ha podido derramar sobre la silla de San Pedro, y convendremos en que el triunfo de Pío IX en Gaeta el dia 4 de Setiembre de 1849 ha sido el mayor triunfo que ha alcanzado la religion cristiana en medio del cruel excepticismo científico, político y hasta religioso en que se devora el funesto siglo XIX.

No deja de ser notable que esta ocasion haya sido la primera en que un papa ha emprendido un viaje á bordo de un buque de vapor. Pero lo que es sorprendente y admirable hasta lo misterioso, es que á la hora en que pasaba esta escena hiciese que se hallaba en Gaeta Pío *noveno nueve* meses, *nueve* dias y *nueve* horas. Si esta es una casualidad, hé aquí una casualidad que asombra; si no, será un secreto escondido en los arcanos de la Providencia (1).

(1) «E intanto singolar combinazione che abbia dimorato in Gaeta sua santitá Pio *nono*, *nove* mesi, *nove* giorni e *nove* ore.»

«E questa la prima volta che un papa abbia transitato su di un batello a vapore.» (*Giornale Constituzionale del Regno delle Due Sicilie*, martedi 4 setembre 1849).

A las nueve se dió á la vela la línea de vapores, formando primero el *Tancredo*, despues el *Colon*, detrás el *Vauban*, á la popa de éste el *Castilla*, y finalmente el *Guiscardo* y el *Delfino*. En el primero iba Su Santidad acompañado del rey de Nápoles, el conde de Trápani y los cardenales Antonelli, Riario Sforza, Camerlengo, Asquini, Piccolomini, Riario Sforza, arzobispo de Nápoles, y monseñor Garibaldi, nuncio apostólico en las Dos-Sicilias; en el segundo el brigadier Bustillos, jefe de nuestra escuadra y hoy general, los generales Córdoba y Zavala y el embajador de Austria, y en el *Guiscardo* la reina de Nápoles con las demás reales personas. Gobernando á la isla Procida, emprendimos el viaje con viento S. E. flojo, mar llana y atmósfera calimosa. A poco empezamos á dar vista al famoso rio Garigliano.

Entonces clavado en la banda de babor de nuestro buque, fijos los ojos en las memorables márgenes del rio, y palpitante el corazon de gozo, exclamamos llenos del más puro entusiasmo: ¡Salve, deliciosas linfas del Garigliano, que en otros tiempos cantásteis las glorias del Gran Capitan de España! ¡Salve, hermosísimas arenas del Garigliano, que há tres siglos y me-

dio fuisteis heróicamente holladas por los valientes soldados de mi patria! ¡Salve, encantadas riberas del Garigliano, que temblasteis al pavoroso estruendo de los arcabuces y falconetes de los bizarros tercios de Isabel la Católica! ¡Salve, ilustres manes de los españoles, que hallásteis honrosa sepultura en tan plácidas orillas! ¡Ya os veo levantar la frente bajo esos tristísimos cipreses, que esa tierra agradecida ha abortado á los bordes de vuestras tumbas; ya veo las coronas de mirto y siempreviva que las alas de las brisas han tejido sobre vuestras cabezas! ¡Salve tambien infortunados manes, los que morísteis con gloria, porque morísteis á los golpes de la ponderosa lanza del décimoquinto siglo! ¡Manes de los españoles y franceses, vosotros todos los que errantes cruzais esas florestas á la pálida luz de la soñolienta luna, y que confundís vuestros cantos sepulcrales con el funerario murmurio de las bellas linfas del Garigliano, recibid un suspiro y una lágrima de este pobre peregrino!

Demos rienda á nuestra memoria. Despues del heróico asalto que los españoles dieron á los franceses en Monte Casino, y ántes de las colosales hazañas que hemos recordado en las

vecindades de Fondi y de Gaeta, determinó el marqués de Mántua venirse sobre las playas del Garigliano, como al fin lo efectuó apoderándose tambien de la torre que está sobre el mar, en la garganta del rio. Los arcabuces y ballestas de los españoles, situados en la opuesta orilla, le impidieron continuar su camino hácia las aguas del Volturno, quedando por lo tanto frente á frente ambos ejércitos, sin más intermedio que las ondas del Garigliano. Los franceses se ocuparon desde un principio en acumular pequeñas barcas y grandes maderos, con el objeto de construir un puente que les abriese paso al rumbo que habian pensado seguir, creyendo cosa fácil vencer á los contrarios si se les ponian delante. Concluido que fué el puente, emprendieron de improviso la marcha, consiguiendo pasar el rio hasta más de mil hombres, sin que al pronto notasen inconveniente alguno, puesto que efectivamente hubiera sido muy poco, si para otra cosa no hubiesen estado dispuestos los españoles, el escaso número de sus avanzadas. Pero el Gran Capitan, que nunca acostumbró á dormirse sobre sus laureles, como el buen militar que conocia, que mientras mayores fuesen sus triun-

fos, más celoso habia de ser de su buen nombre, dió la voz de al arma, corrió á sus trincheras, reunió la gente y la preparó al combate, á las órdenes, en muy gran parte, del conde Pedro Navarro y de Fernando de Andrada (1).

En seguida presentóse ya Gonzalo al frente del enemigo, armado á la ligera, sobre un caballo e pañol, y á la cabeza de su ejército, mandó á Fabricio Colonna que cargase el primero, el cual acometió con heróico ardimiento. Aunque bien situada la artillería enemiga, jugando libremente y haciéndoles grandes destrozos, esto no sirvió para otra cosa que para que doblasen su arrojo y acometiesen con más denuedo y más notable bizarría. En este estado

(1) «Fue sabidor dello Gonçalo Hernandez como los enemigos passauan, y que ya auian tomado la ribera, y echada de allí la guardia marchauan para adelante, el qual como en todos los peligros era animoso y valiente. mandó tocar al arma, los capitanes con grande diligencia se metieron en órden. El conde Pedro Nauarro y D. Hernando de Andrada mouieron con la infantería y desplegaron las banderas.» (*Vida y Chronica de Gonçalo Hernandez de Córdoba. Llamado por sobrenombre el Gran Capitan. Lib. II, fol.* 82 *vuelto*).

ya, la batalla comenzó á ser sangrienta y á producir grandísimos estragos (1).

El error que cometieron los franceses al considerar fácil la sorpresa de los contrarios, los envolvió en un horrible conflicto. No habiéndose aún cerrado en escuadron despues de haber atravesado el puente con presteza suma, mal podrian resistir la enérgica y furiosa embestida de los españoles, que ébrios de entusiasmo y de valor, rompian y destrozaban cuanto se les oponia en su carrera. Luego que Fabricio Colonna logró meterse entre las masas enemigas, y por consiguiente sustraerse á los descalabros de la artillería, comenzó á lidiar con gran fortuna, y á obtener una ventaja inmensa.

(1) «Gonçalo Hernandez salió al campo armado á la ligera en vn cauallo de los despaña, y delantero de todos los otros, animó á Fabricio, el cual daua vozes diziendo que no era de perder tiempo, teniendo grande deseo de combatir que fuesse á acometer á los enemigos que passauan, fué luego obedescido y marchó para adelante: y aunque el artillería de los enemigos jugaua sin jamas parar, de la ribera de baxo y por encima la puente volando las pelotas, y muriessen muchos, no por esto dexó de acometer animosamente.» (*Ob. cit lib. II, fol.* 82 *vuelto y* 83).

Corriendo la ruina, la muerte y el espanto por las huestes francesas, emprendieron éstas una fuga desordenada con ánimo de no parar á lo ménos hasta salvar el puente. En este momento se encontraron de cara con las tropas auxiliares que venian de la otra orilla, y en tan terrible aprieto se hallaron atropelladas y confusas entre ellas mismas en medio del puente, y seguidas por las ballestas y bocas de fuego de los españoles, que allí fueron víctima de la más horrorosa carnicería. Nuestra artillería, con sus numerosos disparos, barria aquella apretadísima columna humana que pugnaba por huir en medio del puente, arrojando á montones los cadáveres al rio, los cuales iban á sumergirse en la profundidad de las aguas. El Garigliano recibió en su seno más de la mitad de las fuerzas francesas, cantidad enorme á que ascendieron los muertos, y gimiendo bajo tan extraordinaria matanza vino á convertirse en una especie de rio de sangre. La imposibilidad en que se vieron los franceses para huir como para avanzar, para defenderse como para ofender, los expuso á uno de los más crueles y sangrientos encuentros que tuvieron con el Gran Capitan. La

confusion y el miedo que entre ellos reinaban proporcionó á los españoles una de las más grandes victorias que han alcanzado en Italia, con una pérdida de gente casi insignificante con relacion á la magnitud del éxito y á la desolacion de los vencidos (1). Tales fueron el destrozo y estruendo de esta gran batalla, que Hugo de Moncada, militar bizarro y entendido que se encontró en ella, decia despues al obispo de Nocera, que jamás, entre los muchos y sangrientos combates en que habia lidiado en mar y tierra, se habia visto en más grande y

(1) «Los franceses como auian passado desordenados y con presteza, no auiéndose aun cerrado en escuadron, con grande fatiga podian sostener la furia de aquellos que los acometian. Pero la vanda de Fabricio assi como aquella que estaua mezclada con los franceses con ménos peligro del artillería manejo las manos. Y los franceses se retiraron, y muchos dellos fueron muertos y muchos echados en el rio, auiendo concebido tanto temor, que metidos en huyda por la puente, hizieron boluer atrás a sus compañeros que les venian en socorro, y muchos cayendo de la puente se ahogaron en el rio. En aquel grande trabajo los capitanes franceses, los quales aparejados para passar sucedian a los primeros, no pudieron socorrer a aquellos que auian sido rotos. Porque con ygual diligencia el enemigo saco afuera el artillería, y es tiraua.» (*Ob. cit. lib. II, fol.* 83).

terrible peligro, en los brazos á cada instante de una muerte casi cierta (1).

Admirables proezas de valor se vieron aquel dia. Entre otras llama la atencion la del alférez Fernando de Illescas, que habiendo perdido la mano derecha de una bala de artillería, tomó con la izquierda el estandarte, y con valeroso sufrimiento acometió á los enemigos. El Gran Capitan le premió esta hazaña con una pension anual de quinientos ducados para él y para sus hijos (2). Hé aquí, por último, otro rasgo sublime del mismo Gonzalo Fernandez de Córdoba, que prueba ese valor personal que

---

(1) «Yo oy dezir á don Hugo de Moncada que se halló en esta y en otras muchas batallas ansi de tierra como de mar, que jamas se auia visto en tan grande y terrible peligro como en esta batalla, porque siendo por toda parte muertos los hombres y los cauallos no se tenía ningun temor de yr contra el artillería, casi á muerte sabida.» (*Ob. cit. lib. II, fol.* 83 *vuelto*).

(2) «Fué tambien públicamente loado Hernando de Hillescas, alferez español, el qual hauiendole lleuado la mano derecha vna pelota de artilleria, sin temor ni turbarse con la mano yzquierda leuantó la vandera y arremetió contra los enemigos, al qual despues Gonçalo Hernandez y para sus hijos le consino en las rentas reales, quinientos ducados en cada un año.» (*Ob. cit, lib.* II, *fol.* 83 *y vuelto*).

tan justamente corre como un proverbio por los cuatro vientos de la tierra. Hallándose atacando la boca del puente cuando las balas de la artillería francesa hacian más estragos á su alrededor, le dijo García de Paredes: quitaos, señor, de un lugar tan peligroso. A lo que respondió el Gran Capitan: ¡cuando ni aún Dios ha podido poner miedo en vuestro corazon, quereis vos, mi buen Diego, ponerle en el mio! Contestacion digna del gran conquistador de Nápoles (1).

A esta cruelísima derrota siguió otra no ménos terrible para los franceses en las mismas márgenes del Garigliano. Habiendo construido los españoles un puente seis millas más arriba del que con t nto denuedo habian tomado, cargó de improviso todo el ejército en masa

(1) Quando los franceses se esforçaban de passar el Garellano por la puente, y las pelotas del artilleria de los enemigos bolauan muy espessas por toda parte, con muerte de hombres y de cauallos, Gonçalo Hernandez con corazon valeroso puesto en medio el peligro esforçaua al vno y al otro, Diego García le persuadia se quisiesse quitar de aquel lugar peligrosísimo. Gonçalo Hernandez le respondió: Diego García, pues dios no ha puesto miedo en vuestro corazon, no cureys vos agora de ponelle en el mio.» (*Ob. cit. lib. III, fol.* 109).

sobre el campo de los enemigos, poniéndolos en la vergonzosa huida en que llegaron á Mola y luego á Gaeta, para que aquí recibiesen los dos últimos golpes de la conquista.

Veamos ya en qué punto nos hallamos de nuestra expedicion marítima. Ya hemos perdido de vista las gloriosas arenas del Garigliano: tambien quedan atrás las del rio Volturno: estamos en frente de la linterna de Patria. ¡Qué recuerdo! Allí está la tumba del célebre vencedor de Anibal, de Scipion el africano. A la derecha, hácia el centro del mar, una jigantesca roca parece como que avanza rápidamente hácia nosotros: es Ischia, la antigua isla tan célebre por su Epomeo. Homero, Píndaro y Virgilio la llamaron *Inarime*, sobrepuesta al jigante Tifeo: despues tomó el nombre de *Pitecusa*, por los grandes vasos de Creta que en ella se fabricaban, y más tarde el de *Aenaria*, por haber sido, segun Plinio, morada de Eneas: en las fuentes bautismales de la edad media recibió el de *Iscla*, que ha cambiado por el que lleva actualmente. En sus primeros tiempos fué presa de varios pueblos que la fueron abandonando sucesivamente á causa de las terribles erupciones de sus volcanes, y especialmente de

aquel del monte Epomeo, hasta que Augusto la cedió á los napolitanos en cambio de Capri. Ha sido saqueada por los sarracenos y los pisanos, mas Ruggiero la volvió á unir á Nápoles. Aquí fué donde Juan Carracciolo, en tiempo de Federico II, se hizo quemar vivo ántes que rendir la isla. Ischia se levantó con la Sicilia contra Cárlos I d'Anjou, y luego se dejó poner á sangre y fuego por 400 soldados que envió para su castigo Cárlos II. Dos años despues, en 1301, sufrió por espacio de dos meses la más horrorosa erupcion del Epomeo que arruinó la ciudad y abrasó á aquellos de sus habitantes que no pudieron emprender velozmente la huida. Alfonso de Aragon, Lucrecia de Alagno y Toreglia la poseyeron sucesivamente, volviendo otra vez á su legítimo soberano, mediante la suma de cincuenta mil ducados. En 1495 se retiró á ella Fernando II cuando Cárlos VIII de Francia se apoderó de Nápoles, y en 1500 la ocupó el rey Federico huyendo de otra nueva invasion de aquel reino. Mientras el conde Pedro Navarro se entendia con los franceses haciéndoles desalojar á arcabuzazos Castelnuovo y Castel dell' Ovo en Nápoles, Doña Costanza de Avalos defendió á Ischia de la

armada francesa que se presentó en su puerto, con una bravura y un heroismo admirables. No en vano corria por las venas de aquella mujer extraordinaria la sangre de sus hermanos el marqués del Vasto y el marqués de Pescara. Treinta años despues, esta isla sirvió de retiro á Victoria Colonna: esta mujer, incomparable por sus virtudes y por su poética belleza, era la viuda del célebre vencedor de Pavía. Tambien aquí hallamos á Barbaroja entrando á saco y haciendo cuatro mil esclavos. Por último, en 1828 un gran terremoto hizo muchos estragos en Ischia.

Quizás en ambas Sicilias no encontraríamos un palmo de tierra donde un viajero español no se sienta asaltado por mil y mil curiosos recuerdos. Esas pintorescas riberas nos traen á la memoria la expatriacion que impuso Alfonso de Aragon á todos los varones de Ischia, escogiendo entre su ejército otros tantos españoles para que fuesen á desposarse con las mujeres é hijas de los infelices desterrados. Semejante arbitrariedad no sentaria mal á los que fueron á gozar de la famosa belleza de unas hembras que, á la sal hechicera y picante de las mujeres morenas, reunen unas figuras arrogantísimas,

vestidas con los más pintorescos y poéticos trajes. Figúrese el lector una hermosa dama, morena como si fuese de Sevilla, de Málaga ó de Granada, ligera y esbelta como una sílfide, majestuosa como una vestal romana, primorosamente calzada, derramando en voluptuosos pliegues un vestido blanco como la nieve, apretado el busto con un jubon de seda color de rosa orlado de franjas de oro, sosteniendo con admirable coquetería sobre la cabeza un graciosísimo turbante, con dos mejillas como dos amápolas, dos labios como dos claveles, y dos ojos como dos soles; figúrese puesta en movimiento toda esta hermosura, que es como si dijéramos haciendo fuego por todos cuatro costados, y convendrá con nosotros en que no fué esta la peor de las conquistas de los soldados de Alfonso de Aragon.

Ya nos vamos separando de esa isla que tanto nos ha cautivado. ¡Qué romántica es su perspectiva, arrojada en medio del mar, como embozada en un manto de verdura, y asomando por cabeza el horroroso cráter del Epomeo! ¡Qué vegetacion tan admirable! Parece increible que haya espacio entre tantas flores para diez pueblos y para 24.000 almas. ¡Adios, deliciosa

Ischia, cuyos preciosos pueblos entre bosques de laureles y sotos preñados de árboles frutales que embalsaman la atmósfera con el perfume de sus flores, constituyen un ameno verjel de diez y ocho millas cuadradas, abierto como una rosa entre las azuladas linfas del Mediterráneo!

Procida aparece á nuestra vista. Una infinidad de botecillos se disparaban de esta isla, y como balas se dirigian hácia el *Tancredo*, conduciendo un gentío inmenso, que con el más vivo entusiasmo victoreaba á su Santidad. Pío IX salió al tambor derecho del buque á hacerse ver de aquella religiosa multitud y á recibir sus cariñosos saludos. En tal situacion, la figura del Papa se destacaba preciosamente sobre el fondo azul de las aguas confundidas con el horizonte. ¡Qué cuadro tan sorprendente! La muchedumbre calla y se arrodilla en silencio; los vapores aflojan sus máquinas, y hasta el mar parece que detiene su curso. Pío IX echa su bendicion apostólica sobre aquellas sencillas gentes. ¡Qué de lágrimas se han cuajado en las pupilas al interrumpir tan silenciosa escena el estruendo de la artillería de Procida y de los buques de su puerto!

Esta isla participó en la antigüedad de la misma suerte que todo el continente. Los romanos la consideraban como el lugar de sus delicias: así es que Juvenal la llama puerta de Baja, ribera encantadora y retiro amenísimo. Despues que Miseno quedó destruido por los bárbaros, le fué agregado á aquella todo su territorio. Juan de Procida, el funestamente célebre autor de las Vísperas Sicilianas, llegó á ser señor de la isla hasta que despues de pasar por Cárlos II de Anjou, fué restituida á su legítimo dueño por el tratado de paz celebrado entre aquél y Jaime de Aragon, rey de Sicilia. Fernando I la elevó al rango de ciudad en 1792. Procida está custodiado en su puerto al Oriente por una antigua fortaleza; otro puerto la defiende por la orilla opuesta. Créese que en algun tiempo estuvo unida á Ischia, aunque la diversidad de la naturaleza de los terrenos parece probar lo contrario. Hoy se alza completamente sola, dando albergue á seis ó siete mil almas, á una nube de perdices que recorren sus sotos, y á grán número de faisanes que hermosean sus frondosas vegas. Su extension es de cinco millas cuadradas; sus casas están dispuestas en bellísimo órden entre sus verdes colinas, descendiendo en forma de

anfiteatro hasta su pintoresca y plácida ribera. Las mujeres visten gracioso traje griego, y los dias de solemnidad adornan su cuello con gruesos granos de oro, coral y perlas de mucha riqueza, y con grandes pendientes de piedras preciosas. Aderezadas de esta manera, el sonido de un tímpano las embriaga en la más voluptuosa danza que han podido inventar las modernas Terpsícores. Los hombres tienen fama de ser los más excelentes marinos de Italia.

A las doce y media estábamos ya tanto avante con el estrecho formado por la concurrencia de Procida y la punta S. del cabo Miseno, dejando á la izquierda la Roca de Cuma y la colina de Baja, ésta con el sepulcro de Agripina, y aquélla con la tumba de Tarquino el Soberbio y el infierno de Virgilio, que ya nos ofrecerán tristísimos recuerdos para otro capítulo. Entonces buscamos la misteriosa caverna que es abre en el monte Miseno, negra y profunda como las órbitas de una calavera, cuando doblando nuestro buque el cabo nos introdujo en el golfo de Pozzuoli. A los pocos momentos nos acercamos á Nísida, pequeñita isla de cinco millas de circuito, que presenta un lindísimo paisaje. En la punta del Norte luce

una elegante ciudadela, y el todo de la isla se levanta en forma de un cono revestido de flores, que parece como que las recoge hácia su vérti ce para retirarlas del azote de las aguas, ni más ni ménos que una pastorcilla que al pasar un lago se arremangase sus faldas sombreadas de mirto, de arrayan y de azucena. Y sin embargo, ¡cuántas veces la espuma del mar blanquea el verde fruto de sus olivas, y los dorados racimos de sus frondosas vides! ¡Oh! ¡Parece una delicada vacante, cubierta de pámpanos y de yedra, que ha descendido del Posílipo á lavar sus piés en las azuladas ondas! Quitémosle esa túnica de musgo, y la bella Nísida se convertirá en una roca como lo fué en su orígen; pero luego se vistió de verde para obsequiar á Lúculo, para dar albergue á Ciceron y á Bruto, y para recibir en su alfombra el cadáver de la suicida Porcia, mujer de este emperador romano. Hoy está más ricamente ataviada: sus fuertes y su lazareto, obra del duque de Alba en tiempo de Felipe IV, la han transformado en una amazona hospitalaria; pero que aún conserva su corona de yedra y su manto de laurel.

Empero nuestro buque se desliza velozmente sobre las aguas, y de pronto notamos que un

ruido sordo, monótono, pero inmenso, ha venido á distraer nuestra imaginacion; una voluptuosa brisa cargada de los perfumes del azahar, de la acacia y de los limoneros embriaga nuestros sentidos. ¿Dónde está ese mar que poco ántes se perdia ante nuestros ojos? ¿Dónde esos horizontes lejanos que iban á esconderse en los abismos del Mediterráneo? Estamos en medio de un anchísimo semicírculo que casi quieren cerrar en círculo completo unos cuantos puntos blancos que se alzan á nuestra espalda; estamos, pues, cercados de tierra y dentro, por consiguiente, de un extensísimo golfo; estamos en el golfo de Nápoles, porque no puede ser otra esa hermosa ciudad que tenemos delante, más acá de aquellas verdes colinas y del otro lado de las aguas: ¡es Nápoles, la romántica Nápoles, que parece recostada en una hamaca de mirto y rosas, festoneada de encajes de plata que finjen las últimas oleadas del mar!

¡Salve, antigua Parthénope, dichosa reina de las flores y princesa de las historias! ¡Salve, romántico eden de la Italia, florido y pintoresco jardin del universo! ¡Salve, risueña mansion de las misteriosas hadas, y fresco paraíso de las sibilas! ¡Salve, rico emporio de las ciencias,

augusto templo de las artes y altar brillantísimo de la poesía! ¡Salve, nobilísima cuna de Sannazzaro, Salvator Rosa, Luca Giordano, Bernini, Vico, Filangieri y cien y cien genios inmortales! ¡Salve, Nápoles divino! ¿Qué mísero mortal no ambiciona conocerte? ¿Qué hombre no te adora? ¿En qué punto de la tierra, desde el uno al otro polo, no se bendice tu nombre? ¿Qué niño no ha gozado en tus leyendas? ¿Qué adulto no ha amado tus bellezas? ¿Qué anciano no ha ambicionado siquiera uno de tus laureles? ¿Qué mujer no ha envidiado tus hechizos? ¡Nápoles divino, hasta los ángeles si te vieran te adoraran!

Detrás de esta ciudad vénse el Vómero y Capo di Monte, y sobre ella, como un guardian de tantas preciosidades, se asoma la robusta fortaleza de San Telmo. A su derecha levántase el amenísimo monte Posílipo, con sus quintas, sus viñedos y sus árboles frutales, encerrando en tan umbrosa selva la melancólica tumba de Virgilio. Sigue Pozzuoli, con las ruinas de su Coloseo, y de aquí hasta la punta de tierra que forma el monte Miseno, se extienden Baja, Cuma, el lago de Agnano y el de Averno, con sus recuerdos de los campos Elí-

seos, la laguna Estigia, el barquero Caronte y la bellísima sibila Deifoba, creaciones maravillosas de Virgilio, y que yacen junto á la huesa del divino poeta mantuano. A la izquierda de Nápoles se eleva el Vesubio, con su ondulante penacho de humo, que parece el horroroso emuntorio por donde la naturaleza está vomitando el fuego que el sol de Italia ha derramado sobre aquellas tierras en el larguísimo período de más de cincuenta y ocho siglos. Luego están las tristísimas ruinas de Herculano: Pórtici y Resina se asientan sobre ellas, teniendo por base para cada palmo de sus cimientos el ara de un antiguo templo, la columna de un palacio, ó la osamenta de un tribuno. Despues se hallan Torre del Greco, Torre de la Annunziata, el bosque de las Tres Gracias, y la sorprendente ciudad de Pompeya, con sus calles, sus plazas, sus mercados, sus casas perfectamente conservadas, su foro y sus teatros, donde no se echa de ménos otra cosa que el ruido de la toga y las pisadas de un majestuoso senador, ó el crujido de la túnica de una arrogante pompeyana. Más allá se ve Castellamare y la cuna del Tasso, la inmortal Sorrento, hasta la Campanella, que por fin concurre

á formar ese golfo, en cuyo centro nos encontramos. Enfrente de esta grande semi-luna están Procida, Ischia y Capri, que con poco que añada la imaginacion hacen un círculo con la tierra que hemos descrito. En medio de ese pedazo de mar, y rodeado de unos puntos tan amenos y de tan sublimes recuerdos, permanecimos cinco horas embargados por un verdadero entusiasmo. Nuestra memoria recorria con la velocidad del rayo todo cuanto abarcaba nuestra vista, desde la magnífica ciudad que en forma de anfiteatro se extendia ante nosotros, y que parecia llamarnos con las hojas de sus árboles, hasta Capri, y desde Miseno hasta la Campanella.

¡Qué grandioso cuadro contemplábamos por todas partes! La calma de las aguas hacian del mar una especie de pavimento de lapislázuli; la tierra, entapizada de verde, se levantaba en pintoresco y caprichoso muro de flores con guirnaldas de rosas y jacintos; un cielo color de grana con nubecillas blancas como armiños cerraba la escena, y un sol cuyos rayos bajaban verticalmente sobre nuestra cabeza la alumbraba con su luz inmensa. Allí todo era bello, poético, religioso y sublime!

Pero volvamos á nuestro principal objeto. Tan pronto como llegamos al golfo, innumerables barquillas pintadas de colores atravesaban el puerto; toda la orilla estaba llena de un numeroso pueblo, y hasta las orientales azoteas de la ciudad habian sido asaltadas por la multitud. Los fuertes, los buques anclados en la rada y los que habian entrado en el golfo empezaron á hacer las salvas de ordenanza, simulando perfectamente el cuadro de una batalla naval. Gobernando en vuelta de Pórtici, fué á colocarse el *Tancredo* junto á las embarcaciones españolas fragata *María Cristina*, corbetas *Mazarredo* y *Villa de Bilbao*, bergantin *Volador* y pailebot *Vidasoa*, que estaban en este puerto entre otros buques, con el objeto de saludar al Papa á su arribo en Pórtici. Allí estaba tambien la corbeta napolitana *María Cristina* que el rey de Nápoles habia puesto á las órdenes del brigadier Bustillos, á fin de que hiciese los saludos con los buques de nuestra escuadra.

Al saltar en tierra Su Santidad con el rey de Nápoles, salieron á recibirlo al lujoso desembarcadero el infante de España D. Sebastian, el príncipe de Salerno y el conde de Aquila,

con un numeroso y escogido acompañamiento. El inmenso gentío que allí se hallaba, tan pronto como vió al Padre Santo, dobló las rodillas en tierra, y con el más férvido entusiasmo entonó un solemne *Te-Deum*, en accion de gracias al Dios de los ejércitos por la feliz llegada del Pontífice. ¡Qué cuadro tan sublime, tan sorprendente, tan grande formaba aquella enorme masa de pueblo en que se destacaba toda la grandeza napolitana, toda la corte y todo lo más brillante del ejército!

A las seis de la tarde, habiendo regresado al puerto de Nápoles el *Colon*, desembarcamos con nuestros generales, al ruido de veintiun cañonazos de despedida. Al saltar en tierra, toda la escena habia cambiado: las juguetonas brisas bajaron de los cálices de las flores, y el sol, arrastrando su melena por el Posílipo, escondíase perezosamente tras la tumba de Virgilio.

III.

Bosquejo histórico-geográfico de Nápoles.

Al entrar en Nápoles, las tinieblas de la noche y un espantoso ruido, que es lo primero que sorprende al viajero en esta ciudad, vinieron á confundirnos con los recuerdos de los extraordinarios acontecimientos del dia. Exigir de nosotros en aquel momento algo más que cruzar las principales calles de Nápoles entre una masa enorme de gente, huyendo de los carruajes que por do quiera nos embestian, mareados por el bullicio y atolondrados con la ininteligible algarabía de los *lazzaroni*, sería exigir punto ménos que imposibles. Sígannos nuestros lectores al hotel del Universo, y verán con qué gracia, sentados á la mesa, apuramos un gran plato de macarrones; síganos tambien nuestras lectoras, y admirarán el donaire con que nos empinamos un considerable vaso del hermoso vino *lacryma christi;* síganos hasta al lecho, alrededor del cual encontrarán asien-

tos en cojines de damasco, que al fin no es mucho pedir á las bellas, si solamente han de acompañarnos con la imaginacion, donde muellemente recostados y recibiendo el fresco viento de sus abanicos, vamos á trazarles un ligerísimo bosquejo histórico de Nápoles, si es que cuando al otro dia nos levantemos, ágiles ya como una ardilla, quieren seguirnos y entendernos mejor en nuestras deliciosas correrías.

Allá entre los misterios de la fábula nos encontramos con unos griegos fugitivos de su patria construyendo la antigua Parthénope, que luego fué destruida y en seguida restaurada por los habitantes de Cuma. En los tiempos de Annibal, la ciudad que ya llevaba el nombre de Neápolis, no era otra cosa que una fiel aliada de Roma, pero que aún conservaba su fisonomía griega en su religion, en sus costumbres y hasta en su idioma. Adriano y Constantino la habian enriquecido mucho cuando los romanos la eligieron como sitio de recreo y eden de sus delicias. Belisario, capitan de las huestes de Justiniano, destruyó la ciudad pasando á cuchillo á sus hijos, para ocuparse luego con el mayor celo de su reconstruccion y defenderla de

un asedio contra Totila, al cual tuvo al fin que someterse. Las falanges de la Lombardía, las de Carlo-Magno, las de los griegos y las de los sarracenos gozaron sucesivamente de los encantos de Nápoles hasta el siglo X, en que Tancredo lanzó á éstos últimos de su suelo, dejándolo luego en poder de sus sucesores.

En el siglo XII, Constanza III, hija de Roger, dió la corona á Enrique IV; pero despues de la muerte de su nieto Conrado en 1257, Mainfroi quedó reconocido por heredero. Este fué muerto por Cárlos de Francia, hermano de San Luis, quien dispuesto á romper todos los obstáculos que se oponian á su reinado, y no satisfecho con una víctima, decapitó en 1268 al jóven Conradino, heredero legítimo de la corona. Hé aquí el orígen del grande odio que profesaron los napolitanos á los franceses, y que recibió satisfaccion sangrienta en 1282, en aquella degollacion de francos en Palermo el primer dia de Pascua de Resurreccion, que se conoce con el nombre de Vísperas Sicilianas. Esto sirvió para encender más los ánimos, y contribuyó mucho despues á aquellas terribles luchas entre la casa de Francia y de Aragon, reinante en toda la segunda mitad del siglo XV.

Aquí comienza el primer período de la historia moderna de Nápoles: la dominacion castellana. Ya hemos visto incidentalmente cómo el Gran Capitan, Gonzalo Fernandez de Córdoba, concluyó la grande obra de su conquista en el memorable cerco de Gaeta, despues de las victorias de Cerignola y el Garigliano. Aquí le encontramos ahora en medio de su opulenta y caballerosa cohorte, compuesta de la flor y nata de la nobleza española, en un dia del florido Mayo, cubierto de riquísimo brocado, y haciendo su entrada triunfal con régia pompa bajo un magnífico palio y entre las aclamaciones de la entusiasmada muchedumbre. ¡Digna recompensa de su grande obra! (1)

Este sería el lugar más á propósito para contestar á algunos escritores extranjeros, envidiosos de las glorias de España, sobre las

(1) «Con aparejo real debaxo de vn palio entró en la ciudad, auiendole sido adereçada muy sumptuosamente la casa del principe de Salerno, la qual es la mejor que ay en Napoles, y ajuntados todos los estados, alos quinze de Mayo le juraron fidelidad en nombre del rey de España.» (*Vida y Chronica de Gonçalo Hernandez de Cordoba, Llamado por sobrenombre el Gran Crpitan.* Lib. II, fol. 72 vuelto.)

consecuencias de la union de las Dos Sicilias á la corona de Castilla, y sobre las ventajas ó desventajas que ha reportado aquel reino desde la conquista del Gran Capitan en 1503, hasta la abdicacion de Cárlos III en 1759; pero para ello necesitaríamos mucho papel y refrescar nuestra imaginacion, demasiado excitada por los perfumes de las flores y las sublimes bellezas de Italia. Recordaremos solamente en primer lugar, que cuando los españoles conquistaron á Nápoles, ya el leon de Castilla reposaba sobre dos mundos, y que al poco tiempo, al descubrimiento de Colon se añadieron las conquistas de Cortés y de Pizarro. Las minas de Caonabo, Atahualpa y Motezuma se habian abierto en Nueva España, Méjico y el Perú para derramar rios de oro y plata y piedras preciosas sobre cuanta tierra cubrian nuestras banderas. En segundo lugar, Nápoles no cayó en manos de sus compatricios los de Cuma ni los de Belisario, que la redujeron á polvo entre mares de sangre, sino que vino á caer en poder de los que acababan de plantar la cruz en las almenas de Granada y en las playas del Nuevo Mundo; de los que habian hecho proverbial su hidalguía y su fé religiosa desde el uno al otro

polo! En tercer lugar, no quedaron las Sicilias presa de gente cobarde y aventurera, y por lo tanto cruel y despiadada, sino que quedaron hermanadas con los futuros vencedores de Otumba, de Pavía, de San Quintin y de Lepanto! Entonces, ¿qué desventajas pudo reportar Nápoles de una nacion como España, noble y caballerosa hasta lo novelesco, rica hasta lo maravilloso y heróica hasta rayar en prodigios? Un eminente literato español está encargado de vindicarnos en una obra que, si es tan grande como su fama, será todo lo que podemos desear (1).

---

(1) El Excmo. Sr. D. Ángel de Saavedra, duque de Rivas, embajador de España durante algunos años cerca de la corte de Nápoles, se ocupa hace mucho tiempo en la confeccion de una historia de la dominacion española en Italia. El mismo duque nos ha hablado extensamente del vasto plan de su obra, y áun nos ha llamado la atencion hácia la gran copia de curiosísimos documentos de mucho valor histórico con que ha enriquecido sus numerosos manuscritos. Ningun escritor español ha tenido como el duque de Rivas la ocasion y el gusto para la recoleccion de tan ricos materiales; así, pues, tampoco ha habido ninguno como él de quien tengamos derecho á exigir la completa realizacion de tan grandioso pensamiento; con tanto más motivo cuanto que, si su historia ha de ser digna, como no dudamos, de su alta reputacion literaria, claro

Desde la conquista del Gran Capitan empieza en Nápoles el gobierno de los vireyes y lugartenientes, hasta contar cuarenta de los primeros y veinte de los segundos, entre españoles y austriacos. A la época del vireinato pertenece aquella gran sublevacion acaudillada por el célebre Massaniello, pescador de Amalfi; por ese hombre del pueblo que en pocos dias, con la misma mano que empuñaba los remos de su barquilla empuñó un cetro lleno de sangre, corriendo con tanta velocidad esa larguísima carrera, que apénas tuvo más tiempo para gozarse en ella, que el absolutamente indispensable para andar el tránsito que hay desde la choza del pescador de Nápoles al patíbulo erigido á poco más de un tiro de bala. ¡El mismo pueblo que lo elevó hasta el trono, paseó su cabeza por la ciudad clavada en el acero de una pica,

---

está que podrá figurar entre las de Solís, Sandoval y Mariana. No le desmaye la poca atencion con que desgraciadamente se ha mirado su hermosa obra sobre la revolucion de Massaniello, que tiempos más dichosos vendrán en que se estimen en todo su valor las producciones del verdadero talento, y en que no se hagan ni áun los honores de la lectura á libros tan detestables como el funestamente famoso *Juif Errant*.

y á las cuarenta horas la sacó nuevamente para bendecirla! Todo esto aconteció en el cortísimo período de quince dias. ¡Qué instabilidad de las cosas humanas!

Al vireinato siguieron las guerras de sucesion que vinieron á poner la corona de las Dos Sicilias sobre la frente de Cárlos III. La vida militar de este gran monarca tiene muy altos relieves en la historia. A este hombre y á los españoles debe Nápoles esa dichosa monarquía, que pasando por cuatro testas coronadas de los Borbones, constituye hoy su más completa felicidad: por eso nos aman tanto los napolitanos, y por esto tambien los amamos nosotros sinceramente. Pero la total pacificacion del reino no dejó hasta su última hora de costar arroyos de sangre.

Al mismo tiempo que el conde de Clavijo atacaba con una escuadra española las islas de Ischia y Procida, el infante D. Cárlos, uniendo sus tropas, tambien españolas, á las que mandaba el conde de Montemar, penetró en Nápoles lanzando al último virey austriaco Julio Visconti. Los españoles derrotaron en Sant'Angelo y Rocca Canina á los tudescos, bloquearon á Gaeta y se posesionaron de los castillos de

Nápoles y del puerto de Baja, siguiéndose á esto la coronacion del príncipe. Andaba Visconti rehacio en su retirada, puesto que esperaba un refuerzo de dos mil hombres que al fin obtuvo del conde de Sástago, y otro de cuatro mil que desembarcaron en Manfredonia; pero tan pronto como Montemar lo supo cargó con doce mil de los suyos á quince mil austriacos, causándoles una derrota sangrienta, hasta hacer once mil prisioneros y poner á los otros cuatro mil en desesperada huida. Esta fué la célebre batalla de Bitonto, de que tantos prodigios de valor narran las historias. Con ésta y con la memorable jornada de Velletri, sucumbieron las águilas del imperio entre las garras del leon de Castilla y el extraordinario esfuerzo de los valentísimos militares napolitanos, que tan bizarramente se portaron al lado de los españoles en Velletri el dia 10 de Agosto de 1744, segun hemos descrito extensamente en otro lugar de esta misma obra (1).

A la muerte de Fernando VI de España, sucedióle Cárlos III, el cual tuvo que abandonar á Nápoles en 1759, dejando la corona á su hijo

(1) Tomo I, cap. VII, pág. 88 y siguientes.

segundo Fernando. Entonces las guerras de Napoleon vinieron á arrebatarle el cetro que empuñó José Bonaparte, hasta que cambiándolo por el de España, dejó aquél en mano de Joaquin Murat. Despues de la trájica muerte de éste, tomó Fernando posesion de su reino el dia 17 de Junio de 1815, con el nombre de Fernando I. Desde 1825, que ocurrió su muerte, le sucedió su hijo Francisco I, que tuvo un breve reinado. Por último, la corona de las Dos Sicilias ha venido á parar en su legítimo heredero Fernando II, sabio é inteligente monarca que felizmente reina, á quien el cielo favorece en todos sus actos, por las virtudes de que se halla dotado, y por el esmero con que se consagra á las mejoras de su país y al adelantamiento de sus súbditos. Este piadoso soberano es el que ha endulzado con su palabra y con sus obras los amarguísimos momentos de la proscripcion de Pío IX, y el que hemos traido delante de nuestra vista en su compañía, en el vapor *Tancredo*, desde Gaeta hasta su arribo á Portici.

La ciudad de Nápoles está situada á 40° y 52′ grados de latitud boreal del real observatorio de Capo di Monte, y al 11° 55′ 45″ de longitud oriental del meridiano de París. Su

temperatura ordinariamente asciende en verano á 26 grados del termómetro de Reaumur, y baja en invierno hasta 2 grados sobre cero: por término medio se conserva entre 13 y 14, manteniéndose así constantemente en Mayo y Octubre. Los vientos dominantes desde Octubre á Marzo son del S. al S. O., que suelen acompañar á las lluvias; y desde Abril á Setiembre, son del N. al N. E., que mantienen la atmósfera serena, como no se contempla en ningun otro país. Noviembre y Julio se señalan, el primero por las aguas, y el segundo por los ardores del estío. Los dias hermosos son 90 al año, 70 los nublados, 120 los variables y 80 los de lluvias: de los últimos, 30 pertenecen al otoño; 24 al invierno, 18 á la primavera y 8 al verano. Las nieves caen rarísima vez; y cuando ocurren, duran muy poco. La poblacion de Nápoles es de más de cuatrocientas mil almas; por eso se considera, despues de Lóndres y de París, la tercera capital de Europa.

Tiene una posicion bellísima: se extiende en forma de anfiteatro al pié de una florida montaña, hasta tocar en el magnífico golfo en forma de media luna. Solamente la vista de Constantinopla es la que puede entrar con ésta

en competencia, segun la opinion de todos los viajeros.

El país está atravesado por los Apeninos; es en general montuoso, pero lo cortan valles y lo salpican colinas de una verdura eterna; de una amenidad que encanta; de un contraste de flores, de matices y de frutos que embriaga los sentidos. Entre sus productos agrícolas son abundantísimos y excelentes el arroz, el aceite, el cáñamo, el lino, el azafran, el algodon, las almendras, las frutas de todas clases y los vinos, entre los cuales se distingue el delicioso *lacryma christi*. Es rico en ganado vacuno, mular, caballar, lanar y cabrío; pero lo que más choca al extranjero que cruza sus espesuras es el encontrarse frente á frente con la cornamenta de un búfalo, con las saetas de un puerco-espin ó con los ojos de un lince. Sus aves son tan hermosas como sus mujeres, tan pintadas como sus flores, tan armoniosas como sus brisas, y tan numerosas y várias como los peces de sus mares el Mediterráneo y el Adriático. Tiene aguas potables muy buenas, y aguas minerales sulfúreas y ferruginosas muy saludables. Sus rios, el Garigliano, el Volturno, el Basiento, el Pescaro y otros, refrescan

con sus linfas su fecundísima tierra, y por entre la espesura de sus umbrosas y románticas selvas llevan un murmurio dulce, cantando mil tradiciones, mil cuentos, como los de las *Mil y una noches*, y mil anécdotas tristes, que puede escuchar el sensible viajero entre las cañas de sus juncos, las hojas de sus espadañas y los pétalos de sus adelfas.

IV

Fisonomía de Nápoles y sus habitantes.

La primera impresion que se recibe al pisar las calles de Nápoles, es una especie de estupor y un cierto decaimiento semejantes á los que produce un gran golpe que afectara hasta las más hondas raíces de nuestros nervios. No habrá ni siquiera un viajero que al entrar en esta ciudad, haya dejado de suponer que en aquella hora hubiese un grande acontecimiento, cuyo eco contrastaba mucho con el reposo en que naturalmente se halla su espíritu, ora haya hecho su entrada por el sosegado mar, ora por las umbrosas y solitarias florestas. ¿Pero

cómo se explica esa velocidad con que en confuso remolino marcha la muchedumbre, cuando estamos en un pueblo meridional, en que la apatía, el descanso y la molicie, son el más delicioso entretenimiento? ¿Cómo ese infernal ruido, que más tarde, á la media noche, ha de convertirse en un zumbido monótono y prolongado? Muy fácilmente.

Nápoles está situado en la falda de una cadena de montañas, y extendido en forma de anfiteatro junto á la misma espuma del Mediterráneo: por consiguiente, el lecho donde reposa la ciudad, viene á constituirse en una especie de centro ó caverna, donde el mar deposita en desaforados gritos los secretos de sus borrascas y los silbidos de sus huracanes: la estructura del terreno y su admirable vejetacion, impiden por otra parte la circulacion de las ondas sonoras, y éstas van por lo tanto á estrellarse, ó en el seno de las flores ó en el tímpano de los mortales. Esto sirve tambien para explicar la conservacion de otros ruidos producidos por causas más constantes en sus movimientos.

Las calles angostas y prolongadas, pavimentadas con grandes y resonantes losas volcáni-

cas, multiplican el ruido de 10.000 carruajes que vuelan, de más de 50.000 almas que circulan en todas direcciones, y hablan, para oirse, en voz alta, y de miles de operarios que trabajan delante de la puerta de sus talleres, y de tantos vendedores como pregonan sus mercancías. Este bullicio inmenso va á repetir sus ecos y á aumentar su estruendo en más de 300 iglesias y otros tantos palacios, resultando por fin ese murmullo eterno que nos anonada al principio, que nos narcotiza, pero que luego, excitándonos, desde el momento en que sucede la reaccion al narcotismo, nos regenera por decirlo así, y nos produce el efecto del más enérgico estimulante. Así es que en la misma hora que comprendimos la naturaleza íntima de aquella animacion, de la vida de ese pueblo tan sorprendente, montamos en un ligerísimo carruaje, y ya no dejamos de correr hasta que abandonamos á Nápoles. Felizmente para el viajero, en cualquier sitio y á cualquier instante le asaltarán unas cuantas calesas, segun su figura, y la velocidad con que marchan, que por una cantidad insignificante le llevarán desde un extremo al otro de la poblacion; pero con una ligereza, que no ménos que á servir

agradablemente al extranjero, contribuye á agitar las enormes oleadas de las masas pedestres. Tan convenientes y económicos son estos ligeros vehículos, que muchas veces los hemos visto llenos de soldados que regresaban de la guardia, ó de gente de la clase más ínfima y menesterosa de la sociedad. En ellos se embute el aristócrata inglés que con su mirada inteligente busca en cada pórtico de iglesia una columna jónica, y en cada plaza un monumento de granito; allí camina el francés que lo examina todo con esa mirada vaga del que hace alarde de cierto aire de suficiencia; allí va el indígena menestral, soldado, fraile ó monja, viejo ó jóven; porque siempre hay muchos que gustan de las comodidades, y no pocos á quienes la necesidad los lleva al vuelo, y una ú otra exigencia se satisface con unos pocos de cuartos.

La acogida que en Nápoles obtienen generalmente los viajeros, no deja de ser muy lisonjera. Acostumbrados sus habitantes al comercio y trato con los extraños, por la gran concurrencia que llevan á ese país su suelo, su cielo y sus bellezas monumentales, acuden á todos sus deseos con una prontitud admirable,

¿Quereis proveeros de botas, de guantes, de esencias, de libros, de objetos curiosos de cualquiera clase? Pues no os movais del sofá; dad un campanillazo, decid dos palabras al criado, y ántes de diez minutos tendreis tantos comerciantes como habeis necesitado, que abren sus cajas y os extenderán sobre la cama, la consola, las sillas y el suelo veinte ejemplares de cada cosa; os lo darán todo por poco dinero, pero os harán comprar mucho, que para eso os han ofrecido instantáneamente el pintoresco panorama de una féria. ¿Quereis un frac? Pues lo tendreis concluido en un santiamen, y tan bien hecho y elegante como el que lleva el príncipe de Salerno. ¿Un cicerone? Pues al instante vendrá uno que os ofrecerá tantas noticias como los manuscritos más raros de la biblioteca Brancaccia; pero provisionalmente podeis serviros de cualquiera, porque en Nápoles todos saben quién fué Virgilio, qué hay de notable en Pompeya, y en qué dia y hora nació Torcuato Tasso.

El suave trato de los napolitanos, la cariñosa atencion de sus hermosas mujeres, y hasta el respeto con que los hijos del pueblo saludan al extranjero, dándole el tratamiento de *excelencia*,

hacen más apreciable su compañía. No se crea que con este saludo se humilla el pobre; al contrario, sus finos modales le hacen más estimado del viajero. La experiencia nos ha enseñado una cosa que ha de halagar á los hijos de nuestro país. En Nápoles, al breton, al franco, al tudesco se le habla en francés; al español se le dirige la palabra en italiano: á aquellos se les recibe como á extranjeros que van á admirar las bellezas de Italia, y á dar, por consiguiente, movimiento á su industria y á su comercio; pero á éste se le acoge como si fuera de casa; á los primeros se les estima como á amigos; al español se le ama como á un hermano. ¡Cuántas veces hemos oido decir *noi siamo fratelli!* Esto es general en todo aquel hermoso continente. Al cerrar un trato, al ofrecer una garantía del cumplimiento de una promesa, y hasta al hacer un amante una protesta de cariño á su amada, no es extraño que oigamos decir: *parola spagnuola.* ¡En tanta estimacion está tenida la palabra *española!* Creemos no equivocarnos al asegurar que nuestra tradicion en toda Italia nos coloca en la categoría de los hombres más queridos é influyentes en aquel país. Si de aquí pueden sacarse grandes

consecuencias, lo dejamos á la discrecion de nuestros lectores.

La vida del viajero en Nápoles reune á los encantos de su suelo la circunstancia de poderse sobrellevar con no despréciable economía: pero para ello es menester, como suele decirse, conocer el terreno. Cada hombre que abre á nuestra curiosidad las puertas de un monumento, que nos proporciona una noticia, ó que nos señala una belleza, nos exigirá una recompensa; pero tampoco hay nada más justo que esto. Sin embargo, la exigencia se modifica mucho hasta llegar á ser insignificante el premio, tan pronto como el viajero comprende que quizás con el décimo de lo exigido quedan satisfechos los deseos del pobre napolitano. Por otra parte, la casa, la mesa y el equipo se hallarán tan pronto como se soliciten, con comodidad, elegancia, buen gusto y á muy poca costa.

En la magnífica y bulliciosa calle de Toledo se encontrarán objetos para satisfacer cumplidamente casi todas las comodidades y caprichos de la vida; hasta se presentará á nuestros ojos un espectáculo sorprendente. En Madrid no hay ninguna que reuna tan agradables contrastes; que ofrezca tan deliciosa perspectiva: la calle

de Alcalá es más ancha, tiene más cielo; pero la de Toledo de Nápoles está preñada, por decirlo así, de sedas, de tules y de encajes, de oro, de plata y de piedras preciosas; de cuantos objetos ha inventado el lujo. Cada puerta nos ofrece un cuadro de los más finos colores y deliciosos cambiantes, recordándonos las riquezas del Oriente, ó nos brinda con el pórtico de un palacio lleno de luz y de frescura, y revestido de preciosos mármoles. Esta calle tiene cerca de media legua de longitud, y constantemente está llena de transeuntes, divididos por la doble fila de carruajes que, especialmente por la tarde, aumentan los contrastes del panorama con sus elegantes trenes y sus hermosas damas. Apénas el sol tiende sus últimos rayos sobre las orientales azoteas que suelen descansar sobre el quinto piso, el alumbrado público ostenta sus numerosas luminarias, dando una tinta misteriosa á las calles, llenas aún de los postreros resplandores del sol.

Entonces parten los carruajes al galope hácia la ribera de Chiaja, ancho y alegre paseo que separa del mar la Villa Reale, y que por la Mergellina se extiende hasta la falda del Posílipo. La primera tarde que concurrimos á él,

recordamos que fué en compañía del duque de Rivas, á la sazon embajador español en Nápoles. Tan pronto como nuestro carruaje se abrió paso y nos colocamos entre los que llenaban el paseo, empezamos á admirar un lujo y unas bellezas, que quizás no haya una corte que no tenga que envidiarlas á Nápoles, si han de ir ambas cosas juntas en tan considerable número. A juzgar por las veces que nos tocamos al sombrero para hacer duo al diplomático, y por los nombres que oimos pronunciar al duque, todos aquellos trenes y todas aquellas hechiceras beldades correspondian de hecho y de derecho á la flor y nata de la nobleza de las Dos Sicilias. Luego que bajamos á gozar de las delicias de la Villa Reale, uno de los paseos públicos más amenos que hemos visto, y el de más admirables encantos, cada vez que en sus calles de acacias, sus bosques de mirtos y naranjos, ó junto á su templo circular de mármol blanco, sus grandes vasos de piedra y sus sonoras fuentes nos encontrábamos con alguna de aquellas bellas mujeres que tambien habian abandonado sus carruajes, se nos figuraba ver una misteriosa hada, guardando los dos románticos templos consagrados al divino poe-

ta de Mántua y al tristísimo vate de Salerno.

Si desde aquí pasamos á Santa Luccia y al muelle, la decoracion es muy distinta; pero el cuadro no deja de tener sus atractivos. El piso del cuartel de Santa Luccia es muy bajo: Fernando I intentó levantarlo; pero halló una enérgica oposicion. En este sitio hay algunos objetos de escultura, dignos de notarse: en la calle del Gigante se ve una preciosa fuente de Cosino; al otro lado se descubre otra de Cárlos Fansaga; sobre el manantial de aguas sulfurosas se halla otra en cuyos bajo relieves están representados Neptuno y Anfititre, con dos hermosos tritones y una disputa de dioses marinos con motivo del rapto de una ninfa, obra de Domingo Auria. El puesto del aguador, á manera de un altar, sobre el que se alzan los enormes cántaros llenos de fresquísimo líquido, entre guirnaldas y pintorescas pirámides de narajas y limones, en la forma y estilo que se acostumbra en Andalucía, es lo primero que aquí nos convida con su frescura y con un durísimo asiento; pero á su sombra puede contemplarse un pueblo inmenso, alegre, bullicioso, que ora en lenguaje figurado pondera la excelencia de sus frutas exquisitas, ora en corro familiar, cual

si lo velaran las cortinas de una alcoba, desnuda y viste á sus hijos, ora trae agua de la más vecina fuente para que se lave la anciana, ó para que sirva del más limpio y saludable baño al cabello de la fresca y púdica doncella, tanto más honrada, cuanto ménos conoce el peligro de enseñar su mórbido cuello, sus pechos blancos como dos armiños, ó su hermosa pierna modelada por el escultor divino.

El muelle, de buena construccion, fué principiado por Cárlos d'Anjou, continuado por Alonso de Aragon y el duque de Alba, y concluido por Cárlos III. Ese pueblo, que vive medio dia dentro del mar y el otro medio tendido al sol ó á la sombra, segun la estacion, posando la cabeza sobre un canasto estrellado con las escamas de los peces, es el que se presenta á nuestra vista. Ahí viven esos hombres acuático-terrestres, conocidos con el nombre de *lazzaroni*. Casi siempre están tendidos; una hora pasan á la sombra de su vela latina, y otra al sol, junto el castillo del Cármen, saboreando el aroma de su pipa: su uniforme es sencillísimo: un calzon, una camisa azul y un gorro colorado; en invierno se envuelven en un gran capote. Si mueven un bra-

zo, si levantan un poco la cabeza, es para ajustar un gran plato de *maccheroni* cubiertos de queso de la Cerdeña. Si se alzan del suelo, es para ir á mover perezosamente los remos de su barquilla, ó para correr como águilas en defensa de su rey. Su juego favorito, que creemos se llama la *morra*, consiste en colocarse dos, uno enfrente de otro, con la mano derecha cerrada y puesta sobre el hombro: al verlos así, cualquiera se figuraria que eran dos gladiadores que iban á acometerse: nada de eso; de pronto tenderán los brazos pronunciando cada cual con un grito enorme el número que supone ha de señalar el otro con los dedos: el que acierta tantas veces más que el contrario, es el que gana la partida. Otro entretenimiento muy delicioso para ellos se reduce á admirar las gracias del *pulcinella*, ó á formar corro alrededor del cantor que con el libro en la mano declama con ridículos ademanes los poemas del Tasso y de Ariosto. Esto les produce un verdadero entusiasmo: así, pues, Reinaldo es su héroe favorito; lo aman con extraordinario cariño. Por eso saben de memoria la *Jerusalen libertada*, como los helenos sabian la *Iliada*. En estos sitios suele verse el *corricolo*, ese li-

gerísimo carruaje de grandes ruedas y vivísimos colores que ha inspirado á Alejandro Dumas el título de una de sus obras. En él montan hasta dieciocho personas algunas veces, aunque más comunmente diez ó doce, y tirado por un solo caballo corre como un rayo hasta Portici, Resina ó Castellámare.

La religion es lo que debe ser para los napolitanos; lo que debiera ser para otros pueblos que se juzgan estar en más alto grado de cultura. Pero la civilizacion como se comprende en nuestra época, lleva en pos de sí á la desmoralizacion. El primer dia que vimos una funcion de iglesia en Nápoles, nos admiró el lujo que brillaba por todas partes: largas y ricas cortinas de seda blancas, encarnadas y celestes bajaban desde la mitad del techo en pintorescos pabellones hasta los altares; á pesar de las abrazaderas de oro con que se formaban tan caprichosos pliegues, las colgaduras se mecian azotadas por el viento en agradables ondulaciones: las señoras, especialmente, lucian sus gracias con ricos aderezos de perlas y hermosos trajes de seda guarnecidos de finísimos encajes. Al principio creimos encontrarnos en un salon de baile: fuimos injustos, porque la

compostura y recogimiento que luego notamos, nos convencieron de que nada es más digno que al rendir homenaje un cristiano al Dios trino y uno, arrastre por el templo las sedas y los terciopelos que la inmoralidad ha señalado exclusivamente para los bailes, como si desmerecieran sus matices con el purísimo aroma del incienso al rozarse con la piedra santa de los altares.

La sedería es una de las manufacturas más importantes de Nápoles; el gró y el tafetan que produce se estiman mucho en todas las ciudades de Europa. Otras varias telas excelentes son tambien conocidas en el comercio. El coral, entre otras piedras preciosas, contribuye á formar gran parte de su riqueza. Los principales ramos de importacion consisten en café, azúcar, especias, papel, tabaco, tinte, lienzos, paños y otras telas de lana, y por fin, algunos objetos de lujo; la exportacion, en seda cruda y en telas, aceite, naranjas, limones, algodon, cáñamo, nuez de agallas, lino, azafran, almendras, cuerdas para instrumentos músicos, pieles de cabras y corderos, y por último, aguardientes y vinos, sin olvidar el excelente *lacryma christi*. Pero en general puede decirse que

Nápoles elabora y fabrica tanto como corresponde á su rango de tercera capital de Europa.

Hé aquí trazado en pocas palabras un ligerísimo bosquejo de Nápoles, que hemos considerado indispensable ántes de pasar á cada una de sus más peregrinas preciosidades. La poblacion tiene cerca de una legua de extension del Norte al Sur, media del Este al Oeste, y tres de perímetro. ¡Pero cuántas bellezas se encierran en ese espacio, en medio de ese delicioso vergel del universo y bajo un cielo tan hermoso! ¡Cuánto se goza á la sombra de cualquiera de sus palacios en un dia del estío! ¡Cuánto se disfruta en sus campos en uno de los más crudos del invierno! ¡Cuánto se siente en su golfo á la luz de la luna, cuando ésta se asoma por entre las vides y los laureles de la tumba de Virgilio! ¡Qué mucho que el dichoso hijo de esa tierra diga al viajero que toca en su puerto: *Veder Napoli e poi morire!* Tacha un francés de exajerado al napolitano, porque en su entusiasmo por su patria ha compuesto esa sencilla frase: pues bien, el autor de esta obra, que á la calidad de ser hijo de Sevilla, la encantadora capital de Andalucía, reune la circunstancia de

ser bastante jóven, y por lo tanto tiene los dos títulos para poder exagerar impunemente, confiesa, que al sentir las primeras impresiones en Nápoles, no satisfecho con pronunciar aquella frase, inventó otra que murmuraba á todas horas, de este modo: *¡Veder Napoli e poi vivere in Napoli, e poi d'un secolo morire in Napoli!*

V

Una visita á Pío IX

Abandonemos á Nápoles por algunos momentos, aunque esto sea prescindir del órden que hemos establecido, y que consiste en describir sus principales monumentos ántes de recorrer las bellezas más notables de sus contornos. Pero en rigor, si hemos de seguir la cronología de las cosas, la visita del Papa fué lo primero que hicimos luego que llegamos á la corte de las Dos-Sicilias.

Una mañana temprano tomamos el camino de hierro de Nocera y Castellamare, y en diez minutos corrimos las cuatro millas que hay

desde Nápoles al real sitio de Portici. Al extremo de la poblacion encontramos el precioso palacio de Cárlos III, residencia entonces del soberano Pontífice. Cuéntase que regresando aquel monarca embarcado de Castellamare, una borrasca le obligó á tomar tierra en la costa donde hoy se alza la régia morada. Habiéndose enamorado la reina de las selváticas delicias que presentaba este pintoresco lugar, que tambien ofrecia abundantísima caza á la predominante aficion de Cárlos III, resolvió el rey construir un palacio en donde gozar de los encantos de la primavera y del otoño. No ha sido otro el orígen de este bello edificio.

El plan fué confiado al arquitecto Antonio Cannevari, artista romano de poca reputacion, y cuya obra más notable es un acueducto que construyó en Lisboa, tan desventurado, como dice graciosamente Milizia, que ni siquiera el agua quiere recorrerlo; por lo cual se vió precisado el autor á volverse, como suele decirse, con el rabo entre las piernas *(tornando con la coda fra le gambe)*. Habiéndose comenzado la construccion del palacio sobre un terreno cubierto de las erupciones del Vesubio, los arquitectos y los cortesanos expusieron al rey

los peligros á que quedaria expuesto el edificio, á lo que contestó Cárlos III con estas piadosas palabras: *la Madonna e San Gennaro ci penseranno*.

El atrio del palacio, por el que atraviesa la vía pública, es de figura octógona, con los ángulos del rectángulo cortados hácia el extremo de un muro que sigue el mismo órden que lo demás de la obra, dando entrada en el interior á varias escaleras que ascienden al segundo piso. La carretera de Nápoles entra en el palacio por medio de tres arcos al Occidente, y sale por otros tres al opuesto lado. Las fachadas del Mediodía y del septentrion, las más grandes, tienen once ventanas en cada uno de sus dos pisos. En medio de estos lados mayores se abren tres arcos que van á los amenísimos jardines que se extienden hácia la colina y el Granatello. Este palacio fué adornado al principio con los objetos extraidos de las excavaciones de Herculano, hasta que se trasladaron al museo Borbónico: posteriormente se ornaron sus paredes con preciosas labores de la fábrica de San Leucio y con algunos lienzos de la escuela napolitana. Por encargo del fundador, vinieron á embellecer las salas de este pa-

lacio unos hermosos tapices de la fábrica de Gobelins, que hoy se admiran en Palermo y Caserta, los cuales representan las más chistosas escenas de D. Quijote de la Mancha. Entre los cuadros principales que han adornado estos salones, se distinguen un retrato de Napoleon, de cuerpo entero, con traje imperial; otro del general Murat, y otro de Letizia Ramolino, madre de Bonaparte, debidos al pincel de Gerard, y uno de Massena, pintado por Vicar. Hay una sala cuyas paredes están cubiertas de arriba abajo de espejos y de labores de porcelana imitando flores, cuyas infinitas piececitas pueden descomponerse y ajustarse nuevamente en la misma forma.

Los jardines que hemos citado se extienden á los lados del palacio, tienen cuatro millas de circuito, y en ellos se encuentra una admirable variedad de árboles, de flores y de frutos. El bosque superior está cortado de modo que por sus anchas calles puedan circular libremente los carruajes, y de trecho en trecho encuéntrase una casita ó una fuente donde hace poco no era extraño tropezar con alguna fiera.

Volviendo al palacio, la entrada principal nos conduce á una espaciosa y cómoda escale-

ra de preciosos mármoles de colores, que sube en dos ramas hasta el piso primero del edificio.

La primera persona que saludamos, fué un jóven, al parecer como de treinta y cinco años, alto, delgado, moreno, con ojos grandes y expresivos y frente espaciosa, que revela gran capacidad: vestía sombrero de candil, levita, chaleco y calzon negros, con una banda de raso pendiente del cuello sobre la espalda; la corbata y las medias eran de color carmesí como los botones de todo el traje. Sus maneras, sus corteses saludos y hasta sus más leves movimientos, lo abonan como uno de los jóvenes de la más alta sociedad. Un sello especial que hay en su rostro, indica que ocupa un alto rango en aquel palacio: ese jóven es ni más ni ménos que el príncipe y eminentísimo cardenal, prosecretario de Estado, Jacobo Antonelli. Despues de haberle hablado algunas veces y de haberle conocido en situaciones difíciles, no desmereció ni un quilate del concepto que de él formamos desde el principio. Antonelli, aunque muy jóven todavía, ya ha dado grandes pruebas de su precoz talento: es muy posible que los años, pasando por él en la práctica de

los negocios, hagan del actual ministro de Estado de Roma uno de sus más grandes personajes políticos.

Son las diez de la mañana, la hora precisamente en que, segun nos dice el cardenal Médicis, Su Santidad ha tenido la bondad de dar la órden de recibirnos. En esta, como en casi todas las ocasiones, íbamos del brazo de nuestro compañero y cormano el artista súbdito del cetro pictórico de Apeles, ó de Velazquez, si hemos de hablar con más colorido imitativo y ménos estilo clásico. Un cortesano, con traje talar de color carmesí, nos anunció con delicadas maneras que estaba dispuesto á conducirnos hasta la antecámara del Papa. Entramos en un salon, donde se apresuró á abrirnos paso una numerosa cohorte en que se distinguia desde el modesto hábito del capuchino hasta el del que viste la brillante púrpura cardenalicia. ¡Qué impresion experimentamos en aquel momento tan distinta de la que hemos recibido otras veces al cruzar los salones del palacio de un rey! Allí no se alteraba el silencio con el ruido de los arreos marciales; no brillaban el fulgor de los aceros, ni el cambiante de los entorchados; no habia fajas, ni bandas,

ni llaves de oro, ni caras abigarradas con hondas y honrosas cicatrices; la tosca barba del ermitaño asomaba sobre una muceta de grana, que se destacaba sobre el fondo blanco de un carmelita; ni una figura arrogante nos demandaba una mirada, sino que nos acogian todas con un cariñoso y paternal saludo, á que contestábamos con profundo y religioso respeto; porque aquellas cabezas blancas, si no habian perdido su matiz primitivo en los campos de batalla, habian encanecido en los altares, ó predicando el Evangelio desde el uno al otro extremo de la tierra. ¡Quizás habria algunas que ostentaran las cicatrices de los mártires!

Luego que hubimos atravesado otras dos ó tres piezas, cuyas puertas custodiaban varios jóvenes guardias de corps, hijos de la primera nobleza napolitana, dejamos el sombrero y los guantes sobre un cojin de damasco, y despedimos á nuestro acompañante, que se retiró al abrirnos, por fin, una ligera mampara. Nos encontramos en una pequeña habitacion que apénas tendria ocho pasos de longitud: á la derecha, sentado en un modesto sillon detrás de una mesita de caoba, vimos un sacerdote vestido de

blanco. Casi íbamos ya á decirle que nos señalase la entrada de la cámara del Papa, cuando al notar el movimiento de su majestuosa figura, observamos que con una sonrisa de ángel nos tendia cariñosamente sus paternales brazos. Un momento de reflexion nos hizo comprender que nos hallábamos á solas y cara á cara con el Pontífice romano. Entonces, doblando la rodilla derecha, nos arrojámos á sus piés, besando la cruz de oro que lucía sobre una chinela encarnada. Es imposible describir la ternura con que el bondadoso y magnánimo Pío IX acoge hasta al más humilde de sus súbditos. Hubo algunos instantes en que no acertábamos más que á besar aquella planta augusta y á estrechar sobre nuestro corazon aquellas manos benditas por la Providencia para que puedan lavar hasta las más horrendas culpas de los más horrorosos crímenes. Quisiéramos ver al hombre más soberbio de la tierra ante aquella sublime figura, contemplando un momento su dulcísima mirada y sintiéndose oprimido por sus brazos soberanos: no hay en el humano orgullo un hombre, por grande y poderoso que sea en su soberbia y vanidad, que dejase de derramar una lágrima y de abjurar todos sus errores ante

aquel candoroso sacerdote, modelo de bondad evangélica y de celestial dulzura.

A pesar nuestro, porque gustosísimos hubiéramos permanecido con la rodilla en tierra, Pío IX nos levantó del suelo, y nos dirigió una de esas miradas que jamás hemos contemplado más que en los ojos de nuestros padres; y unas frases tan sentidas y cariñosas, que fueron á buscar con su celeste armonía una respuesta respetuosa en lo más hondo de nuestro pecho. Entonces le dirigimos nuestra palabra, y acertamos á hacerlo con tanto sentimiento, que Su Santidad tendió los brazos al cielo y bendijo por la centésima vez á la generosa reina de las Españas y á todos los hijos de esta católica nacion, por el dulcísimo consuelo que le habian enviado con aquel cuerpo de ejército, que hasta tuvo la buena estrella de tocar en las playas de Gaeta en los momentos de más conflicto para el Papa: cuando Roma se estremecia bajo el estruendo de su revolucion; cuando un ejército aliado unia sus banderas á las de los insurgentes formando pabellones de tres colores, y cuando el ejército napolitano acababa de regresar despues de su desgraciado encuentro con Garibaldi en Velletri.

Durante su fervorosa accion de gracias, dos lágrimas anublaron las pupilas del Vicario de Jesucristo, que ménos se cuidó de ellas que de autorizarnos con su dolor á pregonar hoy en nuestra corte su cordialísima gratitud y eterno reconocimiento. Como si desconociésemos el Olimpo de donde partió el divino rayo de la intervencion en Roma, Pío IX nos dijo, que al religioso grito de Isabel II, tan noblemente acogido por Francia, Austria y las Dos Sicilias, debia el mundo la conservacion del cristianismo con todos sus celestes resplandores, en los tristísimos momentos en que manos inocentes le habian expuesto á los bordes de un espantoso abismo. En aquel acto nos mostró una carta autógrafa de nuestra reina, con cuyas dulces palabras y religiosas protestas se consolaba, cuando llegamos á sorprenderlo con nuestra visita. ¡Cuántos elogios y cuantas bendiciones dirgió enternecido á la generosa nacion española! No parecia sino que en cada español veia un altar en que hacer el homenaje de su sincero reconocimiento. Su gratitud, segun pudimos conocer en aquel solemne momento en que presenciamos las emociones de su alma, solo es comparable al paternal amor

con que hoy distingue á este cristianísimo pueblo.

El general Córdoba, cuyas maneras delicadas y respetuosas, si bien francas como españolas, habian cautivado su estimacion, y cuyas seguridades y protestas como general en jefe de un ejército cerca de su augusta persona, le habian tranquilizado tanto su espíritu, fué objeto escogido por Su Santidad para prodigarle hartos elogios. Tambien tuvo frases muy lisongeras para pintarnos el efecto que le habian hecho nuestras tropas, cuando los alardes militares que verificaron en los montes de Gaeta llenaron de admiracion y hasta de asombro á las dos cortes que allí se encontraban, y á la multitud de personajes diplomáticos y militares que despues han extendido la fama de nuestras armas por toda Europa (1).

(1) Como si necesitase confirmacion cuanto hemos dicho relativo al gran reconocimiento y sincera gratitud del Papa, á su admiracion hácia el ejército expedicionario, y á la particular estimacion con que distingue al general Córdoba, prodigándole los más altos elogios, la contestacion que ha obtenido el conde de Colombi, nuevo ministro español en Roma, á las primeras palabras que dirigió á Pío IX, abraza precisamente todos estos estremos, como puede leerse en seguida:

«Despues de escuchar el Santo Padre este discurso con

Pendientes estábamos nosotros del labio de Pío IX, como un niño del seno de su madre; porque su voz tenía una candencia tan dulce al oído, una uncion tan edificante para el alma, que los momentos volaban veloces, como los que nos regalan las más gratas ilusiones, al trasportarnos en un éxtasis divino.

A su vez, nuestro compañero el artista manifestó al Papa sus deseos de trasladar al lienzo su angélica figura, á lo que accedió Su Santidad, mostrando en ello casi tanto gusto como el mismo pintor, y citándonos para el tercer dia, á éste para que se las hubiese con la paleta y los pinceles, y á nosotros para que entre tanto hablásemos de las cosas de España y de

---

señaladas muestras de satisfaccion, contestó al representante de S. M. en los términos más expresivos, manifestándole el reconocimiento de que estaba penetrado su corazon al recordar la gloriosa iniciativa y la parte tan eficaz que habia tomado su amada hija la reina católica en el feliz restablecimiento de Su Santidad en el solio pontificio. Aprovechó al mismo tiempo esta oportunidad para tributar á la division expedicionaria española y á su digno jefe los mayores elogios por su admirable disciplina y ejemplar conducta durante su permanencia en los Estados de la Iglesia.» *(Gaceta de Madrid:* 16 de Setiembre de 1851).

las demás que en aquellos dias llamaban la atencion de todo el orbe católico.

Al despedirnos, nos arrodillamos nuevamente á sus plantas, besamos el anillo del pescador, y le rogamos que nos echase su apostólica bendicion, y que sobre nuestras frentes bendijese á nuestros padres, á nuestros hermanos y á toda nuestra familia. Pio IX accedió contento á nuestra súplica, murmuró una oracion, hizo la señal de la cruz, y nos estrechó contra su seno. Así nos retiramos de su presencia, llena el alma de purísima fe, y henchido el corazon de alegría. Las primeras horas que siguieron á este acto, tan memorable para nosotros, las pasamos en una contemplacion en que el gozo nos habia embriagado, y que difícilmente se borrará de nuestra memoria. Ante aquel modesto sacerdote de hábito blanco se postran todos los reyes de la tierra, porque, aunque su cetro no es de oro, es el emblema, el signo de la redencion humana; allí nos habíamos igualado con los monarcas más poderosos, y hasta habíamos gozado de esos placeres morales, cuyo

En las varias ocasiones que posteriormente tuvimos la honra de ser recibidos por Su Santidad, no gozamos ménos con sus dulces y cariñosas pláticas. Con la afabilidad de un padre, manifestó hallarse completamente á la disposicion del artista, para que con toda comodidad pudiese éste pintar en el lienzo su retrato. Felizmente para nosotros, esto nos ofreció largos ratos en que disfrutar de su presencia: hasta la especie de narcotismo que se apodera del que tiene que guardar una posicion misma durante algun tiempo, quieto, inmóvil, mientras el pintor traza en su cuadro la completa semejanza del rostro; hasta ese narcotismo que hace vagar la imaginacion en conversaciones familiares é íntimas, vino á favorecernos, proporcionándonos momentos de plática sencilla y afectuosa. Siempre que el discurso traia á cuento la situacion moral del Papa, ó que su imaginacion por sí sola se fijaba en los acontecimientos de Roma, observábamos que una sombra oscura venía á nublar el fresco semblante de Pio IX, y entonces se marcaba un cambio tan notable en su fisonomía, que no parecia sino que aquel hombre se embebia todo en sus dolores, cayendo en un perceptible

desmayo todos sus miembros. Comprendiendo que de aquel modo nos contagiaba su mal, haciéndonos partícipes de sus terribles angustias, lanzaba sus recuerdos con un sacudimiento voluntario de cabeza, nos miraba fijamente, y con una sonrisa inefable emprendia una conversacion cualquiera, pero digna y cariñosa, empezando por hacernos una pregunta sobre aquella cosa que más pronto le venia en mientes. Nosotros por nuestra parte, siempre que era compatible con el respeto con que seguíamos fielmente el giro que Su Santidad daba á la conversacion, procurábamos alejarlo de lo que le producia tanto y tan cruel martirio.

Así fué como logramos entablar largos discursos acerca de España, de su clima, sus gloriosos recuerdos, sus costumbres, sus producciones y sus principales personajes, sobre lo cual le oimos constantemente con muchísimo gusto, porque se complacia en rendirles con buen criterio el homenaje de su admiracion. Hasta tuvo la humorada, y por señas que con mucho acierto, de describir á nuestras notabilidades políticas contemporáneas, tales como las habia comprendido por sus antecedentes, sus obras, sus actos gubernativos, sus discursos

parlamentarios y demás datos que le habían ofrecido, exigiéndonos que marcásemos las semejanzas y desemejanzas que hubiera entre sus descripciones físico-morales, y las que nosotros creyésemos más parecidas, conociendo cara á cara á las personas.

Si en contestacion á sus preguntas nosotros demostrábamos nuestro entusiasmo por las antigüedades de Italia y sus bellezas actuales, Pio IX recordaba oportunamente las glorias de España en el descubrimiento del nuevo Mundo, en sus conquistas de Flandes y de Nápoles, en sus heróicos esfuerzos para sustituir á la media luna el estandarte de la fé en las almenas de Granada, y por último, sus recientes triunfos escritos con balas en los campos de Bailén, y en los muros de Zaragoza y de Gerona. ¡Qué placer experimentábamos al oir nuestras glorias ensalzadas por el justo, el bondadoso, el inmortal Pío IX!

No ménos versado en nuestras letras que en nuestros triunfos militares, Su Santidad pronunció los nombres de nuestras entidades literarias, y los títulos de algunas de las obras más grandes del talento español. Cervantes y su libro le merecieron muchos elogios, sin que

para ello dejase de recordar las más chistosas escenas del ingenioso hidalgo de la Mancha.

Tál vez pecaria de minuciosa nuestra relacion si hubiésemos de describir todos los sabrosos discursos con que Su Santidad tuvo la complacencia de recibirnos cuantas veces nos acercamos á su augusta persona. Aunque á decir verdad, nunca estamos tan satisfechos de la veracidad de todos nuestros asertos, como ahora que cuantos testigos citamos en nuestra obra van á fallar sobre la autenticidad de lo que se dice en ella, al leerla publicada en Roma y traducida á la bellísima lengua del Tasso.

Mastai Ferreti nació en Sinigaglia el 13 de Mayo de 1792; por consiguiente, en los dias á que nos referimos, Pío IX tenía poco más de cincuenta y siete años; su bella figura, alta y bien nutrida, adquiere más aire de majestad bajo aquel magnífico traje talar blanco de finísimo tejido de lana con vueltas de seda del mismo color, con que le hemos visto siempre en su palacio. Pero lo que acaba de divinizar su presencia es aquella frente serena y despejada, aquella mirada blanda, suave y cariñosa como la de un ángel, y aquel torrente de pa-

labras de consuelo, áun en los momentos de más angustia para su alma. El color gris de su cabello, el magnetismo de sus ojos, la gentileza de su donaire y la sublime expresion de su semblante, dan los últimos toques de soberanía á su hermosa figura. Sus facultades intelectuales están á la altura de su elevadísima posicion social; sin embargo, no diremos que no hay un hombre que le aventaje: pero en cuanto á sus facultades morales y afectivas, Pío IX es un jigante; basta observar la expresion de su rostro para comprender que su alma es un manantial inagotable de magnanimidad y de clemencia.

El cielo dió á Pío IX un corazon de papa, y Roma, al elevarle á la silla de San Pedro, no hizo más que seguir una inspiracion divina: llamar al hombre señalado por el dedo de Dios. Si Gall hubiese visto á Mastai Ferreti vistiendo los arreos militares, seguramente le hubiera aconsejado que cambiase la espada por el báculo del eremita, porque estaba llamado á ser un coloso por sus eminentes dotes morales en la religiosa falanje sacerdotal. Cualquier hombre, el más impío, así como reune todos sus recuerdos y todas sus ideas relativas al Coloseo romano, por ejemplo, ántes de pisar la

arena de este memorable circo, que reuna todo cuanto ha oido decir de las bondades evangélicas del papa y de cuantas criaturas se han distinguido en toda la prolongacion de los siglos por sus acrisoladas virtudes, y estamos seguros, segurísimos, de que al ver al noble Mastai Ferreti exclama: «éste es el pontífice posible; éste ha de ser Pío IX, porque sus ojos y su majestuoso continente manifiestan las excelencias de un personaje, único en su clase, porque él es la suma total, el conjunto de todas las bellezas de las mejores obras de Dios.» La historia llamará á Mastai *Pío el bueno, el magnánimo*, y la Iglesia lo contará entre sus Santos Padres. ¡Ojalá no lo cuente entre sus mártires!

VI.

Una visita al infante de España Don Sebastian y á la infanta Doña María Amalia.

Uno de los departamentos de la izquierda del magnífico palacio real de Nápoles sirve de morada á dos ilustres personajes, á quienes

hace algunos años que las vicisitudes políticas han alejado de nuestra córte: aludimos á sus altezas reales el infante de España Don Sebastian Gabriel de Borbon y de Braganza, y su augusta esposa la infanta doña María Amàlia.

Deseosos de presentar á los ilustres emigrados el justísimo homenaje de nuestro sincero respeto, á poco de nuestra llegada á Nápoles nos dirigimos al palacio, con el fin solamente por entonces de dirigirles un recado de atencion y hacerles saber nuestro vivísimo anhelo. Cuando esperábamos que se dignasen señalarnos un dia y una hora en que tener la honra de besar sus manos, nos sorprendió muy agradablemente el aviso de que S. A. R. el serenísimo señor infante se dignaba recibirnos en aquel mismo momento.

Dulcemente preocupados con aquel acto de amabilidad y notable delicadeza, pasamos adelante y cruzamos algunas galerías; pero ¡cuál fué nuestra sorpresa al ver que el cariñoso infante se nos ofreció á la vista, no en un salon régio, ni con las ceremonias que exige su elevado rango, sino en el modesto estudio de un artista, ante un caballete de pintor y teniendo en su mano la paleta y los pinceles! Seme-

jante acogida nos trajo á la memoria que aquel ilustre personaje á quien teníamos la honra de besar la mano, desde muy jóven habia sabido conciliar con los cuidados y deberes que le imponia su cuna las eternas noches de estudio del literato y los dias afanosos del artista; el elevado coturno de su clase con la bien entendida franqueza de los hombres de artes y de letras.

Ni la vida de los combates, ni las desgracias, ni la emigracion habian conseguido alejarlo de los graves estudios á que con tanta aficion se ha dedicado toda su vida, y en los cuales ha hecho marcadísimos progresos. Despues de algunos años en que las atenciones de la política, los azares de la guerra y los dolores de las desgracias habian trabajado tanto su noble corazon, el infante Don Sebastian se conservaba el egregio artista del palacio de Madrid; el augusto literato, tan estimado en España y tan querido especialmente de los que acostumbran á endulzar las horas amargas de la vida con los dulces encantos del trabajo. Era el mismo personaje que apreciaba su altísima posicion en cuanto le imponia deberes grandes y sagrados, y estimaba el estudio porque solamente

aquí encontraba su alma sabrosísimo pasto y rica sávia para su talento.

A la hora de nuestra visita el infante se hallaba ante un cuadro, improvisando en él los románticos accidentes de un poético paisaje. Ya sabíamos que S. A. ha cultivado la pintura durante largos años, pero al oirle decir que aquél era el primer país que trazaban sus pinceles, no dejó de admirarnos el acierto, la verdad y la maestría con que buscaba en su paleta los colores del cielo más hermoso, los matices de un campo de delicias, y en su corazon los encantos de la naturaleza, reunidos y en pintorescos contrastes.

De la preciosa coleccion de cuadros antiguos y modernos que posee S. A., en la que hay algunos de mucho mérito, vamos á citar los pintados por su augusta mano, en los cuales se revela, no solamente el gusto del aficionado á las artes, sino tambien la inteligencia del artista. El retrato de su gentil-hombre Sr. Varona está ejecutado con mucha valentía; el de un criado africano tiene excelente entonacion y demuestra grandes conocimientos en el colorido; el sargento de cazadores que hizo en Gaeta, poseido del entusiasmo que le causó la vista

de nuestro brillante ejército, está pintado con tan verdadera expresion, que se ven en su figura y actitud toda la bizarría, toda la arrogancia, todo el donaire y toda la prodigiosa movilidad que han dado al soldado español esa alta reputacion que ya hoy tiene en toda Europa. En el retrato de uno de nuestros jóvenes pintores pensionados en Roma, ha sacado todo el partido posible de la semejanza, notándose además por su esmerada ejecucion. Finalmente, el lienzo que representa una cacería está tocado con muchísima gracia, extraordinaria soltura y facilidad suma.

En todas las obras del augusto pintor nos ha agradado mucho ver resaltar como de relieve esa frescura, esa dulce entonacion, todas las bellezas armónicas que distinguen á la escuela española, porque de todo corazon es español el jóven é ilustre artista. Así es como alternan muy dignamente en sus cuadros el estilo franco y valiente de Velazquez y las suaves y poéticas tintas de Murillo.

Despues ojeamos tambien su linda aunque pequeña armería, en la cual vimos preciosas armas antiguas y modernas.

Si español es su corazon como artista, no lo

es ménos como hombre muy consagrado al cultivo de las letras. Si Velazquez, Murillo, Alonso Cano y Herrera son sus dioses cuando se ocupa de artes, Calderon, Lope, Garcilaso y Cervantes son sus ídolos cuando discurre sobre literatura. ¡Con cuánto placer le hemos oido tratar de las obras de los unos y de los otros! ¡Con cuánto gusto, erudicion y criterio las examina! ¡Cuán alto raya su entusiasmo al recordar las producciones de nuestros ingenios! En artes, en letras y en política, habla siempre con toda la energía y todo el fuego de su alma verdaderamente española.

Hemos dicho de política; y efectivamente, cualesquiera que hayan sido los principios que ha sostenido en los campos de batalla, todas las veces que ha girado la conversacion sobre este punto, le hemos oido hacer fervientes votos por la felicidad de España, y porque el órden actual de cosas, una vez establecido en medio de la paz, y consolidado sobre bases tan duraderas, llegué por fin á encaminar las grandes disposiciones que hay en nuestro país para ponerse al nivel de los pueblos más civilizados de Europa. Porque para S. A. no hay más ambicion que la prosperidad de España, y volver

á gozar de sus delicias en su departamento del alcázar de Madrid.

Tan simpática, tan amable, tan cariñosa, tan española hemos hallado á su bella esposa la serenísima señora infanta doña María Amalia. La primera vez que hincamos la rodilla en tierra ante tan hermosa princesa, creimos ver á S. M. la reina doña María Cristina de Borbon, su augusta hermana, de quien es un vivo retrato. Tan ardiente es el anhelo de S. A. por ver á España, ó por recordar siquiera los encantos de nuestra córte, que algunas veces hemos dudado si aquella belleza ha nacido junto á las linfas del Tajo ó junto á las del gran golfo ítalo-siciliano. Así es que no nos ha sorprendido leer en un periódico de Madrid una carta de un oficial de nuestro ejército, en que asegura éste haberle oido decir, que prefiere un rincon de Madrid á todas las delicias de Italia. ¡A tal grado de entusiasmo ha podido llevarla su amor á España!

Muchas veces hemos visitado á los augustos infantes, y siempre los hemos encontrado tan finos y cariñosos como puede deducirse de lo que llevamos dicho. No hay español entre los que tuvieron la honra de besar sus manos, que

no tornase á España deshaciéndose en elogios hácia SS. AA. RR., y haciendo votos por su felicidad y pronto regreso á nuestro país. ¡Quiera Dios que los veamos tan en breve como ellos mismos lo desean, para bien de las artes y las letras, para satisfaccion de toda su real familia, y para tranquilidad de sus nobles y juveniles corazones!

VII

La fiesta de Piedigrotta, gran revista militar y juicio del general Córdoba acerca del ejército napolitano.

La fiesta religiosa que con más solemnidad celebra el pueblo de Nápoles, es la famosa romería al santuario de la Vírgen de Piedigrotta, instituida por Cárlos III á consecuencia de un voto que hizo en 1747, despues de haber afianzado completamente la suerte del reino.

Era la madrugada del dia 8 de Setiembre, en que la iglesia celebra la Natividad de la Vírgen, cuando un ruido monótono y prolongado vino á arrancarnos de entre las tinieblas

del sueño. Tan pronto como nos apercibimos de aquel extraordinario acontecimiento, nos asomamos al balcon de nuestra habitacion en el magnífico hotel del Univers, situado en la ribera de Chiaja, uno de los sitios más deliciosos de Nápoles, y vimos nada ménos que un pueblo inmenso que en religiosa peregrinacion se dirigia al santuario situado al pié del monte Posílipo. Aquella callada muchedumbre iba revelando en su compostura y recogimiento todos esos preciosos caractéres que embellecen la fisonomía de los pueblos en el dia en que se dedican á las solemnidades consagradas por su religion, sus costumbres, su tradicion y su historia.

Salimos á la calle, y confundidos entre aquella enorme masa de peregrinos de todas edades y de ambos sexos, admiramos el religioso continente con que se disponian á celebrar su fiesta, así los que atravesando el golfo en pintorescas barquillas, como los que en carruajes y á pié llenando la calle de Toledo, Santa Lucía, Chiatamone, bajada del Gigante, Vittoria, Chiaja y Mergellina, se encaminaban hácia el santuario de la Vírgen. Allí marchaban en pintoresco peloton la hermosa cortesana, la fresca

hija de los contornos de Nápoles con su caprichoso y poético traje, el fraile, el lazzaroni, el pobre, el rico, el noble, el plebeyo, el jóven y el anciano, todos en confuso tropel, fija la vista en tierra, y la mente en la milagrosa Madonna de Piedigrotta. Así pasamos toda la mañana entre la numerosa hueste de devotos peregrinos, que ora cantaban los prodigios que ha solido obrar su vírgen, ora acariciaban la esperanza de alcanzar nuevas y señaladas mercedes. Con estos confundíanse los que á su regreso del santuario, se entregaban á esa inocente y cándida alegría en que concluyen todas las peregrinaciones.

Ya los ardores del sol habian venido á dar nueva vida y animacion á la fiesta, cuando despues del medio dia las músicas marciales empezaron á derramar el entusiasmo con sus dulces melodías. Treinta y seis batallones, los más lucidos del ejército napolitano, se extendieron en columna á todo lo largo de la calle de Toledo, desde la embocadura de la de Nardones; la caballería, compuesta de 30 escuadrones, por pelotones en masa, ocupó San Cárlos, largo del Castello y Piliero, y la artillería, que constaba de cinco baterías, se colo-

có en el espacio que hay desde Castel Nuovo hasta el Molo: el total de las fuerzas alcanzaba á 25.000 hombres de todas armas, los cuales estaban al mando del teniente general Massimo Selvaggi.

A la una en punto, SS. MM. el rey y la reina, acompañados de su real familia, se presentaron en los balcones de palacio para presenciar el desfile de la tropa. Lo primero que nos llamó extraordinariamente la atencion, fué el ver al general Córdoba á la derecha del rey: acompañaba al primer jefe del ejército español el general Zavala. Nuestra sorpresa vino á aumentarse al saber que muchos generales y grandes personajes políticos se han hallado en Nápoles en el dia de esta solemnidad, y jamás Fernando II les ha dispensado los honores con que distinguia al general Córdoba: nunca ha ocupado personaje alguno la derecha del rey en los balcones de su régio alcázar, donde no puede estar más que su augusta familia, ni tampoco ha habido algun jefe marino á quien, como al brigadier Bustillos, haya confiado el mando de su escuadra. Como aquella, dió otras pruebas de consideracion y aprecio al general Córdoba, tan palpables y manifiestas como ve-

remos más adelante, y que no habrán podido ménos de lisonjear mucho al general en jefe de nuestro ejército expedicionario. Mientras duró la brillante operacion militar, el rey no cesó de hablar con el general Córdoba, enterándole menudamente de cuantas circunstancias eran dignas de notarse, y de todas aquellas que además excitaron la curiosidad del estudioso militar español. Despues de desfilar las tropas fueron extendiéndose por la bajada del Gigante, Santa Lucía, Chiatamone, Vittoria, Chiaja y Mergellina hasta la iglesia de Piedigrotta. Entonces admiramos aquellas lucidas tropas de esplendente brillo, compuestas de una juventud ágil y robusta, y de una oficialidad que se recomienda solo por su fina y elegante presencia.

A la escuadra española, que á propósito habia fondeado en la ensenada de Chiaja, fué á reunirse la napolitana que el rey puso á las órdenes del brigadier Bustillos, con el objeto de que juntas hiciesen los honores de ordenanza.

A las cuatro de la tarde, la sálva de los castillos y de las escuadras anunciaron la salida del rey, su real familia y corte, que en diez y ocho coches fueron á orar al magnífico santua-

rio. Terminado el acto religioso, SS. MM. y AA. recorrieron el tránsito entre el ruido de la artillería del mar y de las fortalezas, y circundados de un inmenso pueblo que los saludaba con exclamaciones, hijas de un vivísimo entusiasmo. Así terminó la preciosa fiesta que tan agradables recuerdos nos ha dejado, siquiera por habernos dado ocasion de admirar la religiosidad de los napolitanos, su brillantísimo ejército, y el cariño con que este gran pueblo recibe á su digno y generoso monarca.

Hé aquí la comunicacion en que el general Córdoba describió á nuestro gobierno todos los pormenóres de la gran revista:

«DIVISION EXPEDICIONARIA Á LOS ESTADOS PONTIFICIOS.—Estado Mayor.—Excmo. Sr.—Conforme dije á V. E. en mi comunicacion del 7, S. M. el rey de Nápoles, que me habia invitado para asistir al desfile que por la fiesta de Piedi-Grotta debia tener lugar en el dia de ayer, me envió á las doce y media á mi habitacion al coronel de estado mayor, duque de Mignano, quien en carretela me condujo al real palacio, como tambien al general D. Juan Zavala, al brigadier marqués de Casasola y demás personas que me acompañan, penetrando con

los carruajes en el palacio hasta el mismo sitio reservado á los príncipes.

»Durante el tiempo que debia esperar el acto del desfile de las tropas, el coronel Nunziante me enseñó de órden de S. M. el palacio, cuya riqueza, bellos cuadros y excelentes adornos tuve ocasion de admirar.

»Serian las dos cuando SS. MM. y AA. se presentaron: desde aquel momento merecí la honra de ser objeto de las más distinguidas atenciones de parte de SS. MM. y de los príncipes de la real familia. Yo fuí el primero á quien S. M. dirigió la palabra, é inmediatamente me colocó á su derecha, en el mismo balcon en que se hallaban las demás augustas personas. En seguida hizo tambien que se colocase á mi lado el general Zavala. Durante el desfile, el rey se dignó repetidas veces hablarme, tomando el mayor interés en hacerme observar la organizacion de sus tropas, las cuales se presentaban á mi vista bajo el pié más perfecto de uniformidad y de brillantez en su equipo, vestuario y armamento, y no ménos dignas por el marcial continente de su excelente personal, la posicion de su marcha y el modo de llevar las armas.

»En este desfile tuve el placer singular de considerar, afirmándome en la idea que ya tenia, el pié brillante sobre que se encuentra este ejército, lo cual se debe á los esfuerzos é inteligencia personal del rey en todos los detalles de la organizacion y de la instruccion, pues S. M. daba sus órdenes á S. A. R. el conde de Trápani, con la precision y oportunidad que en semejantes casos se dan por generales experimentados, para llegar sin confusion y en completo órden al objeto que se proponia.

»El desfile empezó por la brigada de húsares de la Guardia, compuesta de dos regimientos de á cinco escuadrones, divididos en cuatro secciones. La disciplina y brillantez de estos cuerpos, en que sirve gran número de jóvenes de las principales familias del reino, es digna de todo elogio, no siéndolo ménos la buena calidad de sus caballos, ligeros y bien cuidados, aunque pequeños; como tambien el precioso uniforme que llevan los oficiales y soldados, y la gallardía y aire marcial de los más veteranos. Seguia despues el lucido regimiento de lanceros, de la misma fuerza, y digno de mencionarse por lo singular y precioso de su vestuario y el personal de que se compone. Una

batería ligera seguia á estos tres cuerpos: me llamó muy principalmente la atencion el perfecto y excelente material que arrastraban sus ligeros y vigorosos caballos. Continuaba inmediatamente una brigada de caballería de línea, compuesta del magífico regimiento de carabineros y dos de dragones, que llamaron tambien mi atencion por la talla y hermosura de sus hombres, sus caballos, de más superior alzada, y el aire del soldado tan marcial como sério y grave, cual cumple á una institucion que en la organizacion de los ejércitos le está reservado el papel de decidir por su poderoso esfuerzo del resultado de las batallas.

»Seguian á los 28 escuadrones que desfilaron al paso en perfecto órden, los tres regimientos de granaderos de la Guardia, compuestos de tres batallones cada uno, el de carabineros, dos regimientos de artillería é ingenieros, dos batallones de cazadores y los regimientos de infantería de línea, núm. 3 y 11, cerrando la columna seis batallones suizos, divididos en tres regimientos, formando un total de 28 batallones; detrás de los cuales marchaba, cerrando el todo, el 2.º escuadron de cazadores, cuyo 1.º nos es tan ventajosamente conocido y tan

justamente apreciado por la disciplina y brillante estado en que lo tiene su jefe el digno mayor Colonna.

»He dicho á V. E. que el personal de la caballería es magnífico; pero el de la infantería no le es inferior; siendo de notar la estatura de las compañías de fusileros, que puede pasar en todas partes por de excelentes granaderos. Los de la Guardia por sus ricos uniformes, que recuerdan nuestra extinguida Guardia real, y la gran talla de sus soldados, constituyen una tropa muy notable y que puede presentarse á la vista de todo militar entendido. El regimiento número 3, que tanto se ha acreditado en Sicilia, hacía comprender á primera vista por su aplomo y precision, que es muy digno por todos títulos de su elevado y bien merecido crédito.

»Cuando se verificó el paso de la artillería, S. M. tuvo la dignacion de hacerme notar el arco que, unido al armon, engancha á un hierro que parte del mástil para evitar los balances y el cabeceo, sujetando además el perno principal, con cuyo sencillo mecanismo el carruaje marcha más regularmente. Esta mejora la hice observar al comandante general de artillería para que

informe oportunamente á la direccion del arma.

»Sería difícil que en los estrechos límites de esta comunicacion pudiese yo expresar á V. E. la grata impresion que ha dejado en mi ánimo la vista de esta infantería, que marchó en columna de honor con perfecto órden, conservando las mitades sus distancias y alineamientos, y llevando todos los cuerpos un paso largo, marcial y acompasado, que daba á la columna el mejor aspecto.

»El equipo del soldado estaba colocado con exacta y rigurosa uniformidad y conveniencia. La esmerada policía y la posicion del arma al hombro, revelan que es una tropa bien instruida y amaestrada. Esta opinion que pude formar, fué tambien la de todos los militares que presenciaron la revista, la del general Zavala y demás jefes que me acompañaban. Muchos quintos me dijo S. M. que tenian los cuerpos, y á alguno de los batallones los he visto empezar su organizacion en Gaeta en el mes de Mayo último; pero aseguro á V. E. que estos hombres no se diferencian de los muchos veteranos, más que en los galones de preferencia con que se distinguen los soldados que han servido largo tiempo.

»El ejército presenta en todos sus diversos institutos igual estado de perfeccion. Sería aventurado dar la primacía á un arma ó á un cuerpo, porque en todos se nota la misma brillantez en cuanto á su especialidad, lo cual prueba claramente que una inteligencia superior y poderosa y una sola voluntad ha presidido é impulsado el todo: esta inteligencia y esta voluntad son las del rey, que se ocupa con solícito interés en formar un todo compacto y homogéneo en la buena y económica organizacion de su lucido y excelente ejército. S. M. parecia satisfecho de lo que es exclusivamente su obra, y debia estarlo ciertamente al ver sus resultados; en cambio el ejército, que lo debe todo al monarca, comprende sus deberes para con el príncipe, pagando con un cariño todo filial los desvelos del rey, que sin descuidar los demás ramos importantes del Estado, vive y marcha con sus soldados, combate en sus filas y lo predispone con el ejemplo de sus esclarecidas virtudes al hermoso papel que el ejército napolitano ha hecho en Europa, defendiendo para bien del trono la monarquía en la persona del rey Fernando, y para los pueblos la paz y tranquilidad de que

disfruta en medio de los grandes trastornos de que la Europa es teatro.

»Concluido el desfile de las tropas, S. M. se dignó despedirse de mí con mil lisonjeras demostraciones de la real y benévola consideracion, acompañándome á mi casa el coronel Nunziante con la misma cortesía que me habia llevado á palacio.

»Ruego á V. E. se digne dar conocimiento á S. M. la reina de las distinciones de que he sido objeto por parte de su augusto tio, en representacion, sin duda, del interés que inspira á S. M. siciliana la disciplina y buen estado de las tropas de S. M. que me están confiadas en Italia.—Dios guarde á V. E. muchos años. *Nápoles* 9 *de Setiembre de* 1849.—Excmo. señor.—*Fernando Fernandez de Córdoba.*—Excelentísimo señor ministro de la Guerra.»

VIII.

Un banquete y un baile en la embajada española.

Dos dias despues de la gran solemnidad de Piedigrotta, los salones del duque de Rivas, nuestro embajador en Nápoles, nos ofrecieron una noche deliciosa con todos los sabrosísimos accesorios que sirven de aliño, aderezo y complemento á una alegre y suntuosa fiesta española. El palacio de la embajada hállase situado felizmente, para más solaz y encanto de la concurrencia, en la anchurosa y risueña ribera de Chiaja, sirviéndole de antemuro y fresco parapeto la romántica Villa Reales, que entre sus vasos de mármol en que bullen, hierven y saltan linfas cerúleas con melenas de espuma, sus bellísimas estátuas del Gladiador agonizante, del Apolo de Belvedere y de las voluptuosas Sabinas; sus sombríos templos del Tasso y de Virgilio y sus coronas de laureles, salpicadas de anémona, madreselva y amaranto, tiene la lejana perspectiva de un horizonte hermoso, en

que las sonoras ondas del mar van á estrellarse sobre el pico de la Campanella, ó á llevar sus tristes y melancólicas plegarias á la antigua y memorable Sorrento, ciudad actualmente dormida sobre las palmas de sus glorias y bajo el manto de sus tradiciones.

En tan ameno sitio, y en una de las más claras noches del otoño, gozamos de los atractivos y dulcísimas peripecias de un baile, adobado con todas las severidades diplomáticas y accidentes poéticos que tan hábilmente supo combinar su autor, como sapientísimo poeta y diplomático.

La fiesta improvisada para celebrar la llegada á Nápoles del general en jefe del ejército expedicionario, D. Fernando Fernandez de Córdoba, y del comandante de las fuerzas navales, D. José María Bustillos, fué, como no podia ménos, digna de estas personas, comenzando por un suntuoso banquete. Entre los que compartieron los delicados manjares, que solamente en aquellas latitudes y en aquel riquísimo puerto pueden proporcionarse juntos y sazonados en un dia y una hora, distinguíanse por su valimiento y fama los citados general Córdoba y brigadier Bustillos, el embajador de

España en Roma, D. Francisco Martinez de la Rosa, el general Zavala, el brigadier marqués de Casasola, el consejero D. Serafin Estébanez Calderon, el coronel conde de Cumbres-Altas, el mayor general de la escuadra Sr. Topete, el príncipe Colonna, el duque de Bibona, el conde de Scláfani, los comandantes de los buques españoles surtos en aquella bahía, y los individuos de la hueste diplomática. Hacía los honores de la mesa, como puede presumirse, el finísimo embajador, acompañado del cariñoso Enrique de Saavedra, marquesito de Auñon, su primogénito y heredero, no solo del nombre, sino tambien del estro poético del duque de Rivas.

Los que como nosotros conozcan al duque, ó siquiera tengan noticia de su carácter caballeroso, franco, complaciente, y tan igual siempre con sus amigos, no extrañarán que poniendo en juego todos los recursos de su viveza é ingenio, hiciese aderezar una mesa tan aceptable al paladar y sorprendente á la vista, como á propósito al objeto y las circunstancias. Para hablar de manjares deliciosos y de vinos exquisitos basta con citar á Nápoles, y para tratar del gusto y delicadeza del banquete, sobra con

recordar al duque de Rivas. Devorando presas, saboreando conservas y apurando botellas, vió la falanje bucólica irse un dia y venirse una noche reservada á más cordial y dulce pasatiempo.

El gabinete particular del duque fué el puente intermedio donde entre los vapores del té se proyectaron nubes de tabaco para preparar el corazon al asalto de la fortaleza defendida desde muy temprano por las más peregrinas hermosuras. Los magníficos salones del palacio aparecieron de pronto inundados de torrentes de luz, que ó se alzaban en brillantes reverberos, ó se mecian en ricas y pintorescas arañas. Poco á poco, y con la misma regularidad de las crecidas de un rio, fueron entrando oleadas de gentes que se apiñaban, primero ante el señor de la casa, para esparcirse luego sobre los cómodos taburetes de seda y blandos cojines de damasco. A poco rato, la embajada española encerraba en su ancho recinto la flor y nata de la aristocracia napolitana, los personajes del cuerpo diplomático extranjero, y muchos jóvenes de la brillante oficialidad española de mar y tierra que las cosas políticas habian llevado en expedicion á Italia.

Figúrese el lector un gran salon vestido de seda y de flores, con magníficos espejos en anchos marcos dorados, fresco como una noche en las orillas del golfo de Nápoles; lleno de la claridad que esparce un centenar de luminarias; henchido de los aromas de los nardos, los lirios y las rosas; estrellado con los colores de las clavellinas, el geranio, las dálias, la minutisa y la nicaragua; en que pasan, cruzan, bullen y se confunden hermosas mujeres, aéreas como las ninfas de los poetas, vaporosas como las beldades del Olimpo, cubiertas de tules, encajes, gasas y flores, que permiten ver no poco á los ojos y adivinar mucho al pensamiento, porque sus sedas y sus lazos tienen la diafanidad y transparencia de los crespones de los ensueños picantes; figúrese toda esta seductora cohorte siguiendo el torbellino del wals, entre una numerosa concurrencia masculina que multiplica las luces en sus placas, sus entorchados y sus brillantes uniformes; finja los más armoniosos y celestiales acordes de la música, interrumpidos tan solo por el suspiro de una belleza, las dulces palabras de un Amadís, ó los cadenciosos silbidos de las brisas del Posílipo y de Pompeya, que al estrellarse en

los vidrios de los balcones, nos traen los cantos nocturnos de los gondoleros de la Mergellina, y solamente así podrá tenerse una levísima idea de los encantos de la española fiesta que debimos al trovador de *D. Alvaro*, al bardo del *Moro Expósito*.

Algunos ligeros momentos de intervalo, en que el desmayo se apodera de todos, nos permiten admirar una á una tantas bellezas, entre las que lucen el donaire y gracia española las dos hermosas de Villagarcía, la que ya hoy es viuda y la que lleva el título de marquesa, la linda condesa de Scláfani y la bella duquesa de Bibona. Sentimos que otras beldades que tan al vivo se nos representan aún á los ojos, no nos revelen ya sus nombres á la memoria.

Los helados, los dulces y las bebidas, llevados aquí y allí con profusion extraordinaria, vuelven á animar la danza, y como un poderoso estimulante hacen brotar desde los centros nerviosos, á todas las extremidades raudales de suco nérveo, de ese maravilloso flúido cuyo conocimiento debemos á la insigne filósofa manchega del décimo sexto siglo, doña Oliva del Sabuco, consiguiendo que todos y todas se arrojen á los placenteros peligros del baile. Otros

y otras, más entendidos en estas algaradas, vánse al elegante gabinete en que una opulenta mesa les brinda con té, compota, frutas y otros melindres, y fingen desaires á sus parejas para despues correr abrazados á ellas el picaresco trote de la galop.

La noche pasó súbitamente, porque toda ella se fué volando en las alas de las horas del placer; pero las numerosas y escogidas personas que se hallaron en la fiesta tuvieron la incomparable satisfaccion de disfrutar de uno de los mejores ratos que ofrecen los más aristocráticos y amenos salones de Nápoles. El lujo, la animacion y la alegría con que hicimos la mortaja á la deliciosa noche del 10 de Setiembre, son circunstancias que no olvidaremos nunca los que tuvimos la fortuna de merecer las finas atenciones y delicados obsequios conque el duque de Rivas celebró á sus huéspedes, recibiendo en cambio las más cordiales muestras de gratitud, que hoy le repetimos aún nosotros en nombre de aquella brillantísima sociedad.

IX.

Iglesias principales y sepulcros notables.

Hagamos una ligerísima excursion á los principales templos de Nápoles, y en ellos hallaremos tantas bellezas antiguas y tantos monumentos modernos como encierra esta capital bajo el arteson de sus sagrados recintos. Cerca de trescientas iglesias pueden numerarse hoy en la pagana Parthénope, contando en los claustros de sus conventos hasta diez mil frailes y curas, y cuarenta y cinco mil monjas; pero no todas aquéllas merecen los tributos de la admiracion de los viajeros, si bien no son pocas las que contienen bellezas artísticas de primer órden. Recorramos solamente éstas, siguiendo las fechas de su fundacion.

Dos son las iglesias primitivas, *San Pietro ad Aram* y *Santos Severino é Sosio:* aquélla, segun una antigua y piadosa tradicion, está considerada como la cuna del cristianismo en

Nápoles, por haber sido el lugar donde San Pedro y San Márcos erigieron un altar el año noveno de nuestra era. Ese antiguo monumento se conserva en grande estima, y de él tomó el nombre el templo que posteriormente se construyó en el mismo sitio. A instancia de Alfonso I de Aragon, Nicolás V lo puso á la disposicion de los canónigos regulares lateranenses, los cuales á su partida de Nápoles en 1799 lo dejaron á los hermanos de San Francisco, en cuyo poder se conserva hoy. La antigua ara apostólica de que hemos hecho mencion se conserva en el átrio de la iglesia, custodiada por una cubierta de hermosas columnas y preciosos mármoles, en que hay un lindo bajo relieve que representa á San Pedro en el mar, y sobre el altar un fresco de un buen pintor del siglo XVI, que figura á este apóstol en el acto de la consagracion de la hostia. El fresco en que dos obispos imitan el acto de abrir una puerta con martillos, recuerda el antiquísimo privilegio que gozaba este templo, en atencion á su orígen, de abrirse en el año santo en la vigilia de la Natividad del Señor, el cual cesó por mandato de Clemente VIII.

La iglesia fué reedificada por los canónigos

lateranenses, segun el diseño de Pietro di Marino, arquitecto napolitano. Su forma es la de una cruz latina, con ocho capillas laterales, dos en el centro y una al lado del altar mayor: la arquitectura es de órden corintio. Sus bellas pinturas y esculturas son de Giovan da Nola, Bernardo Lama, Girolamo Santacroce, Francesco Saverio y Cándido y Baldassarre Ricca. Desde una capilla se desciende á la casa, oratorio y sepulcro de santa Cándida. En la sacristía se ven unos armarios de nogal bien tallados, y un altar en el fondo con frontispicio de mármol adornado de delicados arabescos. Al oriente de la iglesia está el convento de franciscanos, residencia del provincial de la órden, en cuya biblioteca se conserva una excelente pintura en tabla que representa á la Vírgen con el Niño y cuatro ángeles dentro de un templete de cuatro columnas, obra única que se conoce en Nápoles de Protasio de Crivelli, artista valiente del 1497. En el mismo convento hay una fábrica de paños ordinarios dirigida por un hermano de la órden, para el consumo de los hábitos de los frailes.

En los primeros siglos de la era vulgar se edificó una pequeña iglesia en la plaza de Mon-

torio, con la advocacion de *San Severino*, á la cual se trasportó en el año 910 desde la isla del Salvador el cuerpo del santo titular, y diez años despues el de *San Sosio*, hallado en la antigua Miseno, tomando, por consecuencia, los nombres de entrambos santos, cuyos restos se condujeron en 1808 á Fratta. En 1490 fué reedificada la iglesia bajo el diseño de Francesco Mormando, célebre arquitecto que luego vino á España protegido por Fernando el Católico; algun tiempo despues, Belisario Corenzio pintó los admirables frescos de la bóveda de la nave, los de la Cruz, los del coro y los del sitio de aquel sepulcro en donde el hábil artista reposó en 1643, á los ochenta y cinco años de edad, muerto de la caida de un palco en que estaba retocando sus pinturas. La cúpula y las cuatro repisas con los doctores de la iglesia, fueron pintados en 1572 por el flamenco Paolo Schephen; las estátuas de San Pedro y San Pablo que están á los lados de la puerta, son de Michelangelo Naccarini. El pavimento es preciosísimo, compuesto de mármoles de colores, aunque interrumpido por bajo relieves é inscripciones sepulcrales. Hay otras obras notables de Giovanni Angelo Cris-

cuolo, Naccarini, Giuseppe Marulli, Corenzio, Márcos de Siena, Andrea di Salerno, Cosmo Fanzaga, Bartolommeo Chiarini, Benvenuto Tortelli, Sebastiano Solcito, Giovan Domenico di Martino, Annibale Caccavello, Bramerio, Girolamo Imparato, Giovanni Antonio d'Amato, Pietro Perugino, Antonio Stabile da Potenza, Fabrizio Santafede, Gerónimo d'Auria, Pietro della Piata (español), y Onofrio di Leone.

Lo que más llamó nuestra atencion fué la capilla de san Severino con los tres magníficos sepulcros de sus hermanos Jacobo, Segismundo y Ascanio, envenenados por su tio con motivo de sus deseos á la sucesion, obras del citado Nola; el coro de nogal con hermosas figuras y ricas labores de talla, de Chiarini y Tortelli; el grupo de la Piedad en la capilla de los Gesualdos, hecho por Domenico d'Auria; el órgano de los célebres Solcito y Martino; el crucifijo de boj que San Pío V regaló á Don Juan de Austria á su partida para la batalla naval de Lepanto, y los dos bellos sepulcros en que se leen epitafios del celebérrimo Sannazzaro. Junto á la capilla de los Médicis se baja á la casa de san Severino, en que se halla una gran pintura en tabla, de Zíngaro, célebre tanto por ser

el fundador de la escuela napolitana, cuanto por las amorosas aventuras que encadenaron toda su vida. A la salida de la iglesia está el vasto monasterio que contiene las más soberbias creaciones de este pintor y de Corenzio: en cuanto hemos descrito puede decirse que se encierra un riquísimo museo.

Siguen las iglesias de la época imperial. El *Duomo* ó catedral está sobre las ruinas de dos antiguos templos de Apolo y de Neptuno, y su fundacion se atribuye á Constantino; pero es lo cierto que Cárlos I d'Anjou mandó trazar la construccion en el espacio de la Sommapiazza, como el más digno de tan hermoso templó; Cárlos II continuó la obra, que al fin llegó á concluirse segun la planta del famoso arquitecto Masuccio, en el reinado del gran Roberto. Su estilo es gótico, y la figura interior de cruz latina, con tres naves, con adornos de la invencion de aquel artista, que se llamaron *boricefali*, y bellas esculturas de Pietro Stefani. El terremoto de 1456 hizo tanto daño á la iglesia, que para repararlo fué indispensable todo el celo de Alfonso I de Aragon, ayudado del de varios napolitanos. Los arzobispos la enriquecieron posteriormente, como Decio Ca-

rafa, que entre otras cosas le puso el rico vaso de basalto egipcio de la pila bautismal, que antiguamente habia servido para el culto de los gentiles; Innico Caracciolo cubrió de estuco las columnas y ornó la nave de en medio y la cruz con pinturas de Luca Giordano; Ranuccio Farnesio hizo construir el órgano de la derecha á Giustino de Parma, y Ascanio Filomarino el de la izquierda, á Pompeo Franco, napolitano: bajo el primero hay una curiosa obra de mármol, de Caccavello, y bajo el segundo un trono, tambien de mármol, de un célebre escultor del siglo XVI. El cardenal Filippo Caracciolo del Giudice revistió los muros de mármoles de colores, hermoseó las columnas y restauró los cuadros antiguos. La fachada principal del *Duomo* tiene tres puertas, siendo notable la del centro por su grandeza, por su arquitrabe de un solo pedazo de mármol y por dos columnitas de pórfido del antiguo templo de Apolo. Las ciento diez columnas del interior son de granito de Egipto, y las admirables pinturas del centro, de Fabrizio Santafede, Giovanni Vicenzo Forti, Vasari y Luca Giordano. En la capilla de San Genaro hay dos grandes estátuas de San Pedro y San Pablo, de

Finelli, y una bellísima verja de hierro, hecha por el diseño de Fansaga de Bérgamo, que costó cerca de treinta y dos mil ducados; los mármoles de las paredes, las cuarenta y dos bellas columnas, las diecinueve estátuas de bronce, las pinturas de la cúpula de Lanfranco, los frescos del Domenichino y los lienzos del Spagnoletto y de Stanzioni, alternan dignamente con un suntuoso altar de pórfido que guardá en su tabernáculo la cabeza de San Genaro y la sangre del mismo santo, que suele liquidarse al ponerla delante de aquélla: esta religiosa ceremonia se verifica tres veces al año, en Mayo, Setiembre y Diciembre. El altar mayor de la iglesia sostiene un excelente grupo de mármol, de Bracci, que representa una Asuncion; á un lado está el monumento fúnebre de Caracciolo, y cerca de éste una capilla que contiene pinturas y esculturas muy notables por su mérito, rareza y antigüedad. La capilla subterránea en que se guarda el cuerpo de San Genaro en una urna de bronce, está toda cubierta de mármoles blancos, y sostenidas por diez preciosas columnas jónicas; la magnífica estátua del cardenal Carafa se atribuye generalmente al cincel inmortal de Michel Angelo.

La basílica de *Santa Restituta* fué edificada por Constantino el año 334 de Jesucristo, sobre un templo de Apolo, con las columnas de otro de Neptuno. Sus obras artísticas más dignas de mencion son debidas á los pinceles de Luca Giordano, Silvestro Buono, Santolo Cirillo y Francesco Mura. El santuario de *Santa María del Principio*, recordará al devoto viajero el oratorio en que San Aspreno y Santa Cándida se reunian secretamente para dar culto á la verdadera religion. A la derecha del altar mayor se encuentra la puerta que conduce á la capilla de *San Giovanni a Fonte*, cuya preciosísima cúpula es de un mosáico italo-bizantino del siglo XIII, que representa varios pasajes de la vida de Jesús y otros asuntos sagrados. A la salida del templo se encuentra el busto, y junto á él las cenizas del erudito filólogo napolitano Alessio Simmaco Mazzocchi.

La iglesia de los *SS. Apostoli* se remonta tambien á la época de Constantino, y está fun dada sobre el templo de Mercurio, donde se halló el vaso de basalto egipcio que sirve de pila bautismal en la metropolitana. En 1626 fué reedificada tal como se encuentra hoy, por el célebre arquitecto Francesco Grimaldi, que

levantó un templo de extraordinaria riqueza. Merecen alta estimacion las pinturas que contiene de Lanfranco, Viviani y Luca Giordano, el bajo relieve de la capilla de la Annunziata, de Fiammingo, los mosáicos copiados de asuntos del Guido y de Pietro de Cortona, y el altar mayor cuyo suntuosísimo estilo honra la memoria del artista Fuga. El tabernáculo es de una riqueza inmensa, puesto que entre el brillo de preciosos metales encienden sus lucecitas los topacios de gran tamaño y otras piedras de gran valía. Aquí pueden visitarse las cenizas del eminente poeta Giambatista Marini.

Con *San Paolo Maggiore* empezamos á visitar las principales iglesias de la época ducal. En este sitio, Tiberio Giulio Tarso, liberto y procurador de Augusto, erigió un templo de bronce y mármol griego, exquisitamente trabajado, en honor de Castor y Polux. Hasta el siglo VIII fué la admiracion de propios y de extraños ese soberbio edificio pagano de bellas estátuas y de hermosas columnas estriadas de órden corintio; pero en este tiempo, las victorias alcanzadas por los napolitanos sobre los vándalos el dia 25 de Enero de 574 y el 30 de

Junio de 788, fueron eternizadas con la ereccion de una iglesia consagrada á San Pablo sobre las ruinas del antiguo templo de Cástor y Polux. Conservándose aún todo el rico material de la primitiva fábrica, bien puede decirse, que al recibir hoy un cristiano en comunion el cuerpo de Jesucristo, pisa la misma losa manchada tal vez con la sangre de los sacrificios de los gentiles. Las pinturas de Santolo Cirillo, Andrea di Leone, Bellisario Corenzio, Marco da Siena, Massimo Stanzioni, Solimena y otros, y las esculturas de Andrea Falcone, Vaccaro y Giulio Margagli da Carrara, harán olvidar fácilmente al viajero los preciosos recuerdos que traen á la memoria aquellos antiquísimos pedestales.

En la iglesia de *San Gennaro de' Poveri* pueden verse esas admirables catacumbas que sirvieron de refugio á los primeros cristianos, ó tal vez de vía de comunicacion entre varios pueblos. La pálida luz de las antorchas, el silencio de las tumbas y aquella atmósfera pesada y sofocante, hacen de esta mansion un lugar misterioso, y no sin una especie de terror pánico se recorren sus angostas calles y desiguales plazas, sembradas de cadáveres. Casi puede

decirse, que cada vez que se sienta la planta en tierra, se pisa el cráneo de un hombre ilustre ó los mutilados miembros de un mártir. Nunca se abandonan esos oscuros subterráneos abiertos en la piedra viva de una montaña, sin haber murmurado algunos rezos divinos en honra de tantas almas como dejaron sus cenizas mortuorias encerradas en aquellas cavernas tenebrosas, escondidas á los rayos del sol, pero abiertas siempre á las plegarias de los devotos. Tres inmensas galerías, negras por su oscuridad, algunos objetos religiosos enclavados en la concavidad de la roca, sepulcros y huesos blancos: ¡hé aquí el pavoroso cuadro que presentan esas sagradas catacumbas!

San Domenico Maggiore es uno de esos templos que á las maravillas del arte y á las riquezas de buen gusto reunen el valor inmenso de las reliquias que encierran. La iglesia de que nos ocupamos contiene en su recinto una porcion de páginas brillantes de la historia de Nápoles; pero si queremos estudiar esa historia, habremos de leerla en los huesos de los muertos que guarda bajo sus augustos mausoleos. Aquí está la grandiosa sepultura del conde de Bucchianico y de su esposa Catarinella

Ursino; allí la del valiente Niccoló di Sangro, príncipe de Fondi; á otro lado la del célebre Francesco Carafa; enfrente la de Ettore Carafa; más acá la de Giovanna d'Aquino, condesa de Mileto y de Terranova; y en el sitio opuesto, la de su hijo Cristoforo y su marido Tommaso. La sacristía puede considerarse como la tumba de los príncipes aragoneses: en ella están los sepulcros de Alfonso I, cuyos restos se trajeron á España en 1666; Ferrante I, Ferrante II y su mujer Giovanna; Isabella de Aragon, consorte de Giovanni Sforza el jóven, duque de Milan; Antonio de Aragon, segundo duque de Montalto; sus hijos Giovanni y Ferrante, y su esposa, María de la Cerda; Antonello Petrucci y otros varios ilustres personajes. Tambien se ve aquí el vaso de plata en donde se conserva el corazon de Cárlos II d'Anjou; pero lo que no puede ménos de mirarse con una especie de entusiasmo militar, es el túmulo del valentísimo marqués de Pescara, en cuyo frente se lee la siguiente inscripcion del Ariosto:

¿Quis Jacet hoc gelido sub marmore? maximus ille
Piscator belli gloria pacis honos
¿Numquid et hic pisces cœpit? non: ergo evid? urbes
Magnanimos reges, oppida, regna, duces.

¿Dic quibus hoc cœpit piscator retibus? alto
Consilio, intrépido corde, alacrique manu.
¿Qui tatum rapuere ducem? duo numina, mars, mors,
¿Ut raperent quisnam compulit? invidia.
Nil nocuere sibi, vivit nam fama superstes
Evæ martem et mortem vincit et invidiam.

Tanto corresponden los lienzos, los frescós y las esculturas á la extraordinaria riqueza del templo, que basta citar los nombres de Giotto, Tiziano, Caravaggio, Luca Giordano, Alberto Durero y Santafede para significar el valor artístico de tan suntuoso y soberbio monumento, que á alhajas de tanto mérito reune el recuerdo de haber sido cátedra y morada del celebradísimo doctor Santo Tomás de Aquino.

Concluyamos con las iglesias, cuya fundacion corresponde á los tiempos de la monarquía. *Santa María la Nuova* fué reedificada sobre el antiguo santuario que fundó Cárlos I d'Anjou por Felipe II en 1599. Un buen pórtico con dos columnas de granito de órden corintio da entrada á este precioso templo. En él hay una suntuosa capilla debida á la piedad del Gran Capitan, donde está la tumba del valeroso conde Pedro Navarro, que se dió muerte con sus propias manos en su prision de Castel Nuovo. Hé aquí el rótulo que señala la sepultura

de ese bizarro militar, compañero de Gonzalo Fernandez de Córdoba en las gloriosas jornadas del Garigliano y Cirignola:

Ossibus et memoriæ Petri Navarri Cantabri
Solerti in expugnandis urbibus arte clarissimi
Gonsalvus Ferdinandus Ludovici filius magni Gonsalvi nepos
Suessæ princeps ducem gallorum partes secutum
Pio sepulcri munere honestavit.
Quum hoc in se habeat praeclara virtus ut vel in hoste
Sit admirabilis. Obiit an. MDXXVIII aug. XXVIII.

¡Qué recuerdos tan tristes nos traen á la memoria los prolijos pormenores de esa inscripcion debida al eminente escritor Paolo Giovio! Separemos de ella la vista para recrearla en las soberbias creaciones de Francesco Imparato, Fabrizio Santafede, Corenzio, Luigi Roderico, Caracciolo, Buonarroti, Marco da Siena, Agnelo del Fiore, Galeazzo Sanseverino, Tommaso Stefani, Onofrio di Leone, Luca Giordano, Naccarini, Giovan da Nola, Silvestro il Bruno y Bernini.

Santa Chiara es uno de los pocos monumentos góticos que en Italia lucen sus atrevidos perfiles y elegantes agujas entre los infinitos edificios de antigua construccion romana. Al poner el pié en el interior de la iglesia, el viajero retrocede lleno de espanto contemplando que tambien en el país clásico de las artes

ha habido manos profanas que han cubierto con cal los admirables frescos debidos al célebre pincel de Giotto. En cambio los ojos se gozan en los bellísimos sepulcros que en uno y otro lado encierran los restos de grandes personajes, tales como Onofrio di Penna, Antonia Gaudino, Antonio Epicuro, Raimondo Cabano, Perrotto, la familia de Merloto, Roberto d'Anjou, Cárlos duque de Calabria, Giovanna I, María de Francia, emperatriz constantinopolitana, Agnese, hija de ésta y tambien emperatriz, María, hija de Cárlos *ilustre*, y otros cuantos que reposan en egregias sepulturas, que más que urnas cinerarias son maravillas de las artes.

Sobre la jigantesca y amenísima colina que á espalda de Nápoles ocupa la inexpugnable fortaleza de San Telmo, se alza uno de los más ricos y suntuosos templos que ornan la ciudad: *San Martino*, la *Certosa*, ó sea el monasterio de la Cartuja, rival de aquella famosísima de Pavía. Su fundacion se debe á Cárlos *ilustre*, por los años de 1325. A la muerte de éste, Roberto y Giovanna I continuaron tan prodigiosa obra hasta su consagracion en 26 de Febrero de 1368. Es verdaderamente una sorpresa la que causa la perspectiva interior de este edifi-

cio, por el gusto y la riqueza con que todo él está decorado. El altar mayor y las capillas principales llaman extraordinariamente la atencion por la belleza de sus mármoles, en que pintorescamente alternan el verde antiguo, el de Calabria, el rojo de Sicilia y el preciadísimo lapislázuli, entre finos y delicados metales incrustados de piedras preciosas. Las obras más notables de Lanfranco, el caballero Maximo Stanzioni, el Spagnoletto, Domenico Vaccaro, Belisario, Maratta, Paolo de Matteis, Annibale Carracci, Solimena, Finoglia, Guido, Paolo Veronese, Caracciolo, Bernini y otros grandes artistas, no contribuyen ménos á la admiracion del viajero. En el Capitolo hay tambien hermosas producciones de Belisario, Arpino, Viviani y Massimo Stanzioni. En la sacristía, por fin, las pinturas de este último y las de Luca Giordano y el Spagnoletto, no son ménos dignas de tan eminentes autores. Por donde quiera que se considere este templo, admira el gusto de los adornos; asombran los prodigios que á porfía han obrado allí las tres nobles artes. Recorriendo el espacioso monasterio, se llega á un balcon que da vista al Oriente, y se recrean los ojos en el más grandioso cuadro de la na-

turaleza: á los piés un abismo; y en ese abismo, Nápoles y su inmenso golfo. Desde el Vesubio hasta las verdes colinas de Sorrento, y desde éstas hasta la severa Capri, los ojos no encuentran sino maravillas naturales que, ó se esconden en la profundidad en que se ven el mar y las vegas, ó se alzan al nivel del espectador, en las más altas montañas de la izquierda, que van á perderse en la majestuosa línea de los Apeninos.

L'Ascensione, cuyo orígen pertenece al 1300, pero que fué reedificada bajo la proteccion de Michele Voaz, conde de Mola, con el diseño de Fanzaga en 1622, tiene un bello arcángel San Miguel y una Santa Ana, debidos á Luca Giordano.

La fundacion de *L'Incoronata* recuerda el palacio de justicia de Roberto y la coronacion de su sobrina Giovanna. Los numerosos frescos que adornan el templo, son en concepto público, las obras más dignas de Giotto. Entre ellos vénse dos retratos de dos personajes muy célebres en las crónicas poéticas y amorosas de Italia: el Petrarca y su bella y amadísima Láura. Tambien hay buenas pinturas que se atribuyen á Gennaro di Cola, discípulo del napolitano Simone.

En *San Giovanni in Carbonara*, despues de algunas pinturas de Vasari, de alguna belleza arquitectónica de Anibale Caccavello, y de los sepulcros de Ferdinando Sanseverino, príncipe de Bisignano, el jurisconsulto Niccoló Capasso y el médico Niccoló Cirillo, admíranse con profundísimo respeto por su grandeza y egregia magnificencia las tumbas del rey Ladislao, erigida por Giovanna II, y de Sergianni Carracciolo, célebre por los favores con que le honró la fortuna en la córte, y por la horrorosa muerte que le hizo dar en Castel Capuano el 25 de Agosto de 1432, su hermosa enemiga Covella Ruffo, duquesa de Sessa.

El *Carmine Mayore*, levantado por los monjes que volvian del monte Carmelo, guarda las cenizas de los desgraciados Corradino y Fernando, duque de Austria, decapitados por Cárlos d'Anjou el 29 de Octubre de 1268.

Santa María di Monte Oliveto es una iglesia corintia, que entre un altar mayor de espléndida riqueza por sus piedras, algunas obras de Santacroce, Modamin de Módena, del Merliano, Fabrizio Santafede, Paolo Matteis, Francesco Mura, y otros objetos muy notables, ostenta una porcion de sarcófagos de mucho mé-

rito por sus esculturas y por los mármoles amarillo y verde antiguos de que algunos están fabricados. Citaremos el monumento alzado al célebre arquitecto Domenico Fontana, muerto en 1607, el de Marino Curiale, el de Alfonso II de Aragon y el de Guerrello Origlia. Tambien se encuentran objetos de gran valía en la capilla de la familia Avalos y en la de Picolomini.

San Giacomo degli Spagnuoli fué fundada por el virey de Nápoles D. Pedro de Toledo, cuya sábia y prudente administracion vive inmortal en los anales de las dos Sicilias. Al ver el suntuoso mausoleo del virey, nos postramos en tierra á orar devotamente sobre tan noble y digna sepultura, y una lágrima vino á mostrarnos que no puede sernos indiferente un recuerdo tan grandioso de la antigua riqueza de la monarquía española. La extraordinaria belleza del sarcófago; sus bajo relieves de las armas de los duques de Alba y marqueses de Villafranca; los que representan la vida del valeroso D. Pedro de Toledo contra Barbaroja en Baja y contra los turcos en Otranto, los de las fiestas celebradas en Nápoles á la llegada de Cárlos V despues de las empresas de Africa, y

las elegantes estátuas del virey y de su esposa, no hicieron más que excitar nuestros recuerdos, y por consiguiente, aumentar nuestros dolores. Al retirarnos de la iglesia, largo tiempo consagramos á la memoria de aquel célebre español, no ménos que al artista Giovanni Merliano, que tan dignamente lo ha inmortalizado en tan egregio monumento.

Santa María degli Angeli. Esta iglesia corresponde al año 1600, y se fabricó sobre las ruinas de otra que Costanza Doria, princesa de Sulmona, habia cedido á los padres teatinos. En ella se conservan magníficas pinturas y esculturas de Stanzioni, Bernardino Siciliano, Vaccaro y Angelini.

Francesco di Sangro, duque de Torremaggiore, erigió la iglesia de *Santa María della Pietá,* en cumplimiento de un voto en 1590, pero Raimundo la enriqueció posteriormente con preciosos mármoles y magníficas estátuas. Es admirable la belleza de éstas y la de los grandes sepulcros de la familia del fundador, en donde parece que á porfía se han esmerado Queirolo, Celebrano y Corradini en obrar prodigios sobre la piedra. En medio de esculturas tan excelentes hay una de Giuseppe Sanmar-

tino, representando el cadáver del Redentor cubierto con un finísimo velo. ¡Qué sorprendente es esta obra! Al través del velo de mármol se distinguen unas formas tan sabiamente cinceladas, que no parece, como dice un escritor italiano, sino que aquel velo está ligeramente impregnado del sudor de la muerte (pare leggermente impregnato del sudore della morte).

Trinitá Maggiore ó Gesú Nuovo fué fundada en 1584 sobre el antiguo palacio de Roberto Sanseverino. Tiene ricas columnas de mármol africano y de rojo de Sicilia. La cúpula pintada por Lanfranco quedó destruida por el terremoto de 1688, y en su lugar hay otra del pincel de Matteis. Tambien se ven bellas pinturas de Solimena, Imparato, Giordano, el Spagnoletto y Bernardino Siciliano, y excelentes esculturas de Bernini, Margaglia, Fanzaga y Naccarini.

San Filippo Neri es una de las iglesias más ricas en objetos artísticos. Su forma es la de una basílica de tres naves, de arquitectura corintia. La del centro tiene doce hermosas columnas de granito con capiteles de mármol de Carrara. La magnificencia de sus piedras y de

sus metales corresponde á los preciosos cuadros y suntuosas esculturas que contiene, distinguiéndose especialmente las obras de Luca Giordano, Mezzante, Pietro da Cortona, Fracanzano, Bernardino Siciliano, Pomarancio, Guido-Reni, Tintoretto, el Domenichino, el Spagnoletto y otros grandes artistas, que han concurrido á formar una especie de pequeño museo en la sacristía de este templo. La capilla de San Felipe está ornada de vistosos mármoles de colores y de unas cuantas bellas estátuas de Bernini.

L'Annunziata se fundó en 1540 y se enriqueció con buenas pinturas de Santafede, Corenzio, Stanzioni, Lanfranco y Giordano, y esculturas de Merliano y de Bernini; pero fué presa de un voraz incendio en 1757. Veinticinco años despues se levantó de nuevo por el arquitecto Luigi Vanvitelli, con mayor magnificencia. Sus columnas son de mármol blanco de Carrara y de órden corintio, y sus pinturas de Fieschetti, el Spagnoletto y Mura. La capilla subterránea está sostenida por 16 columnas de granito y ornada de un bello monumento fúnebre de Giovan da Nola.

San Francesco di Paola es una iglesia de

construccion moderna: en 1816 fué comenzada por Fernando I, y concluida despues por el actual monarca de las Dos Sicilias. Está situada cerca de la antigua área de la de San Luis, rey de Francia. Su aspecto exterior es majestuoso y sencillo: presenta dos pórticos sostenidos por cuarenta y cuatro columnas, que descansan en una gradería de lava del Vesubio. En la parte superior del vestíbulo hay tres estátuas colosales de la religion, San Francisco y San Luis. La fachada es semi-circular, y forma un gran contraste con la del real palacio, que está enfrente, constituyendo entre los dos soberbios edificios la gran plaza de la Reggia, con vista al mar por un lado y con salida al otro á la hermosa calle de Toledo. El interior del templo es á semejanza de el del Pantheon de Roma. La gran cúpula está sobre sesenta y ocho columnas y pilastras jónicas de mármol de Mondragrone; toda ella se ve revestida en la parte cilíndrica de piedra calcárea del monte de Gaeta, de la cual son igualmente las pilastras, los zócalos, los capiteles y las cornisas del pórtico. Sus lienzos son de Camillo Guerra, Gaspare Landi, Natale Carta y otros, pero los más notables corresponden á Camuccini y á

Benvenuti. La hermosa estátua de mármol de San Juan Evangelista es del caballero Pietro Tenerani da Carrara; la de San Márcos, de Fabbri, veneciano; la de San Agustin, de Tommaso Arnaud, napolitano; y la de San Atanasio, de..... nos ha hecho traicion nuestra memoria. Una de las más pintorescas vistas de Nápoles es la que se goza desde la jigante cúpula de San Francesco di Paola.

Hemos citado las principales iglesias de Nápoles y reseñado las bellezas más notables que contienen; sin embargo, hay otros muchos templos tan dignos como estos de ser visitados, pero de los cuales no hemos hecho referencia, porque se hubiera prolongado demasiado este capítulo. Notemos, no obstante, que más de uno de los que quedan por citar mereceria una descripcion mucho más larga que la de todos los mencionados anteriormente; la riqueza de sus metales y piedras preciosas, el gran valor de sus mármoles, la celebridad de sus pinturas y esculturas, y el prodigioso atrevimiento de algunas de sus obras arquitectónicas, son cosas que muchas veces juntas y otras separadas, se hallan en las trescientas y más iglesias que hermosean la ciudad, y que son y serán siem-

pre uno de los objetos más curiosos para los viajeros.

No son ménos admirables esos infinitos sarcófagos, verdaderos prodigios de las artes, donde la vanidad muchas veces y otras la justicia, se han atrevido á hacer agradable y áun risueña la perspectiva de la muerte. Así, pues, merecen ser visitados y estudiados por los que estimen en algo las maravillas del genio, entre otras muchas, unas por sus bellezas y otras por sus recuerdos, las elegantes y egregias sepulturas de los Sanseverinos, los príncipes de Aragon, el cardenal Brancaccio, el duque Buono, Minutolo, Sannazzaro, Seripando, Cárlos ilustre, Cárlos I d'Anjou, Cárlos I de Durazzo, Cárlos Martello de Ungría, Catalina y Clemencia de Austria, Corradino, D. Pedro de Toledo, Gaetano Argento, Giambatista Marini, Giovanna I, Inocencio IV, Porcia Capece, Ladislao, Roberto, Gianni Caracciolo, Roberto d'Artois, Giovanna Durazzo, San Gennaro, Alessio Simmaco Mazzocchi, Aniello Falcone, Giambatista della Porta, Giambatista Manso, Marino Freccia, Niccoló Capaso, Niccoló Ignara, y por último, la de Giambatista Vico.

X.

El Museo Borbónico.

Hé aquí una de las más grandes maravillas del mundo por las riquezas artísticas que encierra en su anchuroso recinto. Cualquiera que haya visitado el Real Museo de Madrid, habrá visto una coleccion más numerosa de pinturas; el que haya recorrido las galerías del Vaticano y las demás colecciones de Roma con sus *ejércitos de estátuas*, para valernos de la oportuna expresion del general Córdoba, no tendrá tampoco que admirar mucho en el número de las esculturas; pero el Museo Borbónico reune á una excelente coleccion de cuadros y á una rica serie de estátuas, el depósito más grande de otros miles de objetos preciosísimos, sacados de entre las ruinas de Herculano, Pompeya y otras ciudades ilustres de la antigüedad. La suma de sus riquezas pareceria fabulosa, á no calcularla delante de sus magníficos é infinitos monumentos de las artes.

Es imposible hacer una descripcion de este

museo; tampoco pueden siquiera nombrarse los objetos que encierra, porque éstos se cuentan por millares; y hay muchos, muchísimos que en su tosca materia encierran un siglo de historia, un completo período artístico y un libro de poesía. Sin embargo, sería un crímen hablar de Nápoles y no mentar siquiera en coleccion las maravillosas bellezas de su Museo Borbónico.

El edificio es majestuoso, y por lo tanto digno de los tesoros que guarda. Su construccion recuerda al duque de Osuna, al conde de Lemos y á Felipe III. La primera sala que se encuentra es la de los mosáicos: la vista más acostumbrada á los prodigios de la antigüedad, el corazon más familiarizado con las grandezas humanas, se sorprende y se entusiasma. ¡Qué de maravillas compuestas con millones de piedrecitas de colores! Más allá está la galería de pinturas del príncipe de Salerno. ¡Ved esas vírgenes, esas Vénus, esos cuadros bíblicos y esos grupos profanos, y admiraos del genio de Gerard-Dow, Annibale Carracci, del Perugino, de Salvator Rosa, de Sassoferrato, del Guido, del Guercino y de Claudio Lorena! ¡Toda esa naturaleza muda habla un idioma que no cono-

cemos, sufre unos dolores que no sabemos sentir, ó goza de unos placeres que no hemos comprendido nunca!

El Egipto ha concurrido tambien con algunas piezas que revelan los secretos de su sociedad, á hermosear este magnífico palacio. ¿De quiénes son aquellas momias tan prodigiosamente conservadas? ¿Serán de reyes, de sacerdotes ó de plebeyos? ¡Que no podamos satisfacer nuestra curiosidad! Y sus almas estarán entre las de los ángeles ó allá en las hogueras del averno? ¡Qué incertidumbre! Lo que es cierto, que hoy son objetos de admiracion y de estudio esa piel árida y seca, esos huesos de piedra y esos cartílagos de hueso. ¡Qué felicidad! Quizás sean los restos de algunos malvados los que van pasando de generacion en generacion, mientras las carnes de Alejandro y de César fueron pasto de inmundos y asquerosos gusanos!

Allí están las estátuas de bronce de Fauno, de Mercurio, de Neron Druso, de Hércules enseñando su anatomía muscular al través de su epidermis, y de Séneca, el divino filósofo cordobés.

En seguida se entra en las salas de los már-

moles. ¡Aquel atleta asombra, aquel gladiador infunde miedo, y aquellas amazonas á caballo, mortalmente heridas, nos hacen experimentar las amarguras de su dolor! ¡Salve, hermosísima Vénus, cariñoso Cupido, divino Baco y alegrillos Faunos! ¡Animaos, moles de piedra, y alegradnos con vuestros cantos, vuestros vinos y vuestros besos! Pero dejemos esa tropa celebrando su fria bacanal, y pasemos á la sala de las estátuas de los emperadores. ¡Qué bellas y elegantes son las de Antonino, Tito, Ma co Aurelio Carino, Caracalla y Adriano!

Esta otra galería lleva el nombre de Flora! Ahí tenemos delante la hermosa estátua de esa divinidad. ¡Qué formas, qué encanto, qué seduccion! Esa es la sala del Apolo: ¡magnífico es el dios de pórfido! Cerca está otro de basalto, y ambos rodeados de Ceres, de Isis y de una preciosa Diana de alabastro. ¡Qué pueriles son esos amantes que quieren bajar á la tumba con una prenda de su amada sobre el pecho! ¡Aprended de ese dios, que hace dos mil años quizás que no se cuida de las deidades que endulzaron sus amores!

La galería de las musas contiene una gran taza en que están esculpidos el nacimiento de

Baco, y el dios Apolo en medio de las Gracias. ¡Qué estudios tan bellos para los artistas y para los poetas!—¡Adelante!

Ya estamos en la sala de las Vénus. ¡Qué formas tan preciosas, qué voluptuosas figuras, qué perfiles tan delicados, qué miradas tan lánguidas, qué aposturas tan mortales, qué calor tan lascivo se siente correr por las venas! Vámonos de este sitio. ¡Prostitutas beldades, yo os saludo! Nada; no nos despiden para que no nos vayamos tranquilos. Con su inmovilidad y picante gracia nos amarran á los piés de sus pedestales. Pues bien, vamos á contemplarlas una á una, y á palparlas punto por punto, aprovechando su impúdica desnudez..... ¡Salgamos pronto de aquí! ¡Hijas de los dioses, no teneis corazon, y os pareceis á casi todas las hijas de Adan!

Estamos en otra sala, en que entre una multitud de estátuas se destacan por su arrogancia y valentía, las de Jove, Homero y Sócrates. Más adelante Eurípides, Demóstenes, Anacreonte, Herodoto, y otros varios hacen la córte á un soberbio Atlante. Como el pino de Italia sobre el musgo, se alza sobre todas la famosa de Arístides. Buscad esa señal en el pa-

vimento que trazó la mano del célebre Canova, y desde ese punto de vista, admirad una de las más portentosas obras de la antigüedad en ese Arístides, tan erguido y arrogante como pregona su fama de grande.

Próximo está un gabinete reservado en que la célebre Vénus Calipia y otras varias compañeras muestran los hechizos de sus cuerpos modelados por el entusiasmo. No es justo que entretengamos al lector tanto tiempo como nos entretuvimos nosotros ante estos prodigios de las artes, ni que les contemos las chistosas anécdotas que han tenido lugar entre esas bellas diosas y algunos viajeros.

El toro Farnesio y el Hércules, encontrados en los baños de Caracalla, son tambien dos maravillas de la escultura que absorben la atencion en la sala de los epígrafes, donde la arqueología tiene más páginas encerradas en tan estrecho círculo, que quizás encontrará en muchos pueblos reunidos.

Donde está el busto de Paolo III, de Michel Angelo, pueden verse numerosos y antiguos objetos de uso personal, guardados en grandes armarios: entre otros curiosísimos, los hay adornados de oro, plata y piedras de gran va-

lor. No ménos admirables son los utensilios de casa y de artes que contienen las salas de las reliquias de Herculano y de Pompeya. Todo lo que pueda imaginarse se encuentra allí perfectamente conservado. ¡Cuánto ganarian las artes modernas con imitar desde aquellas hermosas lámparas hasta aquellos preciosos utensilios de mesa y de cocina! ¡Mucho podria aprovecharse estudiando sobre cincuenta mil piezas, trabajadas con el gusto más delicado! Despues hay tambien una infinidad de vasos de barro y de piedra, hallados en las mismas excavaciones, y hasta diez salas más llenas de preciosos vasos etruscos de todos tamaños y de todas las formas conocidas. La gran taza farnesiana, que no tiene otra igual en Europa, consérvase tambien en este departamento. Fué encontrada en el mausoleo de Adriano en Roma.

Las colecciones de papel son tan curiosas y en tan considerable número, como que en 1753 se hallaron hasta 4.730 rollos en las ruinas de Herculano.

En la sala del sarcófago farnesiano se guardan reservadamente muchas esculturas obscenas, que si bien son dignas de verse, no se prestan ni áun á ser nombradas en este libro.

¡Ellas son la expresion más genuina de los placeres brutales de un pueblo que, habiendo llegado al último grado de la prostitucion, no repugnaba ninguna escena; ni áun los crímenes más nefandos!

La galería de la escuela pictórica napolitana contiene principalmente lienzos muy estimables del Spagnoletto y Luca Giordano, y una preciosa Vénus del Tiziano; en la escuela boloñesa se distinguen los del Guercino, y en la lombarda, romana y veneciana no faltan algunos de mucho mérito. Pero la más notable es aquella sala enriquecida con algunas de las más soberbias creaciones del Raffaello, Andrea del Sarto, Guercino, Annibale Carracci, Spagnoletto, Tiziano, Claudio Lorena, Correggio y Giulo Romano.

No hay cosa más triste que salir del museo Borbónico: al descontento que se siente, solo es comparable el disgusto que causa á un hombre el despertar de un sueño de felicidad, ó el martirio que sufre una mujer hermosa de treinta años, cada vez que ve anochecer el último dia de Diciembre.

XI.

Palacios, Museos y Bibliotecas.

El *Palazzo Reale* vino á sustituir á Castel Capuano, Castel Nuòvo y Castel dell'Uovo, donde los monarcas de la edad media tenian establecidas sus régias moradas. El virey don Pedro de Toledo fué el primero que dispuso un real albergue, digno de una corte tan brillante y poderosa, el cual alojó á Cárlos V á su llegada á Nápoles. Posteriormente, en 1600, el virey D. Fernando Ruiz de Castro, conde de Lemos, confió al arquitecto Fontana la construccion de ese palacio, enriquecido en 1651 con la magnífica escalera que le agregó el conde de Oñate, ornada con las dos grandes estátuas del Ebro y del Tajo. El incendio de 1837 destruyó en gran parte la obra de los vireyes españoles, y entonces Fernando II tomó á su cargo la reedificacion del palacio con toda la suntuosidad y grandeza que actualmente se admira.

El *Palazzo Reale* ocupa un lugar deliciosísimo, elevando su robusta y elegante mole sobre la orilla del mar, á la entrada de la gran calle de Toledo, y frente del majestuoso templo de San Francisco de Paula. La longitud del edificio es de cerca de cuatrocientos veinticinco piés: en su lado principal tiene ingreso por tres grandes puertas de columnas de granito, ofreciendo en toda la fachada el agradable contraste de la arquitectura dórica, jónica y corintia en sus tres órdenes de pilastras, coronadas de balaustradas, de pirámides y vasos. Un reloj ocupa la parte superior de la línea media.

Subiendo por la suntuosa escalera que hemos citado, lo primero que se encuentra á mano izquierda es la preciosa capilla, fundada por el duque de Medina, con sus puertas laterales de lapislázuli, y su bello tabernáculo de cobre y oro. Los salones destinados á las grandes solemnidades de la corte contienen los célebres cuadros de la muerte de Julio César y de Virginia, de Camuccini. Tambien se encuentran los retratos de varios personajes, por Velazquez, Rembrant y Holbein, entre los cuales se distinguen el de Gonzalo Fernandez de Córdoba, por Tiziano, y los de Alejandro y Ranuccio Farne-

sio, por este mismo pintor y por Bombelli. Recorriendo varias galerías, se admiran magníficas pinturas en techos, paredes y lienzos, de Raffaello, Guercino, Caravaggio, Caracci, Tiziano, Mássimo Stanzioni, Vacaro, Spagnoletto, Corenzio y otros, entre los que los españoles no pueden ménos de contemplar con gusto aquellos que representan asuntos de nuestra historia en la conquista del Nuevo Mundo, en la de Nápoles, en la reconquista de Granada y expulsion de los judíos, obras todas de los más famosos artistas.

En las salas consagradas á los bailes, las Auroras, las Galateas, las Floras, los Céfiros, las Terpsícores, las Vénus y los Amorcillos, figurados en preciosos frescos, entre umbrosas selvas y guirnaldas de flores, forman un cielo y unos horizontes que dan al espacio toda la perspectiva de una risueña primavera. Por todo aquel grandioso edificio no dejan de verse obras tan dignas como las que acabamos de citar.

Finalmente, una numerosa biblioteca, rica en obras raras y en encuadernaciones de mucho lujo, en colecciones de estampas de mucho mérito, y en instrumentos científicos de gran valor, y una excelente armería, en que se ven las

armaduras primorosamente cinceladas de Ruggiero, Fernando I de Aragon y Alejandro Farnesio, cierran el arsenal de curiosísimos objetos que contiene el real palacio de Nápoles.

El Palazzo de' Ministeri, fundado en 1819 por Fernando I, es otro de los más notables, si no por su riqueza en reliquias artísticas, al ménos por su grandeza arquitectónica. La fachada principal da vista á Castel Nuovo; en el centro tiene una gran entrada y dos laterales. Pasado su ancho vestíbulo se encuentran las estátuas de Federico, Ruggiero, Fernando y Francisco de Borbon. La escalera se divide en dos ramas hasta llegar al piso principal, y luego se subdivide varias veces hasta el último piso: en el primero están los ministerios de la Presidencia y de Negocios Extranjeros, en el segundo el de Gracia y Justicia, Negocios Eclesiásticos y Policía, y en el tercero el de Guerra y Marina, y el de Hacienda. En el mismo edificio tienen cabida las oficinas de varias dependencias del Estado; la de la bolsa es notable por su pavimento de mármol, por su techo de estuco, sostenido por ocho columnas, y por su estátua del célebre Flavio Gioia, de Antonio Calí, autor de aquellas cuatro.

El *Palazzo di Monticelli*, construido en 1406 por Antonio Penna, consejero del rey Ladislao, pertenece actualmente al comendador Teodoro Monticelli, el cual, aficionadísimo al estudio de las ciencias físicas y naturales, ha reunido un museo mineralógico y geológico, célebre por sus numerosos y raros ejemplares.

En la casa del profesor *Oronzo Gabriele Costa*, puede estudiarse tambien otra rica coleccion de objetos, no solamente mineralógicos y geológicos, sino tambien zoológicos y botánicos, y muchos instrumentos de agricultura y de otras artes é industrias.

En la del juez *Salvatore Fusco*, se halla un excelente monetario con medallas y otras piezas antiguas de gran provecho para los arqueólogos.

El *Palazzo di Maddaloni* fué fundado por Diomede Carafa, el cual formó un buen museo de estátuas, bustos, bajo relieves y sarcófagos, en que se hallaba la cabeza del célebre caballo de bronce, que se salvó de la destruccion de 1322, para dar fe de aquel gran monumento de la antigüedad. Este palacio se eleva en medio de la calle que desde la colina de San Erasmo corre hasta la casa santa de la Nunziata, y

tan notable como es por su arquitectura, ofrece desde que fué á poder de la familia Santangelo un precioso museo, que sustituye dignamente al antiguo de su fundador el conde de Maddaloni. En pinturas tiene obras de Paolo Matteis, Luca Girdano, Paolo Veronese, Alberto Durero, Ribera, Salvator Rosa, Van Dyck, Gaspar Poussin, Caravaggio, Tiziano, Raffaello, Sebastian del Piombo, Guercino, Michel Angelo, y otros grandes pintores. El monetario es riquísimo, pues en él se ven medallas de todos los pueblos de la antigua Europa, y áun del Asia y Africa. Hay un trípode griego de mármol hallado cerca de Cápua, algunos bajo relieves y mosáicos antiguos, una rica biblioteca, una buena coleccion de grabados griegos y romanos, y una variada série de vasos etruscos y de bronces y mármoles de gran valor.

En casa de *Agostino Serra, duque de Terranova,* se ve otra coleccion de cuadros en que se señalan magníficos lienzos de Rubens, Van-Dyck, Rigaud y Raffaello.

En la de *Giuseppe Taccone*, *marqués de Sitizano,* se conservan entre otros, algunos muy buenos de Giulio Romano, Rubens, Tiziano, Tintoretto, Van-Dyck, Guercino, Guido Reni,

Raffaello y Salvator Rosa, y una biblioteca, entre cuyos curiosos manuscritos está el autógrafo de la *Teseide* de Boccaccio.

El *príncipe de Cassaro, Anton María Statella* tiene en su rico museo pinturas de Andrea de Salerno, Santafede, Bassano, Ribera, Sassoferrato, Stanzioni, Giordano, Elzheimer, Mengs, Aniello Falcone; Vernet, Tintoretto, Rubens y otros artistas antiguos y modernos.

El del *duque de Casarano, Antonio d'Aquino*, es muy digno de visitarse por las bellas obras que contiene, especialmente de Daniel Volterra, Tiziano, Salvator Rosa, Tintoretto, Santafede, Holbein, Benvenuti, y los retratos de Diego Velazquez pintados por él mismo.

El de *Andrea y Francesco Postiglione*, formado por el médico de este nombre, conserva buenos lienzos de Salvator Rosa, Guido Reni, Giordano, Scipion Pulzone, Batista Zelotti, Morrone, Montano d'Arezzo y Ribera.

El *marqués Capelli* posee en su coleccion algunos de Pussino, el Spagnoletto, Caracciuolo, Salvator Rosa, el Domenichino, Giordano y Aniello Falcone.

En el *palazzo Miranda del príncipe Ottaiano de Medici*, se ve otra coleccion en que figuran

en primer término las obras de Rembrandt, David Teniers, Luca di Olanda, el Spagnoletto, Giacomo Palma, Alberto Durero, Rubens, Morrone, Palade, Bronzino, Guido Reni y Buonarroti.

En la casa de la familia *Lazzari*, se conservan magníficos cuadros del Domenichino, Leonardo da Vinci, Correggio, Zingaro y Antonello da Mesina.

El consejero de justicia, *Giuseppe Cotaldi*, tiene una numerosa coleccion de medallas y monedas, y una excelente librería, rica en preciosos manuscritos.

El *principe di Campofranco Lucchesi*, consejero de Estado y presidente de la consulta general del reino, posee buenas pinturas de Leonardo da Vinci, Perugino, Guido, Luini, Guercino, Bassano y el *divino* Morales.

El *palazzo di Angri*, de arquitectura dórica y corintia, cuya fachada es de preciosas cornisas y elegantes columnas de mármol blanco, tiene una sala de figura elíptica, pintada por Fedele Fischetti y adornada de grandes espejos y ricos marcos de oro. Otras están llenas de magníficas telas, pintadas por Tiziano, Ribera, Michel Angelo Caravaggio, Correggio,

Tintoretto, Leonardo da Vinci, Rubens, Van-Dyck, y Gérard-Dow.

El *baron Vetromile* ha heredado una coleccion que cuenta con buenas pinturas de Guido, Correggio, Caracci y otros excelentes artistas.

En el *palazzo del principe di Fondi* se guarda tambien otra galería de cuadros bastante numerosa, y en que se señalan los del Calabrese, Poussin, Michel Angelo de Caravaggio, Lodovico, Dorigny, Giovan Bellini, Palma el viejo, Leonardo da Vinci, Raffaello, Procaccini, Spagnoletto, Guercino, Bernardino Gatti, Schidone, Barocci, Carlin Dolce, Marcello Venusti, Paolo Veronese, Albano, Rembrandt, Velazquez y otros muchos grandes autores.

El *conde Paolo Marulli*, mayordomo del rey, tiene entre su coleccion excelentes pinturas de Leonardo da Vinci, Guercino, Luca Cambiese y Canaletti, y esculturas de Canova y Torwaldsen.

El *Palazzo del duque di Cassano* contiene la más rica coleccion de estampas que hay en Nápoles, otra de cuadros, aunque pequeña, de grandes artistas, italianos y extranjeros, y una numerosísima biblioteca.

La familia *Vargas* posee otra gran biblio-

teca, abundante en producciones de los Santos Padres, clásicos griegos y latinos, y libros históricos. Entré su coleccion artística se admira una bella estátua de bronce de un jóven griego, herido de una espina.

El *Palazzo del Principe San Antimo* conserva muy buenos lienzos de Van-Dyck, Parmiggianino, Guido, Guercino, Murillo y otros, y tres estátuas de Bienaimé, Finelli y Tenerani.

La *condesa Statella Berio* adorna su elegante casa, entre otros objetos de lujo y de exquisito gusto, con hermosas pinturas de Pacecco de Rosa, Luca Cambiasi, Sassoferrato, Palma, Benvenuto Garofalo, Trevisani, Seghers, Henjisem y Guasti.

En casa de *Lancellotti* admíranse con otras varias dos grandes creaciones de Correggio y Leonardo da Vinci.

El *Principe di Cimitile*, bibliófilo desde sus primeros años, ha conseguido reunir una curiosísima biblioteca de clásicos antiguos, de ediciones de los primeros tiempos de la imprenta, y de manuscritos de mucho mérito.

El *conde de Policastro*, aficionadísimo á la historia local, ha formado á su vez un gran repertorio de crónicas, diarios, opúsculos, alma-

naques y toda clase de noticias relativas á los antiguos acontecimientos del reino y especialmente de la ciudad.

El *Príncipe de San Pío* es dueño de otra gran biblioteca en que se encuentran obras rarísimas, como los códices del Dante, las ediciones en pergamino de Petrarca, otra antiquísima de Galeno, y así de muchos libros de los más eminentes escritores.

Los hermanos *Volpicella* poseen tambien una excelente biblioteca de códices y ediciones raras, en la cual se ve el manuscrito de una epístola de San Bernardo, varios códices de Ciceron, Virgilio y Propercio, y algunas historias italianas inéditas, especialmente de la época de los reyes de Aragon.

A propósito de bibliotecas, citaremos algunas otras que pueden proporcionar grato solaz al viajero, contándose, como se cuenta siempre en Nápoles, con la más fina galantería de parte de sus dueños. Además de las conocidas de la *Universidad*, *S. Angelo*, la de *S. Filippo Neri*, la de *Monte Oliveto* y la *Brancaccia*, son dignas de mencionarse las del *Príncipe di Belmonte Granito*, *Niccoló Niccolini*, *Francesco María Avellino*, *Giacomo Filioli*, el consultor

Capone, Garpare Selvaggi y otros eruditos.

Tambien deben visitarse, ora para admirar la grandeza arquitectónica de los edificios, ora para recrearse en sus amenos jardines, ora para ver sus bellezas monumentales, el palacio de *Capo di Monte,* construido por Cárlos V, el del duque de *Gravina,* el del *Arcivescovato*, el de *Tarsia,* el de *Monteleone,* el de *Saluzzo*, el de *Pignatelli,* el de *Dentici,* el de *Doria,* el de *Sangro,* el de *Spinelli,* el de *Cellamare*, el de *Cavalcanti,* el de *Stiliano,* el *Albergo Reale dei Poveri,* y otros muchos que se levantan en el centro de la poblacion ó cerca de la deliciosa campiña que la circunda. En todos cautivan la frescura de su ambiente, la régia magnificencia de sus adornos, la rara belleza de sus pinturas y esculturas, y el buen tono y refinado gusto que caracteriza á las hermosas damas napolitanas.

XII

Castillos y fortalezas

Castello Sant'Erasmo ó *Castel San Elmo.* Sobre la fértil y pintoresca colina donde se halla el monasterio de la Cartuja, se alza esta magnífica fortaleza, defendiendo á la ciudad por la parte de tierra. Ya hemos visto desde el mar que Castel San Elmo se levanta á grande altura sobre los más erguidos campanarios, á manera de un jigante guardian de la antigua Parthénope. No es muy fácil establecer la verdadera época de su fundacion; pero lo que es indudable que ya en el vireinato de D. Pedro de Toledo fué muy considerado y enriquecido de fortísimos parapetos, segun se lee en una inscripcion esculpida en la puerta principal del edificio. Su primer castellano fué otro D. Pedro de Toledo, sepultado en la pequeña iglesia del castillo, construida en 1547 bajo el diseño del español Pedro Prado, como dice una lápida situada detrás del altar mayor.

En tiempo del conde de Miranda, Castel San Elmo sufrió un gran destrozo, á consecuencia de un rayo caido el 13 de Diciembre de 1587. Esta exhalacion, prendiendo fuego á los almacenes de la pólvora, hizo volar una parte considerable de la fortaleza, causando con su conmocion bastante daño en algunos de los edificios más cercanos de la ciudad, donde aquel espantoso estruendo produjo casi el efecto de un terremoto. Una inscripcion atestigua que luego, bajo el gobierno de D. Ramiro Felipe de Guzman, duque de Medina de las Torres, se reedificó toda aquella parte destruida por la detonacion de la pólvora. Otro epígrafe que hay en la puerta de la capilla de Nuestra Señora del Pilar, escrito en castellano por Luis Espluga, aragonés, maestre de campo, acredita el religioso celo con que los españoles llevaron á aquellas tierras el culto y la devocion hácia la milagrosa Vírgen Cesaraugustana.

Todas las mañanas, cuando las primeras luces de la aurora venian á disipar las tinieblas de nuestra habitacion, lo primero que distinguíamos desde nuestro lecho, al través de una gran ventana, eran los parduscos torreones de San Elmo, arrancando en atrevidas líneas sobre

el pintoresco follaje de su frondosa colina. Algunos momentos despues, así que el sol asomado al horizonte le enviaba sus primeros rayos de color de fuego, la vista del castillo se constituia en una de las más alegres y risueñas perspectivas; hasta que el sol, bajando como un hábito talar que se vistiera por la cabeza, descendia de los muros del fuerte á la falda de la colina, desde esta á las torres de la ciudad, desde las torres á las azoteas, y desde las azoteas al golfo, dando animacion y movimiento á Nápoles.

Castel Nuovo fué construido en 1283 sobre las ruinas de un monasterio, á la orilla del mar, por Cárlos I d'Anjou, á semejanza de la Bastilla de París. Robustecido con cinco altísimas y majestuosas torres que correspondian á los antiguos métodos de fortificacion, quedó constituido en una poderosa defensa de la ciudad. En el siglo XV se le agregaron las obras de su recinto, y al principio de la dominacion española se multiplicaron los medios de fortaleza; pero el 16 de Marzo de 1546, le sucedió lo que á Castel San Elmo, que incendiados los depósitos de la pólvora por descuido de la guarnicion, experimentó un gran destrozo, ocasionan-

do muchas víctimas. Posteriormente se repararon aquellas ruinas, y en la época de Cárlos III se le hicieron las últimas obras de fortificacion, las cuales le han dado una resistencia admirable.

Castel Nuovo tiene un monumento artístico de majestuosa proporcion y extraordinario mérito en el soberbio y jigantesco arco triunfal de Alfonso I de Aragon. Su elegante arquitectura, sus bellas estátuas y sus lindos relieves, le han dado fama de una de las obras más estimables que pueden verse en este género. Una descripcion completa de las bellezas que contiene sería larguísima, y no revelaria el valor de aquella erguida mole trabajada por el cincel de unos cuantos artistas célebres.

Las magníficas puertas de bronce, tan celebradas por todos los viajeros, son verdaderas maravillas del arte, por el primor y el lujo de sus numerosos y grandes trabajos de talla. En excelentes cuadros de rica composicion, ha revelado el buril preciosos asuntos históricos, con una precision y maestría dignas de la ilustrada época á que pertenecen. El período de la casa de Aragon fué el de más prosperidades y mayores adelantamientos para el reino de Ná-

poles. Aquella pelota de artillería que aún permanece clavada en el bronce, nos recuerda nada ménos que el glorioso dia en que con heróico ardimiento se apoderó de esta fortaleza el bizarro conde Pedro Navarro, poniendo á los franceses en vergonzosa confusion, merced al nutrido fuego de los arcabuces y falconetes españoles. Como éste, son tantos los recuerdos que de nosotros conserva este castillo entre sus oscuros torreones, que no habia noche, que al verle avanzado dentro del mar, en aquella oscuridad inmensa, denotando sus ventanas por las luces que ardian en el interior, que más bien parecian otras tantas pupilas de la fortaleza, no oyésemos en sus muros algun eco memorable fingido por las olas del golfo, ó alguna sombra en sus almenas que nos recordase al pajecillo del Gran Capitan, el atrevido Pelaez, que á costa de perder una mano ganó la corona mural el dia de la explosion de la mina y del asalto de Pedro Navarro.

Castel dell' Uovo, llamado así por su semejanza á un huevo, está situado sobre una gran roca, que en forma de isla se levanta en medio del golfo de Nápoles, unida hoy á la ciudad por una hermosa calzada de 120 pasos de lon-

gitud La historia de este enorme peñasco se confunde en su antigüedad con los recuerdos de Lúculo en la romántica isla de Nísida. Guglielmo I en 1154 comenzó la obra de fortaleza, que despues no se continuó hasta Federico II, que la llevó á cabo en 1221, bajo la direccion de Fuccio, segun testimonio de Vasari. Cárlos I d'Anjou la adornó interiormente, dando en ella alojamiento, durante su permanencia en la Toscana, á Margherita y á Cárlos Martello, primogénito del príncipe de Salerno. Cuando la conquista del Gran Capitan sufrió mucho el fuerte de Castel dell'Uovo, especialmente despues de haberlo volado en parte con una mina y asaltado heróicamente el conde Pedro Navarro, ni más ni ménos que como hizo con Castel Nuovo. Más tarde fué reedificado por los vireyes, y particularmente por Felipe II en 1585 y por Cárlos II en 1693, como acreditan dos inscripciones, una á la entrada del castillo y otra bajo un pequeño pórtico.

Castel Capuano, edificado en 1231 por Guglielmo I, y concluido por Federico II, sirvió de palacio real como los anteriores, hasta que D. Pedro de Toledo estableció en él los tribunales de justicia y el encierro de los prisione-

ros de Estado. En el ingreso se ven las armas del emperador Cárlos V y un epígrafe alusivo al mismo monarca.

En el piso bajo hay un leon antiguo sobre un pedestal de mármol, y en el principal, ocupado por aquellas oficinas, se ven algunas pinturas de Francesco Ruviales, llamado el Polidorino, y de Cacciapuoti.

Forte del Carmine. Esta fortaleza, situada á la parte meridional del puerto, fué proyectada por Ferrante I en 1484, continuada por el conde de Peñaranda en 1662, y concluida por el cardenal D. Pascual de Aragon poco tiempo despues. La insurreccion de Masaniello hizo ver la necesidad de dar importancia á este castillo, en que no hemos admirado otra cosa que su actitud guerrera y su excelente posicion en uno de los mejores sitios de la ciudad.

Pizzo Falcone es la última de las fortalezas de Nápoles. Establecida frente del palacio real, comunica con la altísima colina de San Elmo por medio de un puente llamado de Chiafa.

Cuando recorrimos todos estos fuertes, nos asombraba su aspecto militar, asomando sus cien bocas de fuego en direccion de las calles principales, dando esto mucha más severidad á

las peregrinas historias y curiosas tradiciones que revisten esos elevadísimos y antiguos torreones de piedra.

XIII.

Teatros.

Hé aquí los verdaderos templos de los italianos, para valernos de la expresiva frase de un distinguido escritor, con tal que así no lastimemos la fé religiosa, tan característica del país que visitamos.

El *Real teatro di San Carlo*, levantado junto al Palazzo Reale, es una de las grandes obras que más recuerdan en Nápoles el gloriosísimo reinado de Cárlos III. La fachada principal del edificio está formada en parte por cinco grandes arcos, de los cuales el del centro y los de los extremos dan entrada á las magníficas escaleras, y los otros dos corresponden á los nichos de las estátuas de Apolo y de Minerva. Sobre el pórtico hay preciosos bajo relieves alegóricos al objeto de la obra. Una preciosa

balaustrada se levanta con catorce columnas jónicas de mármol blanco que sostienen la cornisa, en la cual se apoya un fronton triangular, que remata en una bella Parthénope coronando á los genios de la comedia y la trajedia. A los lados de las columnas se ven grabados en grandes letras los dos eminentes triunviratos de aquella escena: al uno, Alfieri, Metastasio y Goldoni; y al otro, Pergolesi, Iommelli y Piccinni.

La sala es espaciosa y tiene seis líneas de á 32 palcos, capaz cada uno de éstos de contener una docena de personas. Sobre la puerta de entrada se alza el palco real, ocupando el espacio de los dos del centro de cada piso: todo él está ricamente revestido de grandes paños de púrpura, sembrado de lises de oro, que cogidos por una corona, caen en largos y gruesos pliegues hácia los lados, sostenidos por dos Victorias. El escenario es grandísimo, y en él han entrado hasta 48 caballos al galope. Es muy agradable el efecto que produce la primera visita á este coliseo, especialmente si es en una noche de gran concurrencia por algun solemne acontecimiento. Figurémonos ese salon inmenso, cuyo fondo purpúreo hace resaltar más el oro y los bajo relieves simbólicos de sus

cerca de 200 palcos; lleno de una brillantísima concurrencia, de grandes torrentes de luz que se multiplican en los marcos dorados, en las perlas de las damas y en los uniformes de los cortesanos; henchido de la melodiosa armonía de una sorprendente orquesta y de los delicados acentos de los primeros cantantes del mundo, que ordinariamente ocupan su escena, y aquella impresion no podrá borrarse nunca, ni áun dentro del mejor coliseo de Europa, del gran teatro de la Scala de Milan.

El *Real teatro del Fondo* fué construido en 1778 con los bienes reales en la plaza de Castel-Nuovo. Tiene un elegante vestíbulo de órden dórico; la sala consta de cinco pisos, y cada uno de diez y siete palcos, además de los dos grandes del proscenio. Generalmente trabajan en él las mismas compañías líricas y coreográfica del de San Cárlos, y alguna vez sirve para la representacion de la antigua comedia napolitana con su música y sus bufones.

El *Teatro de' Fiorentini*, vecino á S. Giovanni, se fundó en la primera mitad del siglo XVI para representarse exclusivamente la comedia española; cosa que, sea dicha de paso, no ha podido hacerse en Madrid en el ilustrado si-

glo XIX. Despues se amplió y restauró notable mente hasta darle cinco líneas de á diez y siete palcos cada una, sin contar los del proscenio. Antes servía para la ópera bufa, pero hoy, queriendo el gobierno renovar las glorias del teatro italiano, cosa que, tambien la diremos de paso, aún no se ha hecho en España con el nuestro, ha promovido un concurso á que asisten los poetas napolitanos con sus obras dramáticas, obteniendo un premio de doscientos sesenta ducados de Nápoles las seis producciones que alcanzan más aplausos del público, y los sufragios de tres ancianos, célebres autores retirados de la literatura dramática, consiguiendo así estimular y proteger las letras, y mantener un coliseo verdaderamente nacional.

El *Teatro di S. Ferdinando*, edificado en 1791, junto á Ponte Nuovo, es notable por su magnitud, y por su hermoso vestíbulo de cinco grandes arcos. La sala tiene una figura excelente, con cinco órdenes de palcos, de trece de estos en cada uno. Sirve para canto y prosa, y muchas veces para espectáculos de juegos y volatines.

El *Teatro Nuovo*, obra del 1724, consta de cinco pisos, y está adornado con sencillez y

buen gusto. Al principio se destinó á la ópera bufa, pero hoy ha dado entrada á la semiseria, para corresponder á los deseos de su público favorito. Está en uno de los puntos más céntricos, cerca de la gran calle de Toledo.

El *Teatro di S. Carlino*, situado en el Largo del Castello, corresponde al 1770; tiene dos órdenes de palcos y una larga platea; de dia y noche da representaciones de comedias de costumbres en dialecto napolitano, que tienen en una perenne carcajada á las masas de gente indígena, y en una rara suspension á los muchos extranjeros que concurren á ellas á admirar las legítimas costumbres de aquel pueblo.

El *Teatro della Fenice*, levantado tambien en el Largo de Castello en 1806; consta de tres líneas de palcos, y celebra funciones dos veces á la semana de graciosísimas óperas en dialecto napolitano.

El *Teatro Parthénope* está en el Largo della Pigna, y en sus tres órdenes de palcos, en su cómoda platea, en sus adornos y decoraciones, quiere imitar al principal. Dos veces al dia ofrece espectáculos de prosa y canto.

El *Teatro Sebeto*, parecido en la forma al de S. Carlino, aunque de más pequeñas dimensio-

nes, sirve de encanto al pueblo por las alegres bufonadas de sus piezas napolitanas.

El viajero que quiera estudiar las costumbres de este país, encuentra en los teatros ancho campo para sus observaciones. Muy parecido el pueblo napolitano al español bajo muchos puntos de vista, tiene como éste la fortuna de poseerse tan completamente á la vista de la escena, que se prodiga todo él, por decirlo así, dejándose á merced de sus impresiones, y abriendo, por consiguiente, su alma á la contemplacion del espectador filósofo. Por lo mismo, en Nápoles como en España, deben ser frecuentemente visitados los teatros, si han de estudiarse hasta los latidos de las artérias de sus habitantes.

XIV.

Establecimientos militares.

Cuando visitamos Castel San Elmo, Castel Nuovo, Pizzo Falcone y otros puntos, donde están algunos de los principales establecimientos militares del reino, dejamos de hablar de éstos, porque profanos á la ciencia de los Ale-

jandros y los Césares, queríamos consignar las elocuentes expresiones de un personaje muy autorizado en esta materia; del Excmo. señor general en jefe de nuestro ejército expedicionario, D. Fernando Fernandez de Córdoba. Instado por el rey y acompañado de algunos de los militares cortesanos más entendidos en la carrera, pudo nuestro general en jefe examinar detenidamente y estudiar con esmero esos vastos establecimientos, y por consiguiente, juzgar de ellos con todo el acierto de un militar que tanto se ha distinguido por su laboriosidad, ocupando en España los primeros puestos de la milicia. Hé aquí el porqué hemos preferido á nuestras descripciones las relaciones científicas del general Córdoba, comprendidas en las siguientes comunicaciones que dirigió al gobierno de S. M., enterándolo de cuanto habia encontrado digno de estudio en la hermosa corte de las Dos Sicilias.

«DIVISION EXPEDICIONARIA Á LOS ESTADOS PONTIFICIOS.—Estado mayor.—Excmo. señor. — Un militar español no puede visitar sin emocion un país como Nápoles, donde tantos recuerdos quedan de nuestras pasadas glorias, cuyo ejército ostenta todavía la propia escara-

pela de nuestros predecesores, y cuyas tropas se organizaron con los regimientos españoles de todas armas que quedaron en Italia despues de afirmar en el trono de Nápoles á Cárlos III.

Por lo mismo me he propuesto, durante mi permanencia aquí, aprovecharme de la benevolencia con que S. M. me considera para examinar, en compañía del coronel Nunziante, duque de Mignano, los numerosos y vastos establecimientos militares que se encuentran reconcentrados en esta capital y puntos inmediatos, en todo el litoral de su magnífico golfo.

»Antes de ayer pude observar con detenimiento y estudio diferentes institutos. S. M. el rey de las Dos Sicilias, cuya bondad para conmigo no tengo palabras con que encarecer, dió las disposiciones oportunas, previniendo que el coronel Nunziante viniese á mi alojamiento para conducirme á visitarlos. Venian en mi comitiva el general Zavala y los brigadieres D. José Bustillos y el marqués de Casa-Sola, y algunos otros jefes y ayudantes. Desde luego nos dirigimos al cuartel que ocupa el primer regimiento de húsares de la guardia. La oficialidad, por militar cortesía, esperaba á la puerta, y la guardia sonaba los honores.

Este regimiento está vestido con gusto y elegancia. El dolman es azul celeste, tiene alamares y cordones blancos, y con tales adherentes, parécese al uniforme del regimiento de Bailén en su organizacion de 1843. Las cuadras ofrecen una limpieza cumplida, debida en gran parte al enlosado de lava con que se cubren, que por otra parte puede ofrecer inconvenientes por su inflexible dureza al buen estado de los cascos de los caballos.

»La raza en Nápoles, aunque de no grande alzada, es vigorosa y sufrida. Cuando este reino estaba unido á la monarquía española, gran parte de nuestra caballería se reclutaba en este país, y la escuela napolitana servía de modelo en Madrid para lo que se llama cabalgar á la brida. La escuela se ha perdido, y los caballos en su mayor parte distan mucho de los robustos bridones que montaban los hombres de armas que se reclutaban en estas provincias. La táctica alemana es la que ahora sirve para esta caballería, y el armamento, las monturas y todos los accidentes de este arma complicada y difícil, llevan el sello prusiano y austriaco. Fuera prolijo entrar en todos los detalles dignos de observarse en la economía y órden militar

de este cuerpo, que inspeccioné hasta en sus más pequeños detalles del servicio interior y de su contabilidad, cuyos libros examiné y encontré corrientes, hasta fin del último trimestre. Pero no dejaré de referir á V. E., que cuando bajé á los patios se montaron doce ginetes que á los aires altos ejecutaron el manejo del sable con la mayor limpieza, demostrando en la exactitud y firmeza de los movimientos, que eran perfectos hombres de á caballo. Despues de visitar los dormitorios, los almacenes y otras dependencias, pusieron el colmo á su cortesía aquellos brillantes oficiales, haciéndome aceptar un delicado refresco improvisado en el acto.

»Inmediato al real palacio se encuentra el cuartel de artillería de marina, el de la marinería, la escuela de pilotos y el colegio de guardias marinas. A pesar de la variedad de institutos allí establecidos, es tal la capacidad del edificio y el buen órden que reina, que ni se confunden ni embarazan. Los marineros que aquí entran se acostumbran desde luego á los hábitos domésticos de á bordo. Sus camas son hamacas que se recogen durante el dia; las mesas se ven suspendidas á los costados de la

estancia, ni más ni ménos que como en los buques; de manera que el vasto salon donde se acomodan ochocientos hombres, presenta el mismo aspecto que el de un entrepuente del barco mejor dispuesto y preparado para una larga campaña. El comandante de la escuadra D. José Bustillos y otros oficiales que me acompañaban, aprobaron desde luego y con encomios tales medidas que ahorran al marinero un aprendizaje penoso á bordo y á los oficiales el cuidado de enseñar unos rudimentos siempre embarazosos.

»La escuela de pilotos y el colegio de guardias marinas, contrastan estando tan cerca, por la modesta sencillez de la primera, y la curiosa elegancia del segundo, guardando así consonancia con la distinta representacion que unos y otros alumnos han de tener despues. La escuela de pilotos parece estar calcada sobre la planta del antiguo colegio de San Telmo, institucion que estableció entre nosotros Cárlos III, y que su augusto nieto el rey Fernando ha establecido recientemente en Nápoles, en donde se encuentran muy satisfechos de su utilidad.

»Los guardias marinas están alojados con elegancia y áun riqueza. La caoba y el marfil

prestan material para las mesas y muebles, y las habitaciones se ven dispuestas con absoluta separacion unas de otras, que parecen en sus aspectos cómodos camarotes de algun buque de guerra. Estos jóvenes están en el colegio cuatro años, y en cada uno pasan dos meses embarcados; despues se trasladan por seis años á bordo de los buques de guerra, y finalizado este tiempo, son promovidos á oficiales de marina. El costo de la pension durante el tiempo del colegio podrá ser de unos once duros mensuales.

»El Castel Nuovo, á donde me dirigí despues, además de sus recuerdos históricos importantes siempre para nosotros, ofrece ahora el interés de ser un vasto arsenal y fábrica de fundicion, en donde se ven cuatro altos hornos con los medios para fundir piezas de todos calibres de bronce y hierro, y proyectiles sólidos y huecos, y los aparatos para taladrar y tornear á un tiempo ocho cañones, movido todo por una máquina de vapor de fuerza de doce caballos, que comunica su empuje á varios aparatos y máquinas que sirven otros trabajos del mismo establecimiento.

»Toda esta fábrica se ha montado con una economía admirable y no menor celeridad, que

hace honor al distinguido jefe que la ha dirigido, y acredita en mil otros ejemplos los cuidados y esfuerzos del rey, que personalmente ha presidido á todas las disposiciones que habian de sacar á su Estado de la dependencia en que el ejército y armada se encontraban hace poco tiempo, para proveerse del material de artillería que necesitaba. Muy corta y casi insignificante cantidad ha costado al rey plantear esta importante fundicion, que á los seis meses de los primeros trabajos ya funcionaba tan satisfactoriamente, que ha producido con admirable economía la fundicion de más de ochocientos cañones, utilizándose en sus hornos y procedimientos las piezas viejas de hierro del litoral y de las plazas fuertes.

»Al lado y en el mismo castillo se encuentra la maestranza, en donde se confeccionan, así el cureñaje de la artillería, como los demás carruajes necesarios para el ejército en sus trasportes y ambulancias. Los métodos seguidos en la construccion, son los ya conocidos y mejor acreditados. La sala de armas constaba ántes de la revolucion de ciento cincuenta mil fusiles; pero los acontecimientos ocurridos la tienen ahora reducida á solo ochenta mil, bien que en

otra estancia vecina, que era el antiguo salon de los reyes de Aragon, se encuentran hacinadas las armas cogidas en Sicilia á los revolucionarios, y las procedentes de la guardia nacional desarmada, viéndose allí tambien las banderas que tan gloriosamente cogieron á los primeros en la breve campaña que terminó en Abril último. Las piezas de cañon, frutos de aquella victoria, y las que se encontraban en puntos que el rey no ha juzgado prudente conservarlos armados, se miran amontonadas en los patios de la fundicion, llenándose así de alguna manera con tales trofeos el vacío causado lastimosamente por la revolucion en la antigua sala de armas. Entre la multitud de cañones de bronce que de Sicilia han venido y se presentaban á mi vista, he contemplado, no sin profunda emocion, muchos de raro mérito, y en cuyos relieves elegantes y significativos nombres veia la prueba de nuestra antigua y gloriosa dominacion en Sicilia.

»Por estas observaciones, V. E. vendrá en conocimiento del buen pié y excelente órden que rigen aquí el ramo de la guerra, que no son más que una parte de la buena administracion y elevadas miras con que S. M. el rey de

las Dos Sicilias sabe llevar adelante un sistema completo de adelantos, de progreso y de prosperidad, así para el Estado como para los súbditos. El celo y laboriosidad que le distinguen, y el ahinco con que procura el bien de los pueblos, harán considerar siempre á S. M. como un digno sucesor de Cárlos III, gloria por cierto de no escasos quilates; pero su aplicacion, su empeño, su constancia en poner el ejército en un pié respetable de fuerza, de adelantos en los conocimientos militares, y de buen espíritu por la conservacion del órden y la disciplina, dan á S. M. no menores títulos para la admiracion de los hombres de estado y para el agradecimiento de sus pueblos, á quienes ha sabido libertar de los males de la anarquía que ha devastado á los países limítrofes. Los buenos italianos no podrán mirar con indiferencia al soberano que presenta en la península un ejército de ochenta mil hombres, que puede competir en su organizacion y excelentes cualidades militares con las tropas más acreditadas de Europa.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Nápoles 15 de Setiembre de 1849.—Excmo. Sr.—*Fernando Fernandez de Córdoba.*—Excmo. Sr. Ministro de la Guerra.»

«DIVISION EXPEDICIONARIA Á LOS ESTADOS PONTIFICIOS.—Estado Mayor.—Excelentísimo señor: En las circunstancias en que se encuentra la Italia, y la atencion que merecen los acontecimientos que han tenido lugar, merece singular estudio el reino de Nápoles por su importancia entre los Estados italianos, por haber podido dominar la revolucion de Sicilia, escarmentando á otra en las calles mismas de la capital, y haber sabido rechazar é inutilizar en su territorio los esfuerzos de todo género, empleados por las revoluciones que han agitado los Estados de esta península para subvertirla y entregarla á los horrores de la anarquía. Este fenómeno político, para explicarse completamente, exigiria entrar en consideraciones de varia especie que podrian producir, no ya una comunicacion oficial, no alguna memoria extensa y detallada, sino tambien volúmenes enteros, llenos de revelaciones curiosas y de advertencias importantes. Tal no puede ser mi objeto en las circunstancias en que yo me encuentro, disponiendo de escaso tiempo para mis observaciones, y dirigiéndose éstas más señaladamente sobre los ramos de la guerra y marina y de la administracion militar; pero áun

ciñéndome solo á apreciar las mejoras y adelantos que en estos departamentos he observado en Nápoles, me lisonjeo participándolos á V. E., que podrá en parte explicarse las causas de porqué aquí el órden ha triunfado de tantas maquinaciones, y porqué el trono ha salido ileso despues de tantos trastornos.

»El reino de Nápoles, que tanto impulso recibió y tantas mejoras obtuvo de las augustas manos de Cárlos III, no debe ménos á la administracion actual del rey Fernando. Imitador de las altas virtudes de su excelso bisabuelo, es sin émulo y rival en su celo por el bien público y en avanzar cuanto más posible la prosperidad y el poder de su monarquía. Los escritores modernos de la Italia lo han conocido así; y si en medio de sus declamaciones é invectivas contra los gobiernos establecidos han querido conservar alguna sombra de imparcialidad en sus raciocinios, han tenido que alabar los esfuerzos incesantes hechos por el rey de Nápoles para hacerse respetar de las demás naciones, para quedar libre de toda influencia afrentosa, y para formar un ejército y una marina verdaderamente nacionales que coadyuven á la independencia y á la glória de la Italia.

»En ofecto, Excmo. señor, la diligencia, el estudio, la asiduidad y los incesantes desvelos con que S. M. el rey de las Dos Sicilias se consagra sin excluir las demás atenciones á estos objetos, esenciales hoy para la conservacion de los Estados, son superiores á todo elogio. Ya tuve lugar de hacer sobre el caso algunas indicaciones cuando, desembarcando en Gaeta en Mayo último, participé á V. E. el continente y el estado de las tropas napolitanas que encontré y observé así en aquella ciudad como en Mola, Itri y Fondi; pero mis observaciones posteriores no solo han confirmado mis primeras calificaciones, sino que debo encarecerlas y encomiarlas más, si quiero apreciar las cosas en justicia. Para que V. E. pueda formar una idea clara y distinta del estado en que se encuentran en este país, así el ejército y la marina como los diversos ramos de la administracion de su material, repuestos, fundiciones, arsenales y defensas, iré dando á V. E. un sucinto relato de los establecimientos que he visitado, cuerpos que he visto y objetos que han llamado mi atencion en los pocos dias que he permanecido en Nápoles.

»Despues de mis visitas á los establecimien-

tos de que dí conocimiento á V. E. por mi parte de 16 de Setiembre próximo pasado desde este cuartel general, á donde me dirigí fué á la fundicion de Pietrarsa. Se encuentra ésta en la ribera del mar, formando parte de la poblacion de Pórtici. Es de construccion moderna, pues se principió en 1842, ganándose terreno sobre el mar para mayor regularidad de la planta y más holgura en las oficinas, que siguen aumentándose conforme se desenvuelve el pensamiento. La fábrica está dividida en grandes departamentos para fundir, elaborar y ajustar las máquinas, y para conservar utensilios y modelos. Todos estos departamentos reunen las cualidades de sólida y elegante construccion, de grande ventilacion y luces, y de una disposicion tan bien coordinada, que las operaciones se pueden ejecutar sucesivamente por su órden natural, sin perder tiempo y sin encontrar embarazo.

»La realizacion de este útil proyecto es debida á la buena voluntad del gobierno de S. M. Habiendo introducido en sus Estados la aplicacion del vapor á la navegacion, en las fábricas y en los caminos de hierro, conoció la importancia de tener un establecimiento donde desde

luego pudieran repararse las máquinas averiadas, y despues aspirar á la construccion de otras nuevas. Las personas encargadas para la importacion de esta complicada industria en el país, se aplicaron con tal celo á secundar los patrióticos deseos de S. M., que lograron al poco tiempo traerse á implantar en Nápoles los mayores adelantos que se conocen en el ramo, así en Inglaterra como en Bélgica. De aquí se trageron las primeras máquinas para dar el impulso á la fábrica, y sobre ellas se han fundido y confeccionado otras nuevas y se han construido las innumerables piezas que para otros objetos han sido necesarias.

»En este establecimiento trabajan 600 jornaleros, de los cuales 200 son soldados sacados de los cuerpos, que toman sobre su sueldo una pequeña gratificacion de 15 granos al dia. Los demás trabajadores son paisanos, que perciben un jornal, segun su idoneidad y soltura, desde 20 granos hasta un ducado: tomando el término medio de tales espemas, se podrá calcular que sale á dos pesetas diarias el costo de cada trabajador.

»Se ha construido ya una máquina de vapor de la fuerza de 300 caballos, que será colocada en una fragata de guerra que está ya muy ade-

lantada en el arsenal de Castellammare, y dentro de poco se concluirán otras máquinas de igual poder. Una parte principal de las locomotivas que corren en los ferro-carriles del reino, que ya son cuatro, son obra de este establecimiento; que en sus oficinas no cuenta empleado, ni mecánico, ni trabajador que no sea napolitano, si se exceptúa un ingeniero inglés y un modelista francés. Todos los adornos del edificio y las cimbras y tirantes de los espaciosos techos, son obra de la misma fábrica donde se han vaciado los bustos de SS. MM., y uno de estos dias se sacará el del Santo Padre á su presencia, cuando se digne visitar el establecimiento. En bronce se ejecutan las mismas labores, y los perfiles del arte van unidos á la solidez de la obra y al cómodo y arreglado precio de su costa. Los ejes han sido el último tributo pagado por Nápoles á la poderosa industria inglesa; pero hace muy poco tiempo ha quedado exenta de esta carga, y ya del establecimiento salen cuantos cilindros son necesarios así para los pedidos de la marina de guerra y mercante, como para las necesidades de los artefactos y fábricas particulares.

»En lo que se muestra todavía escasez es en

la primera materia; quiero decir, en el hierro, que en su mayor parte sigue introduciéndose de Inglaterra por su cómodo precio. El hierro que se saca de la Calabria, aunque de excelente calidad y muy maleable y dulce y tirado en láminas de las mejores condiciones, no es suficiente para la demanda, y su precio no puede rivalizar con el inglés; pero siempre inspira gran confianza al gobierno el poseer en Sicilia para todo trance extremo los medios de fabricacion y los primeros elementos en todos los ramos que tengan relacion con industrias tan indispensables como las del vapor, y que tanta influencia tiene en la independencia y defensa de los Estados. Todos los trabajos se ejecutan al impulso de dos máquinas de vapor, la una de 16 y la otra de 8 caballos de fuerza. Las operaciones más difíciles se ejecutan con facilidad sorprendente, y el taladrar, formar las tuercas y alisar y cepillar superficies de hierro y otras de la misma especie, son obras de un instante, ejecutadas por uno ó dos trabajadores vulgares.

»La fundicion de las piezas se encuentra en otra estancia cercana y muy espaciosa, y adyacente á ella las oficinas de los cohetes á la congreve, mistos que en su elaboracion han al-

canzado aquí modificaciones y mejoras debidas al estudio y á las observaciones de oficiales facultativos napolitanos. Ellos son los que tienen á su cuidado este vasto establecimiento, bajo la direccion del mayor de artillería, Corsi, muy entendido en el arma. Tiene á sus órdenes al oficial teniente Arfan de Rivera, descendiente de un oficial general español, y al capitan Campanella, muy versado en la pirotecnia, y que ha logrado llevar á cabo descubrimientos importantes. Uno de ellos es para poder habilitar las piezas clavadas, por un método tan sencillo como ingenioso: se reduce á llevar por un conductor preparado al efecto y que se coloca por el ánima misma del cañon el fulminante á la cámara de la pieza clavada. El fuego llega hasta este punto sin comunicar con la carga, é inflamándola hace ésta resaltar la obturacion, si el clavo no está bien puesto, ó en caso contrario puede seguir utilizándose y haciendo fuego el cañon como en su natural estado. El mismo oficial nos mostró tambien un proyectil de su invencion que lanzado por el cañon contra los buques ó cuerpos semejantes, se inflama al choque, y uniéndose íntimamente á la madera, le comunica el fuego con tal fuerza é intensidad

en la combustion, que no hay medio alguno de cortar el incendio ni retardar sus horrorosos estragos. Un lienzo que se deja ver en la pared pintado al óleo, representa el experimento, que se hizo á presencia del rey, de tal invencion sobre un buque que fué incendiado por uno de estos proyectiles, experimento que satisfizo cumplidamente. Los hornos de fusion son cuatro, y que no habrá inconveniente alguno en aumentar á mayor número si la necesidad lo exigiese, pues la disposicion del terreno permite cualquier ensanche.

»Una escalera anchurosa y cómoda conduce á la parte del edificio, que tiene segundo piso. Se ve, pues, un espacioso salon, sostenido por elegantes pilastras de mampostería, y en cuyo ámbito se custodian con el órden de un museo perfecto, los modelos que han servido para los vaciados hechos, y adonde se irán colocando los sucesivos. Este almacen es ya muy rico, y segun el órden y colocacion en que se ven dispuestos los artículos, el más pequeño ó más insignificante podrá encontrarse con la mayor facilidad cuando se quiera repetir la fundicion, sin confusion ni pérdida de tiempo. Esto servirá de grande economía para el establecimiento,

y es cierto que prosiguiendo en este método la fábrica poseerá en objetos de un valor real gran parte del capital invertido. Segun se dice, el desembolso ha sido de un millon de ducados, ó sean poco más de cinco millones de reales, sacrificio no grande para los beneficios que ya se recogen y que gradualmente se han de reportar, sin tomar en cuenta lo que vale haber emancipado al país del tributo que en este ramo pagaba al extranjero. La máquina de vapor construida, de los trescientos caballos, habrá costado trescientos mil ducados; pero ya en las otras de igual fuerza que se están construyendo se nota una economía cuantiosa; segun los cálculos de estos oficiales, los artefactos de la fábrica no saldrán en adelante para el Estado de mayor coste que si los importara del extranjero.

»Ya he indicado á V. E. que este vasto local linda con el mar, puesto que gran parte de su área ha sido una conquista hecha sobre las aguas. Esto permite que se haya practicado por la espalda una dársena que sirve de muelles, á donde entran esquifes ó buques de poco calado, á desembarcar los lingotes de hierro ó el carbon, ó bien á tomar las máquinas, útiles

ó piezas elaboradas. Sin grande esfuerzo pudieran establecerse verdaderos diques; pero el previsor recelo británico, de que tantas veces ha sido víctima este país, puede ser absolutamente para impedir, al ménos por ahora, el desarrollo de estas obras. Hasta aquí se ha hecho solo uso del carbon vegetal para la fábrica, puesto que todavía no se ha encontrado el fósil en el reino, pero la abundancia de leñas y arbolado es tal, que se ha de pasar mucho tiempo ántes que se eche de ver su escasez.

»Las circunstancias en que hace años se encuentra este país han obligado al gobierno á convertir en un punto militar y político cierto edificio notable, fuerte y muy espacioso, que se deja ver en la llanura arenosa que media entre Pórtici y Nápoles. Este edificio llámase los Granili. En tiempo de Cárlos III se dejó por muchos años sentir gran escasez de granos, lo cual para una ciudad tan populosa como Nápoles y llena de gente sin ocupacion ni arraigo, era un síntoma peligroso que podia trocarse en revolucion espantosa, si las comunicaciones por mar se entorpecian, cosa muy fácil entonces por las desavenencias con los ingleses. Para poner remedio mandó levantar este vasto

edificio, en donde se encerraban por cuenta del gobierno, en la estacion conveniente, los repuestos del trigo, que se expedian luego en los meses de mayor precio al pueblo sin el recargo de los ingresos y de la usura. Fué obra de Fernando IV en 1778. Tiene de largo dos mil palmos, consta de cuatro pisos, su fábrica toda es de bóveda, á un lado y otro de anchos corredores ó galerías se abren espaciosas estancias que en un tiempo fueron vastos almacenes y hoy sirven para cuarteles.

»Habiendo desaparecido las causas que determinaron la construccion de este edificio, y las circunstancias produciendo otras necesidades, hoy dia tiene un uso enteramente militar, y puede considerarse como un campo atrincherado que tiene en respeto á la poblacion con las demás fuerzas y castillos que guarnecen á Nápoles. En este inmenso local pueden alojarse hasta once mil infantes con dos mil cuatrocientos caballos y dos baterías, habiendo asimismo disposicion para que accidentalmente encuentren allí alojamiento los jefes y oficiales de las tropas. Aquí revisté un batallon de suizos, que en su lucimiento y continente manifestaban bien que se conserva en su antiguo vi-

gor la disciplina y severa organizacion que tanto crédito han dado siempre á tan excelente infantería. Pude observar tambien en los salones y almacenes del segundo piso los carruajes y el material necesario para ciento ochenta piezas de campaña, con los atalajes y arneses convenientes para los caballos; dispuesto todo con tal órden y limpieza que son garantes de una dilatada conservacion.

»En el espíritu de insubordinacion que hoy aflige á la sociedad y que amenaza destruirla, puede considerarse este edificio como que forma con los demás castillos y fortalezas de Nápoles un sistema completo de represion, para cualquier contingencia revolucionaria. Con efecto, al propio tiempo que esta vasta ciudadela puede contener en su espacio, y abortar en ocasion oportuna, tanto número de tropas y de todas armas, imposibilitando toda propagacion de un motin por la parte de Pórtici, puede estar en comunicacion con el fuerte del Cármen, que aunque encerrado hoy dentro de las calles y casas, guarda su antigua configuracion y naturaleza, se encuentra artillado y puede refrenar la ciudad por la parte llana del mar y puerta que dirige á Cápua.

»A lo largo de la ribera y como guarneciendo el palacio real por uno y otro lado, se encuentran los dos castillos el Nuovo y el del Uovo, que tantos recuerdos tienen en la historia, teatros de las hazañas de españoles y de los inventos militares de Pedro Navarro. Entre estos dos castillejos se encuentra la dársena, lugar tambien fuerte y murado. Así el castillo Nuovo como el del Uovo, que se encuentran aislados, entrándose en ellos por puentes levadizos, se ven guarnecidos por numerosa artillería y custodiados por suficiente número de soldados que hacen el servicio con la mayor exactitud y vigilancia. En ninguno de estos puntos puede entrarse sin una comunicacion expresa del ministro de la Guerra. El Castel dell'Uovo se comunica con el continente, por el sitio en que se estrecha más el mar con el alto monte, donde en parte tiene su asiento en Nápoles. La estrechura es tal, que apénas puede pasar un coche, y se cree fuese separado el Uovo de la tierra antiguamente por algun sacudimiento de la naturaleza, y despues, subiéndose por unas empinadas ramblas hácia el monte, se encuentran primero las casernas de Pizzo Falcone, y luego, en la cúspide, el castillo formidable de San Elmo.

»Con tan buenos fuertes y tan ventajosamente combinados que forman una cadena de alcázares, y al parecer aislados, concurriendo en verdad á un gran permanante de defensa y conservacion, puede considerar V. E. que la tranquilidad de Nápoles se halla asegurada, siendo fácil de comprimir todo motin ó movimiento revolucionario. El castillo de San Elmo, que es la llave de toda la posicion, tiene una situacion admirable, y sus obras desde su fundacion en tiempo de Cárlos V, se fueron sucesivamente mejorando por los vireyes españoles, y hoy puede considerarse como casi inexpugnable. Aquí fuí recibido por el gobernador y la guarnicion con todos los honores militares, y visitando las fortificaciones las encontré en muy buen estado y coronadas de razonable número de piezas de cañon. El espectáculo que ofrece Nápoles contemplado desde los torreones de este castillo, no puede encarecerse cumplidamente.

»El interés militar tuvo que ceder el puesto por algun tiempo al deseo de gozar por largo espacio de aquel panorama sorprendente. Despues descendimos al ya indicado cuartel de Pizzo Falcone. El primer batallon del primer regimiento de granaderos de la Guardia, nos es-

peraba formado en batalla con su coronel á la cabeza y bandera desplegada, y las bandas sonando los honores militares. Las tropas de la Guardia, ya he indicado á V. E. en otras ocasiones y vuelvo á repetir ahora, que ofrecen en las personas soldados de talla aventajada, robustos y de muy buen aire y soltura. En toda su traza tiene el aspecto esta tropa de una infantería de línea con mucha firmeza y no ménos movilidad y rapidez. Despues el batallon ejecutó el manejo del arma y el ejercicio de fuego, aquél con precision y limpieza y éste con seguridad y sin confusion. En las maniobras manifestó tambien muy buena doctrina, desplegando la batalla y formando las columnas con soltura así de flanco como de frente, y dando fin desfiló por compañías en columna de honor. Las tropas de la Guardia pueden hacer el servicio de artilleros, pues una seccion de este regimiento, allí mismo hizo el ejercicio de cañon, así como un crecido peloton ejecutó en mi presencia varias pruebas de gimnasia, demostrando su agilidad y el desenvolvimiento de sus fuerzas. Para coronar aquella série de ejercicios militares, se terminó con un pequeño simulacro hecho con gran verdad y precision; se figuró el ataque

de una calle con artillería y el asalto de las barricadas y de las casas fortificadas, ejecutado por el peloton gimnástico de que ya he hablado. El fuego se rompió con oportunidad y órden, y llegó al mayor grado de viveza el momento decisivo, arrojándose al asalto los gimnásticos con denuedo é inteligencia y trepando por los obstáculos y tapias más culminantes. El simulacro ofreció una imágen veraz y animada de esta clase de hechos de armas, y los soldados que tomaron parte en él manifestaron el concierto que se adquiere con la familiaridad de estos ejercicios; por mi parte quedé completamente satisfecho.

»De otro espectáculo militar disfruté tambien cuando visité el real sitio de Caserta, cuyo soberbio palacio es obra del inmortal Cárlos III. Aquí residen ordinariamente los regimientos de caballería, y son el de lanceros y uno de dragones los que vimos en los dos hermosos cuarteles de Caserta. Estos edificios están levantados con mucho conocimiento en el arma de caballería, y se conoce que presidió grande estudio para su planta; se compone cada uno de dos cuerpos hechos á bóveda, subiéndose al segundo por una rampa terriza,

mientras el primero tiene su entrada por otra parte opuesta; de este modo se puede decir que unas cuadras están sobre las otras; pero tal extrañeza no daña ni al buen temple de la atmósfera ni al desahogo y limpieza de los adoquines, ni á la copiosidad de las luces, ni al regalo, en fin, y bienestar de los caballos. El pavimento es de baldosas de lava, como ya he hecho notar hablando de otros cuarteles de caballería, lo cual permite mucha curiosidad, porque el orin corre y no obra sobre el casco del caballo. Los pesebres están coronados de una rastrillera de hierro á modo de verjas, á donde se extienden los haces de heno que los animales se complacen en ir espigando poco á poco y á placer mientras esperan que se les cebe el pesebre con el grano y la paja. A un lado y otro de los cuarteles hay muchos abrevaderos de un agua corriente para proporcionar á un tiempo á los caballos gran comodidad y solaz; más apartado se encuentran locales para el baño de los caballos.

»El primer regimiento que visitamos fué el de lanceros. La guardia nos recibió formada con su oficial á la cabeza y la banda tocando marchas militares. Los caballos, como todos

los napolitanos, son vigorosos y de buen corte, aunque no en grande. Luego recorrimos las cuadras de los soldados. Reinaba mucha policía y órden en ellas, aguardándonos los soldados de gran uniforme al lado de sus respectivas camas. Estas son de hierro, y sobre ellas y pendientes del muro se dejaba caer la montura de cada ginete, todo dispuesto con aseo y gran simetría. Nada me dejaron que desear los al macenes, las oficinas y demás dependencias del cuerpo; y cuando llegamos al cuarto de banderas se nos sirvió un refresco de helados, dulces y vinos, tomando parte en él la oficialidad del cuerpo y el gobernador de Caserta y otros generales que habian venido á nuestro encuentro al desembarcar del ferro-carril, y que nos acompañaron en toda esta excursion.

»El regimiento de dragones fué el último que revisté. El cuartel es exactamente de iguales condiciones que el otro. Las cuadras y las estancias del soldado, los almacenes y oficinas se tienen en el mismo órden y aseo, y mientras se nos servía otro refresco, los escuadrones de lanceros se formaban en el espacioso parque que está dentro de la cerca del cuartel para ser revistados, hacer el manejo de la lanza y manio-

brar; el coronel es D. Domenico Baroné, soldado viejo, de traza muy militar y de grande inteligencia en su arma, segun es fama en este ejército.

»Recorriendo aquellos escuadrones, tuve lugar de recordar los lanceros de nuestra antigua guardia, con los cuales tiene gran semejanza este cuerpo por su uniforme y otros detalles. Las lanzas son de haya, y tienen la antigua dimension de las nuestras, siendo su banderola recortada en dos puntas, una colorada y otra blanca. Despues echaron pié á tierra tres escuadrones, desfilando hácia el cuartel, quedando en el parque solo el primero para manejar la lanza y maniobrar. A la voz de los oficiales, las filas se dividieron segun el método de nuestra antigua táctica, y empezó el ejercicio de la lanza, primero por tiempos y luego por divisiones. La uniformidad era grande, los movimientos rápidos y bien marcados, y los botes y golpes siempre cumplian su objeto y llegaban rehechas las filas: comenzó la maniobra que ejecutó este escuadron á todos aires con precision y rigor. Los ginetes son firmes en la silla y de pelotones y mitades maniobreras, que llenarian los deseos del jefe más exigente en toda funcion de guerra. La oficialidad de ambos

cuerpos es muy brillante y se conoce que en gran parte se compone de la alta clase y primeras familias.

»Tambien visité el casino militar, que es un café ó tertulia en donde se reunen en las horas de recreo y pasatiempo los oficiales de todos grados del ejército. El local está en bajo, y se mira cerca de palacio y en uno de los sitios de más concurso y animacion de la capital. Se compone de varios salones alhajados sencillamente, pero con grande elegancia, habiendo uno consagrado á la lectura, algunos otros para los juegos permitidos, varios para la conversacion, y otro dedicado exclusivamente para *stemers*, pues en ningun otro se permite fumar. Los muebles son sencillos, pero del mejor gusto. La sala principal se honra con los bustos en bronce de SS. MM. vaciados en la fábrica de fundicion de que más por menor he hablado á V. E. en otro lugar. Cuando visitamos este casino, fuimos obsequiados con toda la finura y galantería que distingue á la juventud napolitana.

»Tal es, Excmo. señor, el resultado de mis observaciones militares en esta capital y sus establecimientos. De ello aparece, que si S. M. ocupándose de todos los ramos de prosperidad

de sus reinos, quiere alejar los pretestos de que puedan valerse los mal contentos y perversos, para invertir el órden, ha cuidado, por otra parte, de conservar la tranquilidad del país organizando el ejército en todos sentidos, de manera, que pudiendo mantener su puesto con honor en el campo de batalla, sea institucion inexpugnable, en donde se estrellen así las maquinaciones como las furias de los revolucionarios: en tal sentido, S. M. ha hecho á la Italia el doble servicio de crear un ejército nacional que pueda compararse con los más brillantes de la Europa; ha logrado por su medio que la revolucion no haya sentado el pié en esta parte de la península, y ha cooperado eficazmente para que hayan sucumbido los revolucionarios de Toscana, de Módena y de Roma.—Dios etcétera.—Excmo. Sr.—*Fernando Fernandez de Córdoba.*—Excmo. Sr. Ministro de la Guerra.»

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y DE LA OBRA.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO



VIAJES POR ITALIA T.º 2º